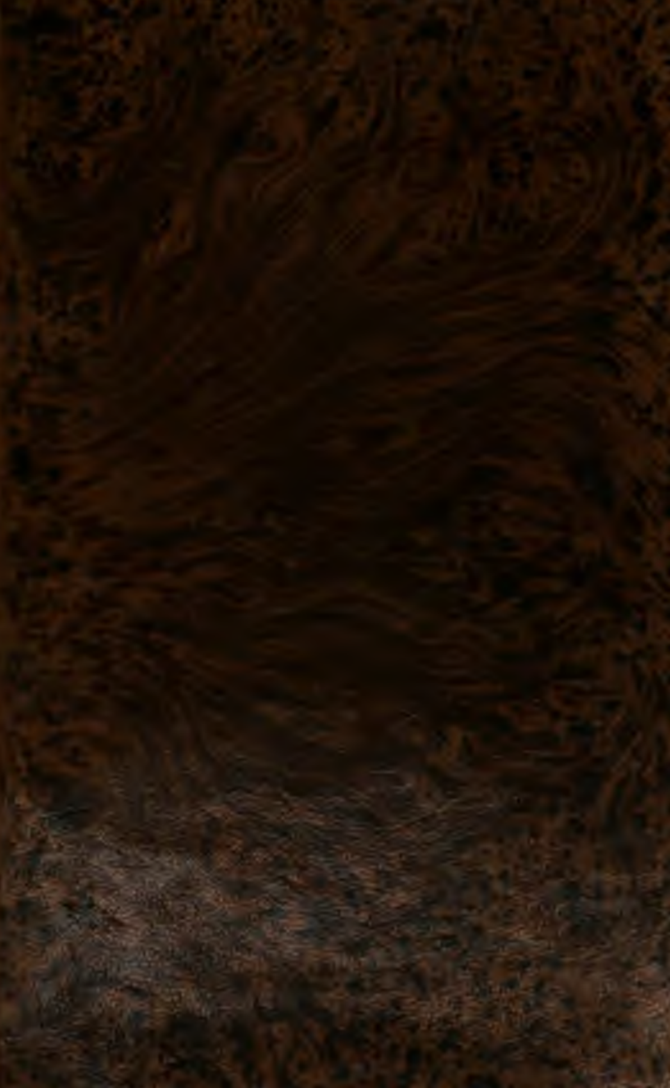



M
1895
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.



EL HOMBRE FELIZ
INDEPENDIENTE DEL MUNDO
Y DE LA FORTUNA,

Ó ARTE DE VIVIR CONTENTO
EN TODOS LOS TRABAJOS
DE LA VIDA.

OBRA ESCRITA EN PORTUGUES

POR EL P. D. TEODORO DE ALMEYDA,
DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO,
Y DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
DE LISBOA, ETC. ETC.

NUEVA TRADUCCION
MEJORADA EN EL ESTILO Y EN LOS VERSOS

POR
EL P. D. FRANCISCO VAZQUEZ,
CLÉRIGO REGLAR.

Con las notas del Autor, y adornada
con 25 estampas.

TOMO III.

MADRID
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1806.



EL FELIZ.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

SUMARIO

DEL LIBRO DECIMOTERCIO.

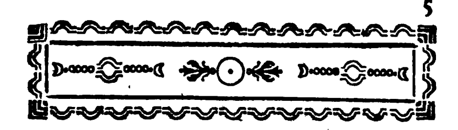
Sorprehende la Princesa á los tres amigos presentando una comida de campo que habia dispuesto; y deseosa de saber lo que han disputado, consigue que entretanto que ponen la mesa se haga una descripcion en octavas reales sobre la libertad de la voluntad humana. Pretende Ibrahim impugnar el libre albedrío, y le responde con ironía la Princesa. Convence Miseno al Mahometano, probando principalmente que seria imposible que hubiese remordimientos de conciencia si el hombre no tuviera libertad. Sale la Blasfemia *del infierno en figura de una ave no conocida: inspira al Conde y á Ibrahim, y estos hablan mal de la Religion; pero Miseno los castiga con nueva y mas picante ironía, y se arrepiente el Conde. Se demuestra que Dios ayuda á la naturaleza, y se explica cómo se compone la libertad con las pasiones, y la gracia con el mérito.*



El espiritu del Error inspira á Ibrahim que niegue la libertad, y Miseno la defiende.

J. G. Navia sc.

S. Johnson



EL FELIZ

INDEPENDIENTE DEL MUNDO

Y DE LA FORTUNA.

LIBRO XIII.

1. Habia la Princesa advertido la ausencia del Conde y de Ibrahim; y discurriendo quál seria su destino, dispuso una comida de campo en quatro azafates de delicados mimbres, y cubriéndolos con finísimas tohallas, y esparciendo en ellas muchas florecitas, los envió á Miseno para que regalase á sus huéspedes. Adelantóse á las criadas algunos pasos, y los halló bien descuidados de su venida. Entónces re-

prehendiendo con mucha gracia la infidelidad de trabajar á escondidas en descubrir el tesoro, los dexó sin poder dar su disculpa, porque argüia con tal arte picando con gracia y viveza, que sin que pudiesen responder á los repetidos golpes que daba unos sobre otros, los precisaba á confesar mudamente su delito; hasta que remitiéndolo todo al tribunal de la clemencia, les ofreció el perdon, como la diesen parte de lo que hubiesen descubierto.

2. Convino en esto el Conde; y resumió quanto habia pasado en la conversacion, miéntras Miseno estaba señalando á las criadas el sitio competente para disponer la mesa: el sitio era tal que parecia que la naturaleza le habia estado preparando muchos años ántes. Tres robles antiguos muy altos y de dilatadas copas enlazando entre sí sus ramas, hacian un sombrío muy desahogado: por la parte del mediodia se levantaba un cerro que servia de amparo contra los rayos del

Sol que pudiera incomodarlos, por ser entónces la fuerza del estío: por el norte tenia la entrada libre el blando y lisongero céfiro para refrescar aquel sitio. Al mismo tiempo por entre los troncos desembarazados se paseaba con libertad la vista por las amenas y dilatadas campiñas, en las que las huertas y los bosques, distribuidos entre los campos y las rocas con rústica geometría, componian un dilatado jardin, tanto mas agradable quanto tenia ménos artificio. Nada encontraba la vista en lo que miraba de cerca que no encantase los sentidos, porque por los ásperos troncos de los árboles subian la viciosa yedra, las galantes enredaderas, y los agraciados caracoles, que enroscados entre sí y mostrando variedad de colores, ya como avergonzados se esconden entre las hojas, ya se presentan pendientes de las ramas en vistosos racimos, recreando todo al olfato con suavísima fragrancia. A un lado habia una fuentecilla que saliendo de una gruta

tropezaba en un peñasco, y al caer se precipitaba por entre las piedras, baxando de unas en otras hasta descansar en la rústica concavidad de una peña que la servia de estanque.

3. Los paxarillos, aprovechándose en la fuerza del calor de la frescura del sitio, le habian escogido por su morada: unos se bañaban en las aguas, otros saltaban de rama en rama, otros se divertian jugueteando entre sí en el ayre, riéndose á su modo, y conversando en su lenguage se daban el parabien de la frescura y descanso que habian hallado.

4. Quando entráron allí los tres huéspedes se quedáron suspensos, y casi no se atrevian á pisar el delicado césped, que sembrado de fragrantes florecillas servia de alfombra al sitio. Los rayos del Sol por mas que se esforzaban á penetrar por entre las ramas, apénas podian dar una vista á los convidados. La hermosa perspectiva á lo léjos del delicioso horizonte, el gorgeo de los paxarillos que rodoblando su canto los saludaban, el mur-

mullo de las guas y el susurro de los árboles ofrecian una recreacion tan inocente y agradable, que estaban todos como embelesados.

5 No quiso la Princesa perder tiempo, y suplicó á Miseno que entre tanto que llegaba la hora de comer continuasen la conversacion interrumpida, dándoles ella misma el hilo para atar el discurso, que (segun se lo habia dicho el Conde) quedó en la descripcion de los inviolables fueros de nuestro libre albedrío, á pesar de la rebeldía de las pasiones. Se acordó entónces el hermano de que en otro tiempo la habia oido una graciosa descripcion de la libertad humana, y la pidió que la repitiese si se acordaba. La Princesa, que siempre estaba pronta para concurrir al punto que se intentaba persuadir, paseando el alma ligeramente por el gabinete de su memoria, les satisfizo diciendo los siguientes versos que habia compuesto en otro tiempo para desempeñar un asunto de Academia:

Si nuestra alma no quiere, no hay alguno
que la pueda obligar para que quiera.
Si Dios la ha de vencer, nunca importuno
empeña la violencia; y en su esfera
por el medio que ve mas oportuno
la insta, llama, excita, ó bien la espera:
la da luz, la persuade, la ilumina,
y á donde libre va, Dios la encamina.

Si el mundo á sangre y fuego se empeñára
con lanzas, con espadas y cuchillos:
rayos el cielo, ó montes arrojára;
ni así al libre albedrío pondria grillos.
Quando el cielo y el mundo se arruinára
la voluntad no pierde de sus brillos.
Aunque esté medio muerta; en no queriendo,
no quiero *eternamente está diciendo.*

Sea el empeño mayor: tiemble la tierra,
arruínense sus mismos fundamentos.
Quando á la voluntad hagan la guerra
coligados los mismos elementos,
en diciendo que no, *nada la aterra;*
que los fueros de libre goza exêntos.
Tiemble el suelo, que pisa, en parasismos:
dirá que no, *obstinada, en los abismos.*

Las profundas cavernas, los horrores
no tienen la energía suficiente
para hacerla elegir sendas mejores:
si resolvió el no quiero, *eternamente*

dura tenaz: su rabia y sus clamores
oigo en los ecos que continuamente
en la region de vivos resonando
estan el no, no, no, *multiplicando.*

Ni los Angeles buenos ofreciendo
del cielo las delicias y las gracias;
ni los monstruos horribles, aturdiendo
con espantosos gestos y desgracias,
no la podrán sacar de aquel no *horrendo.*
Si libre ha consentido en sus falacias,
será la voluntad, que es combatida,
obstinada en el no, *mas no vencida.*

Viva el alma en un cuerpo regalado,
ó un amigo con lágrimas rendido
la inste; el corazon tenga entregado
á las pasiones ó al amor vendido:
no puede su albedrío obrar forzado:
podrá ser halagado y atraido.
Si pára, reflexiona, y no se agrada,
resuelve que no quiere, *y todo es nada.*

Llégue en fin la Razon, *y ésta persuada*
al juicio, mas sus luces avivando:
la libre voluntad muy descansada
sus consejos atenta esté escuchando:
todo lo veo, dice sosegada;
sé que á mi perdicion voy caminando.
Todo lo veo bien y considero
que debiera querer, pero no quiero.

Tal vez sucede, quando totalmente
la han dexado á sí misma: es tan Señora
la voluntad, que dice de repente:
ya abrazo el otro extremo, quiero *ahora*
elegir el objeto conveniente:
lo que ántes no arrostraba ya lo adora.
Así la ha dado Dios entre otros dones
absoluto dominio en sus acciones.

6. Todos aplaudiéron la descripcion del libre albedrío, alabando la propiedad y la verdad; pero la Princesa les hizo dexar los elogios para continuar en el discurso.

7. Queria Miseno hablar; mas Ibrahim, qual nube cargada y obscura, que habiendo contenido por mucho tiempo la abundante piedra, rompe en una descarga general, empezó á alegar mil razones contra lo que Miseno habia dicho. Todas eran tan ligeras, como el granizo que cae con lluvia; pero al mismo tiempo tantas, y con tal furia que los aturdian. Siempre remataba en que quando las pasiones llegaban á cierto grado de fuerza tenia la voluntad necesidad de seguirlas. ¿Qué puede, decia él, la

inocente paloma, quando una ave de rapiña, percibiéndola desde las nubes en donde anda vagueando, recoge de repente sus dilatadas alas, y se precipita sobre ella? En un instante se siente traspasada de sus crueles uñas, y hecha presa de su furor ensangrentada; y casi muerta la lleva el monstruo por el ayre arrebatada. No de otro modo es nuestra voluntad, desgraciada presa de las violentas pasiones quando estas toman vuelo, y siguen su destino.

8. La Princesa, que á lo léjos percibia las abominables conseqüencias de este principio, queriendo atajar los daños de llaga tan solapada, quiso descubrirla del todo, para que, ó el simple horror auyentase al Conde, ó los remedios de Miseno la cauterizasen; y así con su ayre jocoso y picante le dixo á Ibrahim:

9. A lo que veo, Ibrahim, nos privais de la libertad siempre que se encienden las pasiones. Sin duda os estamos muy agredecidos por habernos emparentado en primer grado con los brutos. Esta era la

principal diferencia que nos distinguia; pero ya en vuestra opinion todos somos iguales. A los brutos los conduce, segun sus especies, una serie encadenada de sensaciones y movimientos con uniforme ley á los fines de su destino: así me lo habeis enseñado, y la evidente razon me lo persuade. Por unos movimientos necesarios sigue el galgo á la liebre, y el halcon á la presa: de suerte que cada animal huye, ó busca en fuerza del mecanismo de sus órganos el objeto segun que el Autor de la naturaleza le juzgó conveniente ó nocivo; y por eso vemos en todos las mismas acciones, segun su especie. Solamente en el hombre que tiene libertad, observamos infinita diferencia en quanto hace: no sigue éste la uniforme carrera de los de su especie, sino su capricho y voluntad: de aquí proviene la infinita variedad que se advierte en las acciones humanas. Sola esta razon, quando no hubiera otras, me haria creer que somos todavía libres aun en el triste es-

tado á que hemos quedado reducidos. Pero, pues vuestra sentencia, Ibrahim, nos condena á obrar como los brutos, será preciso que se vea una perfecta uniformidad en nuestros edificios como se ve en los nidos de las aves de cada especie: entónces obrariamos como las abejas, las que en todo el mundo tienen las mismas celditas, construidas por una regla constante: nuestro sustento seria uno solo y el mismo en todas partes; y todos harian lo que hace cada hombre, como sucede á los brutos: ninguno saldria de lo que executáron sus padres y abuelos, porque en el dia los animales de ahora tienen la misma habilidad que los que viviéron al principio del mundo. Guárdese ya hombre ninguno de inventar cosas nuevas, pues no las inventan los brutos, lo qual procede de que estos no tienen libertad para variar en sus acciones: si nos negais la libertad, caeremos todos en la general monotonía y uniformidad que se advierte en los animales. En

quanto á vos sea lo que quisiereis, pero yo no cedo de mi libertad á pesar de vuestra filosofía.

10. No es creible el gusto que manifestaba el Conde, y la confusion de Ibrahim. Respondia éste con una política disimulada, protestando que no era digno de disputar con personas de tan alta calidad; pero que lo mismo decian otros juicios mas delicados que el suyo. Miseno, que conocia la importancia de la materia, no se contentó con que el *Error* fuese vencido con armas femeniles, y tomó pór su cuenta la empresa.

11. No podeis negar, dixo, que Dios puso en nosotros la *luz de la razon*: luz que nos declara el bien y el mal, aun quando la pasion nos tienta, instiga é impele. Decidme pues, ¿de qué servirá ilustrar al alma señalándola el bien y el mal, si no tiene la libertad de elegir? ¿De qué me sirve ver el buen camino y el precipicio, si me arrastran á uno, sin que yo pueda escoger el otro? Ver un despeña-

dero, y no poder evitarle, mas bien es tormento que gusto. ¿ Por ventura mandariais llevar en una noche tenebrosa la antorcha encendida delante de una barca que fuese arrebatada del torrente con destino inevitable sin piloto ni gobierno? ¿Gritariais á una piedra, que viene cayendo con ímpetu, para que dirija por aquí ó por allá su movimiento? Igual locura seria ponernos Dios delante de los ojos el farol del entendimiento, y hablarnos por la luz superior de la razon, si nuestra alma cayese como la piedra arrebatada de las pasiones ácia donde ellas la arrastran. ¿Qué ridículo seria el proceder del Ser supremo si con su voz (que así podemos llamar á la *luz superior de la razon*) nos prohibiese alguna accion, y al mismo tiempo nos obligase á executarla por el impulso de las pasiones que él mismo nos ha dado? Eso seria abrirnos los ojos para ver el bien, y atarnos los pies con indisolubles cadenas para que no le busquemos. Seria manifestarnos el precipicio

para llenarnos de horror, y precipitarnos en él sin culpa nuestra. ¡O qué acciones tan indignas de Dios! Pues todo esto haria si no nos diera libertad para vencer las pasiones. Reflexîonad, amigo, que en todos los pueblos hay leyes, en todos se dan consejos y avisos amigables: luego hay libertad para seguirlos. ¿Qué nacion exîstió jamas en el mundo tan bárbara que no tuviese premio para el bien, y castigo para el mal? Pero todo esto seria inútil si cada uno fuese arrastrado sin libertad á este ó aquel objeto por la pasion que le domina.

12. Es nuestra alma respecto del cuerpo, como el caballero respecto del bruto en que va montado. Si el bruto es manso y bien enseñado, va el caballero por el camino derecho sin fatiga ni grande mérito. Si el bruto es rebelde y furioso, trabajará el caballero en refrenarle; pero tambien será mérito y gloria impedir que se desmande. Poca dificultad le costaba al hombre ir por el camino derecho quan-

do salió de las manos de su Autor con las pasiones del ánimo, y los apetîtos de los sentidos sujetos á la razon. No estaban en él muertas las pasiones, sino arregladas: la rienda de la *razon* hacia con la menor seña que el cuerpo obedeciese; y así entónces fué mayor su delito, y ménos excusable su culpa, porque le era mucho mas fácil obrar como debia. Pero despues de la rebelion de las pasiones necesita el caballero de vigilancia, fuerza, constancia y estudio para evitar su ruina. No tiene el caballero culpa en los impetuosos saltos que el bruto da al principio, ó quando se espanta inesperadamente; ni el hombre es culpable en aquellos primeros movimientos en que obran los humores sin dar tiempo á la *razon* para contenerlos; pero si ésta abrió los ojos debe tener la rienda segura, tirar con toda su fuerza del cabezon, y subyugar el bruto á toda costa, y esto aun quando el caballero se canse, trabaje y sude. Para sí trabaja, pues se trata de evitar la muer-

te, ó su peligro, si se dexára arrastrar por su floxedad del furioso caballo; y así toda fatiga está bien empleada, porque tendrá mayor gloria y mayor mérito. Diga enhorabuena el perezoso que no quiere fatigarse en domar sus pasiones, porque estas le arrebatan: alargue las riendas al bruto que le lleva; pero su caida y su ruina serán el castigo de su indigna pereza, y los otros que á su lado van sujetando con estudio, cuidado y fuerza los brutos de sus pasiones, tal vez mas furiosas, los que las llevan por el camino derecho sin permitir que salten á los barrancos que por uno y otro lado se ofrecen: esos serán su condenacion, su afrenta y su inútil doctrina.

13. ¿Qué es, Ibrahim, lo que alabais en los héroes? ¿Es acaso el haber seguido sus pasiones? Lo mismo hace qualquier bruto. ¿Quál será pues el mérito que tanto alabais, y que justamente ocupa los clarines de la fama? ¿Será el haber obrado bien, no teniendo pasiones

que vencer? ¿Pero qué especie de mérito es vencer sin batalla, y triunfar sin enemigos? Ya pues advertis que para merecer la alabanza heroyca, es preciso obrar bien, venciendo para esto grandes dificultades, y que en las que nos ofrecen nuestras furiosas pasiones consiste el mérito de los héroes de la filosofia y de la virtud.

14. Negad la libertad; pero de parte de la *buena-razon* os prohibo desde ahora que alabeis á ninguno, ni condeneis qualquier procedimiento. ¿Alabareis por ventura al *Sol*, porque saliendo del horizonte, derrama con sus luces las benéficas influencias sobre la faz de la tierra, ó condenareis á la *noche* como delinqüente porque con su tenebroso manto protege los delitos, y teniendo vos los ojos perfectos os roba la vista, y os dexa casi ciego? ¿A quien no pareceria ridícula vuestra cólera contra los truenos y rayos, y vuestras políticas adoraciones al céfiro blando que os recrea, siendo todos esos

movimientos un efecto necesario del órden del universo? Lo mismo debiera decirse de quanto hacen los hombres si no tuvieran libertad; porque sin ella no merecerian nuestra alabanza, ni el menor vituperio. Esto lo dixo Miseno con tal fuerza y nobleza de discurso, y con tanta afluencia que estaba Ibrahim aturdido, la Princesa admirada, y el Conde lleno de inexplicable contento, porque naturalmente detestaba el orgullo insufrible del filósofo. No obstante tuvo éste que responder, y huyendo la dificultad dixo así:

15. Contra la propia experiencia no hay discurso: confiese cada uno la verdad, y verá que su corazon va por fuerza á donde la pasion le arrastra. ¿Qué libertad, Conde, os dexa la ira quando recibis una injuria? ¿Qué libertad quando se os presenta á los ojos alguna rara belleza? ¿Qué libertad quando Cupido os clava una saeta? ¿No veis que el héroe mas valeroso, como si fuera un infeliz pastor, corre tras una

pastora quando el ciego amor le toca con su flecha envenenada? ¿No dexa el Monarca caer la corona por un lado, y el cetro por otro, sin reparar en nada quando Venus le hace alguna seña? ¿Pues en donde está la libertad que le han dexado estas pasiones?

16. Revolved los anales de Polonia para no ir mas léjos, y allí vereis admirables Príncipes que tocados por desgracia de la pasion del amor, hiciéron, perdida la libertad, lo que no es creible que executasen con ella. Lesko III, tan famoso en las guerras contra Cárlo Magno (1), ¿en qué abominaciones no cayó arrastrado de Cupido? Su hijo Poplier I (2), su nieto Poplier II (3), y Mieceslao II (4),

(1) Este Príncipe manchó la virtud heredada de sus padres con el desordenado amor á las mugeres.

(2) Fué un Sardanápalo, monstruo de torpezas.

(3) Heredó los vicios de su padre, hasta quitar la vida á sus tios, porque le reprehendian.

(4) Fué tanta la pasion lasciva de Mieceslao, que se quedó como un bruto, y ca-

que por el mismo motivo, siendo el escándalo de los pueblos y de la razon, fuéron el horror de la naturaleza, ¿pensais que estos tenian libertad? Boleslao II., el verdadero Alexandro de su siglo, que daba y quitaba reynos como si fuese el depositario de la Justicia Suprema; que se hacia temer de los pueblos vecinos, y adorar de los suyos, ¿en qué brutalidades no cayó, despues que las delicias de la Kiovia le cautiváron el corazon (1)? ¿Diremos que éste tenia libertad?

17. ¡Ah Ibrahim! (dixo la Princesa) si no la tenian, ¿quién puede acriminarlos? Sin libertad merecerian los mismos elogios por sus

yó en demencia. Por su muerte reynó Casimiro I. su hijo, el qual por los desórdenes de su madre, que regia el reyno, se retiró á Paris, y tomó el hábito de Monge: no obstante allí le buscáron los Polacos y le colocáron en el trono por los años de 1040, dispensando Benedicto IX. sus votos: murió por último como un Santo.

(1) Boleslao II. su hijo que habia sido exemplar de Príncipes, y gobernado sus pueblos como padre, desde el punto en que se entregó á los deleytes fué un tirano.

delitos que por sus virtudes; porque en este caso la pasion de la gloria los llevaria sin mérito al bien, ó la del amor los arrastraria sin culpa suya al mal. ¿Os parece esta buena filosofia? Dios os libre de que la sepan vuestros criados, porque en qualquier desórden que cometan, no merecerán reprehension ni castigo. La pasion me obligó, os dirán, y así no tuve yo libertad para hacer lo contrario. ¿Qué os parece Conde?

18. El hermano la respondió que su discurso del todo le convencia; pero que queria oir á Miseno. Ya veis todos, dixo entónces, que no nos falta la experiencia, á la que vos, Ibrahim, habeis apelado del tribunal de la razon. Ahora os cito yo al de otra experiencia general. Decidme, amigos: en pasando la furia de la pasion, si contra los clamores de la razon la obedecemos, ¿quantas veces sentimos los remordimientos y el arrepentimiento?

19. No pudo contenerse el Con-

de, y tomó para sí la respuesta que Miseno pedia á todos, y dixo: nunca me abandoné á las pasiones contra la luz de la razon, sin que despues me arrepintiese: os digo con toda sinceridad lo que en mi alma pasaba. En la mayor fuerza de la pasion oia yo una voz mansa y serena que me decia: *no lo hagas*; y á pesar de esta voz, un deseo impetuoso, vivo y turbulento venia con grande fuego, y (no sé decir cómo) me aturdia de modo que yo le obedecia. En este mismo instante sentia tanto gusto, que nadaba mi alma en contento; pero despues de gustar la dulzura de la fruta, sentia un amargor, un agrio y una hiel intolerable. Entónces volvia aquella mansa y serena voz que yo habia despreciado, y levantando el tono poco á poco, empezaba á reprehenderme de suerte que me atormentaba. Era como un aguijon que me clavaban, y me decia siempre á mí mismo: *hiciste mal.* Queria yo tapar los oidos, pero siempre estaba esta voz dentro del

alma condenándome. Se despedazaba mi corazon y se mordia, que así debo explicar mi arrepentimiento; mas ya no tenia remedio. Esto es lo que pasaba por mí, y creo que lo mismo pasa por todos.

20. No pudo Ibrahim negarlo, y entónces acudió prontamente Miseno, así como un cazador que no pierde un instante para disparar la saeta contra el ave que va de paso, y dixo: ¿cómo puede el hombre arrepentirse ni condenarse á sí mismo por lo que hizo sin libertad? Podrá algun hombre de juicio arrepentirse de ser flaco ó pequeño? ¿de que tuvo sueño ó calentura? Sin duda el que tal dixese seria el objeto de la risa; y la razon es, porque ninguno se arrepiente sino de lo que executó, pudiendo no haberlo hecho: si un hombre pues no pudiera resistir á las pasiones, no podria sentir mas arrepentimiento por haberlas obedecido, que por habér tenido sueño ó calentura. Ya que sois filósofo, amigo de raciocinar y profundizar en las cosas, vamos ahora

discurriendo. No es lo mismo tener *pena*, que tener *remordimientos* y *arrepentimiento*. Tenemos *pena* por lo que nos han hecho contra nuestra voluntad; y tenemos *remordimiento* de lo que hicimos por culpa nuestra. Tenemos pena de resbalar y caer: tenemos *arrepentimiento* de que pudiendo haber sentado el pie con seguridad, le pusimos sin cuidado. Id pues á quitar primero el remordimiento y el arrepentimiento del corazon de todos los mortales por haberse entregado á esta ó aquella pasion, y despues nos persuadireis que no tuviéron libertad. Sintió el Mahometano la fuerza de este golpe; y pálido, desmayado y casi enmudecido, respondió lánguidamente, que muchos no se arrepienten de lo que hiciéron contra la razon. A lo que replicó Miseno: basta que un hombre se haya arrepentido alguna vez, para estar obligado por testimonio de su propio corazon á decir que tuvo libertad. Ahora bien, si un hombre tiene libertad, todos gozarán de ella, por

ser todos de la misma naturaleza y especie; y así debeis decir que todo hombre es libre para domar sus pasiones, ó que ninguno lo ha sido; y por consiguiente que hasta ahora ninguno se ha arrepentido, ni se ha condenado á sí mismo por lo que ha obrado contra la razon.

21. No podia Ibrahim sufrir tan horrorosos absurdos, y no queriendo confesarse vencido, ni atreviéndose á contrastar verdad tan manifiesta, quiso eludir el golpe dando á entender que él no habia negado la libertad, aunque algunos la ponian en duda; pero que la tenia por inútil y nociva.

22. Qual enemigo falso y astuto, que viéndose destrozado, sin resguardos, sin trincheras y sin armas, abandona el campo, perdido el tino, y de repente se atrinchera de nuevo en la parte opuesta, sin confesar la victoria; así lo hacia Ibrahim para cansar á su contrario. Miseno, que solo atendia á la instruccion del Conde, gustaba de sostener este combate, porque

así se armaba el entendimiento del Conde, y se prevenia con solidez contra los ataques futuros del *Error*.

23. Entónces la Furia infernal, que habia tomado á su cuenta sacar al Error triunfante de la verdad, daba en las cavernas infernales tan furiosos ahullidos, y tan sentidos y penetrantes ayes, que se percibian sus ecos por las grutas de aquellos peñascos. Vino en su socorro la Furia de la *Blasfemia*, cuya osadía no respeta á los Cielos ni á la tierra, y en figura horrible de un espantoso monstruo, quiso vengar la flaqueza de su compañera destrozada. De repente cortó el discurso una especie de trueno subterráneo, que se prolongaba por la parte del rio, repitiéndose continuamente el estruendo en los ecos sucesivos de aquel valle. Al mismo tiempo una ave no conocida, tan negra como los cuervos, mayor que las águilas, y con los ojos mas encendidos que los de un buitre, armada de horrorosas uñas, pico

grande y corvo, rompiendo la espesura de los árboles atravesó por entre Ibrahim y el Conde; y rodeándolos dos veces, se precipitó rápidamente en el rio sin dexarse ver mas. Asustáronse la Princesa y el Conde; pero Ibrahim hacia burla de su debilidad: Miseno conservó siempre el respetable sosiego. Pasado el susto, notó la Princesa que el semblante del Conde se habia mudado, y vió en Ibrahim un rostro mas feroz, atrevido y soberbio que jamas se le habia conocido; y habiendo perdido algun tiempo en las inútiles reflexîones sobre qué ave podia ser aquella, dixo á Ibrahim que continuase en el punto importante que aquella casualidad habia interrumpido.

24. Entónces el filósofo, en tono de desprecio y ayre de satisfaccion, como si hubiera vencido á Miseno, dixo así: los asuntos de alta filosofia no son para tratarse en amigable conversacion con Señoras: la ignorancia causa novedad, la novedad espanto, y éste

hace que se escandalicen de las mas sólidas verdades quando no son bien conocidas del vulgo. ¿Quereis que los hombres tengan libertad? Enhorabuena: mas yo protesto que la arrojára de mí de buena gana si ésta me habia de poner en la triste alternativa de violentarme para sujetar las pasiones á la razon, ó de ser culpable si me entrego á ellas. Si yo no tuviera libertad, iria mi corazon sin resistencia ni tormento á donde la pasion le llevara: así gozaria con placer del objeto que la naturaleza apetece, y pasaria en paz esta vida que Miseno quiere la pasemos en continua lucha.

25. Vos, Miseno (hablando en buena razon) nos habeis enseñado el sistema de la tristeza, habiendo prometido guiarnos al camino de la completa alegría. ¿Qué habrá en la vida que nos aflija mas que esa continua guerra con nuestra alma y corazon? ¿Qué violencia no se necesita? ¿Qué estudio y qué vigilancia? Se cansa la naturaleza, suspira el alma, el co-

razon desfallece, ¿y pretendeis poner la alegría en todos estos combates? Dexadme explicar con una comparacion que tenemos á la vista.

26. Este galgo que nos acompaña, ¿quánto se aflige, si viendo salir la liebre le sujetan con animo de reservarle para su tiempo, ó para quando estén cansados los otros? Mil veces, Conde, lo habeis experimentado. Apenas descubre la presa, salta y tira con todo el cuerpo; mas viéndose preso, ladra, parece que llora y grita, y da una embestida á cada momento, de tal modo que me fatiga. No sabe qué hacer por soltarse: ya se vuelve ácia mí lamentándose á su modo, ya muerde con rabia la cadena con que se ve sujeto, y mientras está viendo con los ojos encendidos que la presa se le va escapando, se roe interiormente, y se está haciendo pedazos.

27. Ahí teneis la imágen de nuestro corazon quando se ve reprimido; y por esto si el Autor

del mundo me hubiera consultado, diria que no diese á los hombres semejante libertad, orígen de sus delitos ó de sus tormentos. Decidme, Señores, ¿de qué me sirve ser el dueño de mis esclavos, si estos se burlan de mí y me arrastran, y despues me han de castigar por no haberlos domado? Lo mismo, pues nos acontece por tener esa libertad que decis; pues sobre el trabajo indispensable y casi imposible de tener domadas las pasiones, nos han de castigar si no las sujetamos.

28. Habia oido el Conde este discurso con particular atencion, y dió á Ibrahim la enhorabuena de haber hablado con tal acierto en aquella materia, que le tenia enteramente encantado. Ya el Conde no era el mismo, porque le tenia asombrado el espíritu de la *Blasfemia*; y la aversion que hasta entonces tenia contra Ibrahim, se habia vuelto contra Miseno y su doctrina. Con semblante inquieto

y triste, con ayre desconsolado y quejoso, preferia en mucho la suerte de los brutos á la nuestra, pues ellos sin ley, sin violencia y sin aflicciones siguen á rienda suelta el ímpetu del temperamento, viviendo á su mòdo felices.

29. Extrañó la Princesa este lenguage del Conde tan semejante al de Ibrahim; y se acordó de que á los dos los habia rodeado aquella ave tan monstruosa. No acababa de admirarse del soberbio estilo con que escandalizaban á la *Razon*, y dexaban á la *Religion* ofendida. Con el mismo atrevimiento discurria Ibrahim; y al modo que muchas llamas, que separadas guardan ciertos límites, pero juntas suben á lo alto furiosas, y amenazando con sus lenguas á las nubes á nada guardan respeto; así eran Ibrahim y el Conde en la audacia con que hablaban.

30. Entonces Miseno, dexándo ver en su semblante aquel ayre regio que le habia dado su nacimien-

to; sin perturbacion ni enojo, pero con un tono superior que nunca habian visto en él, les dixo: ya veo, caballeros, que Dios erró, y que os dió á vosotros mas juicio que el que reservó para sí. Ya conozco que el que teniamos por infinitamente sabio, y libre de la menor imperfeccion, tiene aquí dos criaturas que le pueden dar quinto y tercio, mostrando los yerros que cometió en aquella obra en que, hablando á nuestro modo, puso el mayor estudio y cuidado: sea enhorabuena, mis Señores, por esa grande superioridad de ingenio. A vosotros, como á oráculos, debemos todos recurrir, pues en la inteligencia y buen discurso sois superiores á la Divinidad: á la suprema Divinidad, que con sola una palabra dió la existencia á todo este Universo.

31. Mejor seria, decis, que Dios no nos diera libertad; y en esto querreis decir que si Dios os hubiera hecho como á un leño ó á

una piedra, que ni para moverse tienen libertad, le estariais mas obligados que por haberos dado el libre albedrio, y en él la semejanza de Dios. Llegó su bondad á esculpir en vosotros su imágen, dotándoos de inteligencia y libertad, tomando en cierto modo estas joyas de su cabeza y de su pecho para adornaros y daros nobleza y perfeccion; ¡y decis ahora que mas querriais ser arrastrados para servirle, como una silla sin movimiento, que ser guiados con avisos y con ruegos, como hijos herederos! ¡que mas querriais, semejantes á los brutos, ir con un ímpetu ciego al fin de las pasiones, que caminar, semejantes á Dios, al *bien* con el nobilísimo movimiento de la libertad, guiada por la razon! Grandes pruebas dais sin duda de quan justa es la balanza de vuestra inteligencia, pues la despreciais de manera que la trocariais gustosos por la satisfaccion que tiene un perro ó un caballo

en sus brutales apetitos. Digo esto, porque quien renuncia á la libertad, es preciso que renuncie á la inteligencia y al conocimiento del bien y del mal; pues éste solo puede servir á quien tenga eleccion y libertad de obrar. Muy obligado os estaria el género humano, si Dios os hubiera consultado, como dixisteis, y por vuestro consejo nos privase á todos de la luz de la razon, y de la libertad que nos ha concedido.

32. Al que hiciere buen uso de la libertad, sujetando con fuerza las pasiones para obedecer á la razon, y en ésta á Dios, ¿por qué derecho se le deberá quitar esta honra, este bien, y la futura felicidad que le es anexa? ¿solo porque el Conde de Moravia é Ibrahim quisieran mas entregarse como las bestias á la satisfaccion de sus pasiones, que tener sobre ellas dominio heroyco para reprimirlas? ¿No somos nosotros tambien criaturas de Dios para que se nos oi-

ga? ¿ó pretendeis acaso que por solos vosotros todo el género humano renuncie á la honra y felicidad que nos dió el Omnipotente, sin mas motivo que la floxedad y flaqueza de los de vuestro partido? No, Señores: seamos todos libres, porque á todos concedió Dios esta perfeccion nobilísima: cada uno use á su arbitrio de su libertad: si el que es floxo vive como un bruto, el héroe vivirá como Dios: siga el que quisiere las *pasiones*, como si no tuviese entendimiento; que otros seguirán á la *Razon*, enfrenando sus pasiones: justo es que haya diferencia entre el vicio y la virtud; que haya motivo justo de alabanza ó de reprehension, y haya premio para unos, y castigo para otros.

33. ¡Qué bella sentencia pronunciariais á la vista del mundo, si todo él os oyese: *no haya libertad*! En esto quereis decir: *no haya, ni pueda haber virtud*, porque resolvemos ser viciosos. *Ninguno pueda reprimir las pasiones*, por-

que queremos nosotros que estas nos arrastren sin resistencia. *Ninguno tenga la luz de la razon.* Es decir : nadie tenga ojos para ver los peligros , para no afligirse con su vista quando va á caer en ellos. *Ninguno tenga albedrio* , esto es, nadie tenga libres los pies para huir de los precipicios , porque nosotros gustamos de ser precipitados sin sustos, aflicciones, ni remordimientos. ¡Qué excelente discurso, Conde mio!

34. Sabemos que Dios queria producir en el Universo una imágen suya ;. pero ordenais que lo suspenda , y que de ningun modo se atreva á formarla : que se contente con producir un caballo , ú otro qualquiera animal , ó unos hombres que se parezcan á los brutos sin otro uso de razon , y sin mas libertad que la que en estos se halla. ¡ Ay, Señora (dixo volviéndose á la Princesa) es preciso tener muy duros los oidos del alma , para no estremecerse al oir semejantes

absurdos! Dicho esto calló, y ninguno se atrevia á hablar.

35. Como si de la cumbre del monte de Arabia (1) anunciase el Angel, Embaxador á los hombres, los divinos Preceptos entre truenos y relámpagos; así parecia Miseno quando hablaba al Conde y á Ibrahim. Viendo la Princesa en el silencio la confusion que los detenia, iba á disculpar á su hermano; pero éste se anticipó diciendo:

36. No puedo juzgar que yo tenga mas juicio que Dios, y conozco que es el último grado de locura querer un mortal notar yerros en la infinita Sabiduría. Erré en las expresiones; pero era muy diferente mi concepto. Ahora confieso que así la libertad, como la razon son un precioso don de Dios, por mas que sea trabajoso sujetar con ellas las pasiones. Dicho esto,

(1) Este es el monte Sinai, en donde Dios intimó la ley á los Israelitas: su situacion es en la Arabia Petrea.

volviendo poco á poco en sí de la pasada lucha, él mismo se admiraba de haber pronunciado tan enormes blasfemias. Ibrahim se estaba allá mascando no sé qué disculpa: esto restituyó á todos el ayre amigable y familiar con que discurrian entre sí.

37. Entonces mudó de tono Miseno, y semejante á un prudente Cirujano que lleva en una mano el bálsamo, y en otra el hierro, y alterna en su aplicaeion segun lo pide la necesidad, continuó diciendo: escuchadme, pues, los admirables secretos de la benevolencia y sabiduría Divina.

38. No penseis, amigos, que Dios, viendo nuestra flaqueza y desórden, tiene gusto en mirarnos arruinados y por tierra, ó que con el precepto y amenazas no tiene mas fin que obligarnos á remar contra la corriente. No: muy diferente es su Providencia, y muy otro su sistema. Es un sistema todo de amor, bondad, sabiduría y gran-

deza de ánimo, pues todo brilla admirablemente en los misterios de nuestra reparacion y en la ley de Gracia. Hizo de nuestra flaqueza basa para su clemencia, y de nuestra pobreza medida para su liberalidad.

39. Como guerrero valeroso, adornado de brillante capacete, escudo impenetrable, con brazo fuerte y rutilante espada, se pone á nuestro lado, y nos dice que está pronto á ayudarnos contra esas fieras indómitas de las pasiones que tanto nos aterran. Nos pone al mismo tiempo en la mano la espada vencedora de su gracia, y con ella nos sostiene el brazo: nos cubre con su escudo y derrota nuestros enemigos: nos da ánimo, esfuerzo y consejo, de tal modo, que muchas veces aun la mano tierna, la decrépita ó la femenil, con este auxilio soberano, hiere, destruye y sujeta, y si es necesario despedaza las indómitas fieras de las pasiones que pretendian arrastrarnos:

lo mejor es, que despues nos cuenta como propio triunfo nuestro esta victoria que es suya. Así se porta Dios con las criaturas que ve luchar heroycamente con las pasiones rebeldes. No penseis que estas son ideas poéticas y fingidas: sobre ser dogma de la religion, son realidades que se palpan con la mano y cada dia se ven.

40. Todos esos héroes de la razon y de la virtud, á quienes el mundo ha consagrado elogios despues de la muerte (quando ya son prueba del verdadero mérito) no se distinguiéron del comun de los mortales por ser de mas fuerte naturaleza, ni por carecer de pasiones desordenadas; sino por haber triunfado de ellas. Ahora bien, si este triunfo no es de solas las fuerzas de la naturaleza, la que en todos es la misma, es preciso que haya sido de algun brazo extraño que sostenia al corazon en el combate, y le daba valor para la victoria.

41. Vos, Ibrahim, ya que tan versado estais en la historia de mi pais, y pretendisteis probarme con los Príncipes detestables, que estos no tuvieron libertad para sujetar sus pasiones, estais en la obligacion de concederme que los buenos Príncipes, que triunfaron de ellas, sin duda la tuvieron con el auxîlio del brazo Omnipotente. ¿Qué me decis de un Piasto el filósofo (1), de un Mieceslao I (2), de su hijo Boleslao, idea de Príncipes perfectos, de un Casimiro su nieto, que fue la admiracion de su siglo? ¿Qué me decis del Príncipe que hoy reyna en el trono de Polonia, el qual supo preferir un buen amigo á un reyno? ¿Pensais que estos no tuvieron pasiones? Poca honra les haceis, si

(1) Vivia como un particular en *Krunsvich* quando los vocales que en la Asamblea general hacian la eleccion de Soberano, y hospedados en su casa, se prendaron tanto de su prudencia, sabiduría y virtud, que le eligieron Duque: este título se daba entonces á los Soberanos de Polonia.

(2) Este Príncipe destruyó la idolatría, y plantó la religion católica.

por ese motivo los colocais en la clase de verdaderos héroes. Luego en la humana libertad, auxiliada de Dios, hay fuerza para triunfar de las pasiones mas furiosas: si á todos ha dado el Señor ojos para ver el bien, á todos por consiguiente les dará pies para buscarle; y si ve que se esfuerzan, los ayudará para conseguirle.

42. Quiera el hombre domar sus pasiones y esforzarse de veras, que sin saber cómo se hallará con fuerza para vencerlas. Le ayuda un brazo invisible, le corrobora un vigor interno, siente otra alma que aníma á su alma, y otro espíritu que le comunica un esfuerzo superior á todo. Entonces aunque sean las pasiones como el tigre mas furioso, ó el toro mas indómito, caerán vencidas y despedazadas á sus pies. Qual héroe valiente que acometido de un bravo leon, poniéndole intrépido la encorvada rodilla sobre la dorada melena, le hace gemir oprimido, y desquijarándole entre las manos, le obliga á exha-

lar la rabiosa vida entre rugidos; así lo hará con sus pasiones el héroe de la razon ilustrada, porque le anima una fuerza superior.

43. De este modo reparó el supremo Artífice su grande obra, viéndola desórdenada con la primera caida; y brillando las divinas perfecciones del Artífice mas en la reparacion que en la creacion, supo unir la hidalguía de nuestra libertad con la obediencia á la razon fiel, y juntar el fuego de las pasiones con el amor á la virtud. Así ya veis que hemos quedado libres y señores de nuestra felicidad, como lo eramos al principio; y por ser mucho mayor la dificultad, resulta mayor gloria, mayor mérito y alabanza.

44. La Princesa quando vió rendido á su hermano, teniendo poco empeño y menos esperanzas de reducir la rebeldía de Ibrahim, los convidó á tomar la refaccion que les habia traido, pues ya la hora era oportuna: empezaron las criadas á servir los regalos cam-

pestres con tal aseo, gala y primor, que aun antes que el paladar, se habian recreado los demas sentidos.



EL FELIZ.

LIBRO DÉCIMOQUARTO.

SUMARIO

DEL LIBRO DECIMOQUARTO.

Cuenta Miseno el hospedage que en otro tiempo habia tenido en un palacio encantado, y aplica la parábola á la falsa alegría que dan las vanas diversiones. Queda convencido el Conde, y desesperado Ibrahim; pero le arguye la Princesa con el desengaño de que si dieran las diversiones la verdadera alegría nunca causarian fastidio. Confirma lo mismo Miseno, y se enfurece Ibrahim. Pintura de un hombre que sale de juicio en la disputa. Comparacion del que no doma las pasiones. Pretende la furia de la Política *separar á Miseno del Conde, y la* Discordia *al mismo tiempo hace que salga de Polonia un Embaxador á ofrecerle la corona; pero éste con la respuesta del héroe se retira triste, y le hospeda la Princesa en su palacio.*

Lib. XIV.



Va un embiado á convidar á Miseno con el trono, y dice que solo aspira á triunfar de si.

J. G. Navia sc.

LIBRO XIV.

1. Mientras duraba la comida, dexando aparte los discursos serios, recreaba la Princesa los ánimos con la graciosa y amena conversacion, propia de su carácter. El Conde fue dexando aquel ayre soberbio y feroz que de repente le habia entrado. Solo á Ibrahim le veian obstinado, ó confuso: sus palabras eran muy contadas, su ademan triste, y sus modales duras: estaba muy seco en las reflexîones, indómito en sus máxîmas, y soberbio en sus pensamientos. El Conde y la Princesa sazonaban los manjares con historias jocosas: Miseno con un rostro risueño y lleno de candor, ó con una noble sinceridad, celebraba la galantería de la conversacion, añadiendo las mas juiciosas reflexîones, como quien habia estudiado en los dos grandes libros, el de la experiencia del

mundo, y el de la solitaria reflexîon. Reprehendia el Conde el excesivo luxo de la mesa de los Romanos y los Griegos, desde que unos y otros cayeron de su antigua y loable sobriedad, condenando al mismo tiempo lo que hoy se ve en las principales Cortes de la Europa, y prefiriendo á todos los banquetes la sencilla, pero gustosa mesa, que su hermana con tan agradable sosiego les habia preparado.

2. Ibrahim introducia maliciosamente tales reflexîones, que sin sentir pretendia persuadir su abominable máxîma de que en sola la satisfaccion de las pasiones podia consistir la alegría á que aspira todo viviente. Miseno instado por la Princesa, tuvo que contribuir á la recreacion de todos con alguna historia que se le ocurriese, y así les contó un extraño banquete, á que decia haber asistido, y dixo así:

3. Quando el Rey Casimiro pa-

dre del Monarca que hoy ocupa el trono de Polonia, conseguia grandes conquistas contra los Rusos, me fue preciso ir acompañado de solos dos Cabos á exâminar cierto terreno, y algunos puestos que nos podian ser ventajosos; porque el Rey me habia confiado sus proyectos, y no debia yo comunicarlos á otro. Partí, pues, de Kiowia por el camino que va á Czernicow: he aquí que ya de noche, confusos en los caminos, cansados los caballos, embarados los miembros, andando y desandando por un dilatado bosque nos veiamos como naufragando en medio de la tierra. Quanto mas caminabamos para salir de aquel laberinto, mas enredados nos veiamos. Se habia retirado la luna, y las estrellas no osaban presentarse en una espesura tan negra: se derramaba por los corazones el pavor, y se perdia el juicio sin saber cómo salir de aquel embarazo; quando de repente entramos en una admirable casa de campo: dos bellos torreones guarnecian la entra-

da que por hermosos paseos de arboledas nos llevaba á la puerta principal que hallamos abierta, y patente. No es tan agradable la Aurora en su dorado carro para los ojos del miserable navegante en medio del Archipiélago (1), quando entre tinieblas y peligros se ve perecer á cada instante en el golfo, como fué para nosotros aquel maravilloso palacio. No se puede desear mejor hospedage que el que nos dieron aquellos caballeros y señores. En las chimeneas ardian las maderas mas fragrantes, en las mesas eran sumamente delicados los manjares: los vinos generosos y los licores exquisitos de toda especie, eran tales que no acabamos de creer lo que estabamos viendo. A la mesa se siguió la diversion del juego: parece que la fortuna era nuestra compañera, porque todos tres ga-

(1) El Archipiélago es la porcion de mar que subiendo ácia el Norte tiene al Occidente la Turquía Europea, y al Oriente la Asiática; y por ser un mar todo sembrado de islas es su navegacion de noche muy peligrosa.

nabamos con igual felicidad. Ya llegó el tiempo en que fue preciso retirarnos cada uno á su quarto para descansar de la fatiga. En una bella sala, que tenia comunicacion con nuestras alcobas, hallamos con grande admiracion nuestra, refrescos de frutas, dulces y licores admirables, con otros mil regalos iguales á los de la cena: á la admiracion se siguió la risa, y á ésta la crítica de tan extravagante costumbre; mas poco despues sentimos todos una debilidad, y una hambre tan no esperada, que nos obligó á acercarnos á las mesas, y alabar lo mismo que habiamos reprobado. El frio acompañaba á la flaqueza: las chimeneas lisongeaban á la vista con la viveza de sus llamas, y al olfato con los aromáticos vapores; pero no nos calentaban mucho. Como eramos militares haciamos asunto de diversion de nuestra misma incomodidad, al ver que ni en las camas pomposas y ricamente adornadas podiamos coger el sueño, ni

hallabamos satisfaccion en las mesas, ni calor en el fuego. Pasada aquella noche en un inquieto movimiento desde las mesas á la cama, de ésta á la lumbre, y de la lumbre otra vez á la mesa, llegó en fin la madrugada; y queriendo nosotros salir temprano para hacer cómodamente la jornada, dexando antes á los criados que nos habian servido alguna señal de nuestra generosidad, al visitar los bolsillos vimos que habia desaparecido lo que habiamos ganado en la noche precedente. Este nuevo suceso renovó la risa, y esta cesó con la fuerza de la admiracion quando saliendo del palacio, y deseando fixar bien en la memoria el sitio de tan extraordinaria habitacion, al vorver los ojos solo encontramos un bosque espeso, sin que hubiese en todo él el menor vestigio de tal casa de campo. Aquí mirándonos unos á otros haciamos mil discursos, y llegamos por último á conocer que todo hábia sido ilusion

de la fantasía, y gracioso encanto con que se habia divertido algun mágico benévolo.

4. Sin tardar tanto tiempo, dixo el filósofo, se conocia que nada era realidad. Fuego que no calienta, cama que no consuela, manjares que no satisfacen, y vino que no da fuerza, desde luego se ve que son pura ilusion: si á mí me sucediera ese caso, desde luego diria á los compañeros, que estabamos encantados.

5. El Conde que esto oia, estaba luchando consigo mismo entre admirado é incrédulo, y llegó á decir á Miseno, que á no ser su autoridad, ninguna otra le haria creer semejante suceso. Yo pensaba, le replicó, que ninguno le creeria mas facilmente, pues me parece que os ha acontecido muchas veces una cosa semejante. Esta no esperada respuesta dexó suspensos al Conde, y á Ibrahim; pero la Princesa les dixo sonriéndose que tambien ella era del voto de Miseno: esto los suspendió notablemente,

hasta que le suplicáron, que explicase aquel enigma, y corriese el velo á la parábola, declarando la doctrina que contenia.

6. Confesó Miseno que así era, y continuó de este modo: no perdia yo en mi juventud ocasion alguna de satisfacer á mis pasiones y apetitos: esta era mi máxima y ley inviolable; y con efecto en esta jornada que hice con los dos Palatinos de Polonia, nos divertimos mucho dando rienda á los apetitos; pero siempre estaba mi corazon con la misma sed de alegría: apénas pasaba la diversion que me habia recreado por un instante, sentia yo el mismo vacío interior, y padecia mi pobre alma una especie de hambre canina, en la que apeteciendo siempre deleytes y regalos, nada me satisfacia, porque si despues de haberme divertido mucho estaba alguna tarde solo, al punto me hallaba triste. Iba yo texiendo con tal arte los placeres que sin interrupcion se sucediesen unos á otros, que es lo mismo, que vos

Conde, haciais, segun me teneis dicho. Pero nada de esto llenaba el vacío de mi corazon, y quando se acababa qualquier deleyte, luego venia la tristeza. Pregunto, ¿no es esto estar siempre comiendo, y quedar siempre con hambre? ¿Echar ropa y mas ropa sin conseguir calor que nos consuele? ¿Beber á cada momento, y sentir la misma sed que ántes? ¿Por qué pues no hemos de decir de los deleytes que las pasiones nos procuran, lo mismo que de aquellos manjares encantados?

7. Las pasiones, amigos mios, nos dan alegría, pero es una alegría falsa, fantástica, y de ilusion; de suerte que jamas quedará con ella satisfecho el corazon humano. Así lo experimentais, y ninguno lo podrá negar, porque el ansia con que concluida una diversion se busca otra, y conseguido un empeño nos ocupa el alma otro, manifiesta que todavía se quedó vacío el corazon y hambrienta el alma; y así todo quanto la entretenia era puramente fantástico. Decidme, si

estuviera un hombre embolsando dinero y mas dinero sin cesar, y ofreciéndosele tomar alguna moneda hallase el bolsillo vacío ¿ quién le persuadiria que lo que habia guardado era oro verdadero? Esto mismo digo yo de la alegría de las pasiones. No cesaba yo de buscarla atesorando con avaricia y ambicion; pero si, hallándome solo, buscaba en el fondo de mi corazon un poco de aquella alegría que habia juntado, me sentia desconsolado, triste y descontento.

8. Jamas, dixo el Conde, habeis hecho argumento tan convincente, ni pintura tan clara de lo que toda mi vida ha pasado por mí. Ya veis Ibrahim, quan errado era el camino que me enseñabais para llegar á la verdadera alegría. Apelásteis del tribunal del discurso al de la experiencia, y ahora os hallais en él igualmente condenado. Si las pasiones, Ibrahim, diesen alegría, ninguno la tendria mayor que yo, porque nadie habrá seguido sus pasiones con mas empeño, y

no obstante no ha habido persona mas perseguida de la tristeza.

9. No podia Ibrahim disimular la cólera interior que se le traslucia por los ojos, y el incendio de sus pasiones humeaba por todo el semblante. Se veia convencido por quien no habia hecho como él profesion de estudios, que es lo mismo que verse un militar postrado en un desafio, por quien no hubiese profesado las armas. La confusion le embrollaba el discurso, y la política atajaba las injurias, último recurso del convencido, quando la soberbia no le dexa confesar la victoria. Esta interior lucha de su alma, combatida de todas las pasiones juntas, se daba bien á conocer; porque queria hablar, y callaba, sin saber lo que queria decir.

10. La Princesa, que tenia empeño por la victoria, viendo á su enemigo aturdido, quiso, aunque con brazo femenil, correrle una nueva lanza, por ver si del todo le rendia, y dixo así: para ver, Ibrahim, que la satisfaccion de nuestras pasiones no puede dar alegría

verdadera, basta saber que lo mismo que al principio nos da gusto, cansa continuado, y últimamente aflige. La mas armoniosa música, la mas delicada mesa, y el teatro mas completo, en pasando cierto tiempo empiezan á enfadar tanto, que si por fuerza nos obligasen á volver á los mismos deleytes por nueve ó diez horas seguidas sin variacion alguna, seria para nosotros un tormento desesperado. Haced, Ibrahim, anatomía de nuestra alma, y vereis que su paladar es en extremo delicado, y se embota facilmente, de tal modo que con la continuacion, el gusto se muda en fastidio, el fastidio en angustia, y la angustia en desesperacion. ¿Quién pues creerá la paradoxa de que *el origen de la verdadera alegría pueda llegar á causar tristeza*? Perdonadme que me meta á filósofa, pues aunque muger pretendo tener parte en el descubrimiento de este tesoro, y así quiero dar de quando en quando mi hazadonadita con el discurso, pues de lo con-

trario no participaria de su riqueza. ¿Qué os parece, Miseno?

11. El sistema de satisfacer á las pasiones, la respondió, tan léjos está de ser el orígen de nuestra alegría, que solo lo puede ser de muchas aflicciones y tristezas. Tiene nuestro corazon grandes alas, y batiéndolas con ansia, se eleva por el ayre en busca de lo que desea: no vuela jamas rastrero como las golondrinas, sino que se remonta como las águilas, y no sabe volar sino subiendo; desprecia siempre la humilde region de lo fácil, porque solamente lo dificil excita nuestro apetito. Como siempre va el corazon volando por la vasta region de los deseos, no bien ha conseguido el objeto de uno, quando ya aspira á otra cosa mas alta: de este modo crece con el vuelo la dificultad, con la dificultad el cansancio, y con éste el disgusto; pero siempre el corazon bate las alas sacando fuerzas de flaqueza. Si sucede que hallando algun grande obstáculo llega con mucha fatiga á vencer-

le, entónces fundando nuevas esperanzas sobre esta victoria, todavía se remonta mas. Ya veis que subiendo siempre el deseo, es preciso que pasando de la esfera de lo dificil entre en lo que es moralmente imposible; pero entónces, quantos deseos nos vienen, tantos disgustos se nos preparan; porque nuestro corazon, Ibrahim, enredado en la dificultad que no puede vencer, es como el ave cogida en el lazo, que quanto mas bate las alas, mas presto se ahorca. Ved pues que el que resuelve dar satisfaccion á sus pasiones, busca indispensablemente mil disgustos, aflicciones y tristezas.

12. Rebienta furioso el volcan quando, ardiendo por mucho tiempo el fuego subterráneo, no halla respiradero por donde desahogarse poco á poco: así lo hizo el incendio que el espíritu de *soberbia* avivaba en el corazon del Mahometano. Entre mil pasmos, admiraciones y espantos ponia las manos en la cabeza, se levantaba de la silla,

y volvia al punto á sentarse: tomaba á los cielos por testigos, se quejaba á los vientos y á las peñas, y sin acabar de explicar lo que decia, no atendia á lo mismo que pronunciaba. El Conde estaba observando, como en un espejo, los efectos de la pasion, viendo como ésta cegaba á Ibrahim, para que no conociese la verdad, quando la confesaria el mas ignorante: mucho le aprovechaba esta muda doctrina. Entretanto nadie hablaba, ni le contradecia. Despues que el volcan vomitó llamas, humo y piedras, en injurias y palabras confusas, ya algo mas sosegado decia irónicamente, que daba gracias al cielo de haber nacido en tiempos tan venturosos quando se descubria lo que no habia conocido hasta entónces ningun sabio: que en adelante para alegrar á sus amigos y convidados procuraria con estudio mortificarles los apetitos, reprimirles sus pasiones, humillar su orgullo y vanidad, hiriéndoles en el amor propio; supuesto que, se-

gun la nueva filosofia, el medio de lograr contento sólido es domar las pasiones. Volviéndose despues á las criadas, mendigaba sus votos con vilísima pobreza de alma, á falta de otros mejores; y tan ciego estaba su entendimiento que tomaba por aprobacion la risa con que se burlaban de él. A todo esto añadia, que ninguno habia sido mas benigno con los hombres que el famoso Neron, pues quebrantando con sus tiranías las pasiones de los otros les procuraba, segun la doctrina de Miseno, la mas completa alegría. Ya no tengo mas que saber, decia: sola esta leccion me basta; y despidiéndose con cierto pretexto, tomó el baston, y se retiró desconfiado.

13. Celebraron los dos hermanos, como era justo, la retirada del filósofo. Miseno, atendiendo á la instruccion del Conde le dixo: las pasiones, amigo, son, como ya os dixe, semejantes á los brutos, pues domadas sirven para darnos gusto, pero sueltas y rebeldes serian cau-

sa de nuestra ruina. Si el cochero negligente y floxo alarga la rienda á los brutos, quando los halla indómitos y furiosos, ¿que efecto se podrá esperar de su floxedad y pereza? Va el coche sin gobierno, y corre precipitado: allí se tuerce, allá cae, mas allá arrastran al cochero: pasan por encima de él los caballos y las ruedas, hasta que le sacan atropellado, herido ó muerto. ¿Quánto mejor le hubiera sido tener fuertes las riendas, y domar los brutos, aunque fuese con trabajo? Siempre, amigos mios, son mucho mayores los daños que nos resultan de soltar la rienda á las pasiones, que la fatiga de refrenarlas; y así aun quando no fuese sino para evitar grandes disgustos siempre debiamos gobernar nuestras pasiones y apetitos con el freno de la razon. En estos y otros semejantes discursos se entretenian los tres amigos, quando un suceso no esperado los interrumpió.

14. Aquella detestable Furia, que

con las máxîmas de la falsa *Política* suele enredar á los Soberanos entre sí, abrasar los reynos, y traer en perpetua discordia al mundo entero: aquella Furia, digo, tomó por empeño en el subterráneo conciliábulo atajar, con la separacion del Conde y de Miseno, la propagacion de la sana filosofia, que tan funesta era al infierno. Atizando, pues, en los Estados de Polonia el fuego mal apagado, hizo que viniese un Embaxador de Lesko, el que sabiendo en confuso en donde se ocultaba Uladislao, andaba por descubrirle, vagando por aquellos montes. He aquí que se encuentra con Ibrahim, que se iba retirando de la compañía de la Princesa. Vió esta Señora á lo lejos en la cumbre de la sierra frontera que un caballero se habia parado á hablar con el filósofo: observó que Ibrahìm parecia estar cortado con las preguntas del extrangero; pero que habia señalado ácia el sitio en donde Miseno estaba, y que despues siguió

cada uno su camino. Tomó el caballero la baxada del puente, de lo que infirieron que los buscaba. Hacian mil discursos por adivinar lo que seria: por último determinaron la Princesa y el Conde salirle al encuentro para estar mas cerca de casa, pues tenian que volver á ella, y se despidieron de Miseno; el qual volvió muy sosegado á su trabajo cultivando la tierra, ó por mejor decir, aquellas peñas ingratas.

15. A pocos pasos se encontraron con el caballero que buscaba á Uladislao, Rey que habia sido de Polonia, y de quien se sabia por indicios, que vivia incógnito en aquellos ásperos montes. Quedó turbada la Princesa, y dudando si confesaria ó si ocultaria el secreto; pero acordándose del juramento que habia hecho, respondió políticamente: conozco de pocos dias á esta parte en estos montes un varon respetable por su juicio, costumbres y prudencia, que se llama Miseno:

no sé quién es ; pero viéndole vos podreis conocerle, y saldreis de la duda : lo que puedo deciros es que si la corona se debe á los méritos, ninguno podrá ceñir con ella su cabeza con mas justicia que él.

16. Con esta noticia partió el caballero alborozado, subió á la montaña, y halló á Miseno bien desprevenido. La barba crecida, el vestido tosco, y el trage campesino habian mudado su figura ; pero ninguna mudanza halló Goworek, valído íntimo de Lesko, llamado el *Blanco*, que este era el caballero que le llevaba la embaxada. Le ve de repente Miseno, le conoce, se asusta, y queda suspenso, previendo que alguna grande novedad venia á interrumpir el sosiego que gozaba en aquel dulce retiro. Por la voz de Miseno se certificó el caballero enteramente de que era Uladislao, y ya iba á arrojarse á sus pies, como á los de su Soberano ; pero Miseno de ningun modo lo consintió. Pasado el momento de las recíprocas

admiraciones habló así Goworek:

17. Señor, si el amor á la patria y á los hijos no es contrario á la filosofia que profesais, en vos tiene la Polonia todas sus esperanzas para evitar el último precipicio á que la falsa política la ha traido. Todas las cavernas infernales forjando sin cesar las mas penetrantes saetas envenenadas con la sangre de los dragones de la Laguna Estigia, nó bastan para suministrar armas á esta monstruosa furia de la *Política*, que no hace en Polonia sino soplar la discordia mas deplorable, no solo entre los vasallos y el Soberano, mas tambien entre los miembros de esta indómita Monarquía. Ya sabeis la repugnancia de todos los pueblos quando Lesko debia subir al trono, mientras no me desterrase de la Corte. La infeliz confianza con que este Príncipe desde sus primeros años abrazó mis consejos, los atemorizó de suerte, que como visteis, le negaban la obediencia si no me sepa-

raba de su lado. Testigo sois, Señor, de que con raro exemplo prefirió este Príncipe un amigo á un trono: juzgad, pues, con quanto mas sagrados vínculos debia unirse mi corazon al que me daba pruebas de tan singular amistad. Desde aquel momento ya Lesko vivia en mí, y yo en él: una sola alma animaba los dos cuerpos, la voluntad era única, y el entendimiento uno solo. Al fin subió Lesko al trono quando vos le dexasteis, porque el entusiasmo de aquel pueblo guerrero se olvidó, en el fervor de un triunfo, de las máximas políticas que siempre habia adoptado. Pero ahora resucitan éstas, y como víboras por largo tiempo escondidas en el seno de la madre, siempre han ido engruesando sus furiosas cabezas, y refinando el veneno. Hoy mas que nunca está el Rey unido conmigo; y los pueblos, nunca mas orgullosos, no pueden sufrir que yo le ayude á manejar las riendas del Gobierno, quando ya

los brutos casi han tomado el freno con los dientes para precipitar el carro de la Monarquía. El Rey, ó sea porque no confia en sus fuerzas, ó porque le tiene ciego mi amistad, de ningun modo quiere que yo me separe de su lado, siendo esto lo que yo deseo y lo que él debia querer; pero os aseguro que tanta honra me aflige, y tanto cariño me despedaza las entrañas: el ver mi afliccion duplica la del Monarca. Por esto me envia para que vos compadecido del miserable estado en que se hallan vuestro Soberano, vuestra patria y los que en otro tiempo fueron vuestros hijos, resolvais volver al trono que ocupasteis con tanta paz.

18. Acordándose los pueblos de vuestro suavísimo gobierno os está nombrando á cada instante, y no se oye en las Asambleas otro nombre que el de Uladislao: los ancianos le pronuncian llorando de pena de haberos perdido, los jóvenes con arrepentimiento, y hasta los niños

aprenden á hablar pronunciando vuestro nombre mamando con la leche el afecto de sus padres: todos en fin os hechan menos. Cansado tienen al cielo con súplicas de dia y de noche, porque le descubra la venturosa ciudad que os posee; y si lo supiesen, vendrian todos á llevaros en triunfo. Lesko solamente tenia algunos indicios de vuestra retirada habitacion, y os suplica mas que todos que no os negueis á vuestra madre la patria en su última ruina: que concedais á vuestra sangre el único remedio de su afliccion: que os acordeis de que es vuestro primo y vuestro amigo: de que os cedió la corona, y solo por fuerza la tomó quando la dexasteis: que si os ofendió la inconstancia de los pueblos, ya estan bien arrepentidos de su yerro: que ahora os obedecerán mejor, porque os aman con preferencia, y siempre los yerros del principio fueron el apoyo de los aciertos en el fin. Esto dixo, y pos-

trándose en tierra le queria besar la mano intitulándole su Rey.

19. No profaneis ese título (le dixo Miseno con seriedad) pues solo se debe á vuestro legítimo Monarca. Direis á mi primo que no conviene resistir al cielo por obedecer á nuestro capricho ó pasiones: que así como no es lícito aspirar al trono quando el cielo no nos llama, tampoco es permitido dexarle quando la mano Soberana nos ha colocado en él: que Dios, de quien dimana todo poder y soberanía, dará la fuerza competente á las manos en donde pone el cetro. La experiencia me hizo ver que mis manos no le podian manejar; y así aunque los hombres me le dieron, el cielo me le quitó. Bien sé yo quanto pesa una corona, y que mi cabeza no puede sostener la que tanto me oprimia. Los pueblos no gustaban de mí; esto lo presenció Lesko, y vos lo visteis. Tres veces subió mi padre al trono, y otras tantas se vió precisa-

do á descender de él : ya la muerte le recogió en sus brazos, llevándole al descanso despues de una vida tan fatigada con las alternativas de la fortuna. ¿Os parece que me obliguen ahora á heredar la misma funesta alternativa? Quiero, amigo, aprender del exemplo ageno, pues le tengo tan cerca, las máxîmas con que burlarme de la fortuna.

20. Debo mi amor á los pueblos, á la patria y á la sangre: no lo puedo negar; pero á lo que me obliga este amor es á aconsejaros lo que conviene al bien de todos. Lesko nació para reynar en Polonia: así lo conozco; y como tambien conozco al trono, sé mejor que ninguno si éste le conviene. Decidle, pues, que sepa vencerse á sí mismo, ya que ha triunfado de otros: que si no pudieron vencerle los enemigos no permita ahora verse arruinado por causa de un amigo: que las pasiones que algun dia fueron inocentes y justas, se con-

vierten en defectos múchas veces, por haberse mudado las circunstancias. Vos le erais necesario en el principio del Gobierno, y ahora le es nociva vuestra asistencia. Entónces fue heroismo preferir un buen amigo al trono: ahora es culpable preferir la particular amistad al bien público. Entónces fue prudencia la desconfianza de las propias fuerzas en un empeño nuevo y en edad tan tierna: ahora despues de la experiencia y madurez, ya es cobardía. ¿Qué dirán los pueblos? Dirán que su Príncipe los abandona por un solo vasallo. El hombre debe estimar á su amigo; pero debe dar á esta amistad su justo precio, y no la puede conservar á costa del público. ¿Qué se diria de un padre que por el simple gusto de la asistencia de un amigo dexase que sus propios hijos se degollasen entre sí sin acudir á evitar en su casa desastres tan funestos? Esto mismo dirán de mi primo, si por el gusto femenil y ocioso de teneros

á su lado dexa caer la Monarquía en las rebeliones y guerras civiles que la amenazan. Si yo fuera tan indiscreto que aceptase el trono, vos seriais el ódio de la Monarquía, viendo todos que fuisteis causa de verse sin un Príncipe tan sabio, como es vuestro Soberano: de un tal Príncipe que él solo puede hacer la entera felicidad de los Estados. ¿Qué mayor mal pudieran causar los enemigos si en una campal batalla llevasen á Lesko prisionero? Lo que harian seria privar de tan buen Monarca á los vasallos, y quitar tan buen padre á sus hijos. Lo mismo, pues, hace la funesta tema de vuestra mal gobernada amistad. A vos os mirarian como á un traidor, porque por el interes del valimiento consentiais en la perdicion universal, sacrificando la patria á la ambicion, ó á la ciega pasion del amor.

21. No, amigo, si hasta aquí habeis merecido la amistad de vuestro Monarca por los buenos con-

sejos que le dabais, ya no la mereceis si aprobais esta indigna resolucion. Mientras mi primo os esté viendo, no le da fuerza el corazon para deciros que os retireis de su lado, pero ahora que estais ausente, puede respirar del cautiverio, que aunque suave, es muy funesto. Retiraos, pues, vos mismo y escribidle desde vuestro retiro á mi primo estas razones.

22. Mucho debeis á vuestro amigo, pero mas debeis á vuestra patria, que os dió el ser, y debe preferirse al que solamente os ha aumentado la fortuna. De vuestro retiro se seguirá la tranquilidad de los pueblos, la mutua armonía entre sí, la paz del Soberano y el bien general de los Estados; pero si insistis en condescender con mi primo en su mal entendida pasion, él se pierde, vos seréis detestado, y toda la patria se arruinará.

23. Por lo que respecta á mi persona podeis estar seguros de

que por ningun interes aprobaré lo que mi razon condena. Decid á Lesko y á todo el mundo, que yo aspiro á trono mas alto, á corona mas noble, y á mas gloriosas victorias. *Quiero reynar sobre mis pasiones, y triunfar enteramente de ellas*: esta es mi respuesta decisiva.

24. Dixo esto con ayre tan magestuoso y resuelto, que Goworek no se atrevió á replicar, y protestó obedecerle en todo con el mayor respeto y rendimiento. A este tiempo llegó un criado de la Princesa que suplicaba á Miseno ofreciese á aquel caballero el hospedage en su palacio, ya que se hallaba en la aspereza de aquellos montes desiertos. Miseno lo executó con la urbanidad acostumbrada, encomendándole el secreto de la persona, y de la embaxada, y él se le prometió retirándose muy triste.

25. Hospedó la Princesa á Goworek con magnificencia y urbanidad,

reynando mutuamente la política: el extrangero ocultaba el secreto de su embaxada, y los huéspedes la noticia que tenian de la persona de Miseno; siendo las bellas prendas de este solitario el asunto de la conversacion, la que unos empezaban con estudio, y el otro al punto la cortaba. Mas al dia siguiente, quando él se retiró agradecido, sospecháron los dos hermanos, por algunas palabras que se le escapáron al Embaxador, el motivo de su diligencia y las resultas; pues Goworek creia, que aquellos Príncipes no tendrían el menor principio para entender sus expresiones vagas.

26. Miseno por su parte habia quedado cuidadoso con la embaxada de Lesko; pero confirmándose en su antiguo pensamiento, se decia á sí mismo: ¿quanto mas glorioso seria Lesko, si quisiera reynar sobre sí, y domar sus pasiones? Infeliz el hombre que se dexa llevar de una pasion, aunque ésta sea la

mas inocente, porque al fin es ser arrastrado por otro, lo qual, aunque sea por el mejor camino, es indigno y dañoso. No se atreve mí primo á violentar su corazon, porque le duele quando le oprime; pero esto á todos mortifica. No obstante, haga él lo que quisiere, que yo insistiré siempre en domar á toda costa mis pasiones. Muchas circunstancias me irán suavizando este trabajo, pues por una parte siempre va á ménos la fuerza de las pasiones quando se reprimen, porque faltando el pábulo á la llama, cada vez se debilita mas, hasta que por sí misma se acaba. Por otra parte las fuerzas del alma se aumentan con el exercicio de la lucha. ¡Qué vigoroso se halla el brazo de un soldado veterano, que por largo tiempo ha manejado el escudo, corrido la lanza, y esgrimido la espada! ¿Qué cosa hay, que aunque al principio sea dificil, no llegue á ser fácil con el uso? ¿Por qué pues no me sucederá lo

mismo en esta empresa de vencerme á mí propio? Animo, Uladislao: triunfen los demas de los brutos, de los bárbaros, ó de sus mayores enemigos, que yo triunfaré de mí mismo. Bien sé que además de lo que hasta ahora me ha costado, tengo mucho que trabajar: previendo estoy á lo léjos mil combates, mas no importa: no puedo ser de otro modo feliz, y no quiero dexar de serlo. Puede ser que todo el infierno se arme contra mí para hacerme retroceder en medio de la empresa: no importa, porque el cielo se armará para ayudarme. La luz de la razon, que es la voz del Ser supremo, ha de ser la Guia de mis pasiones: esta luz irá delante, y ellas la deben seguir. Piensan los mas, que ya las tengo del todo vencidas y muertas: se engañan. Los repentinos movimientos que siento en mí, manifiestan que aunque refrenadas, estan vivas, y así necesito estudio, vigilancia y cautela; y pues las pa-

siones solo mueren quando nosotros, con sola la muerte debo cesar en este cuidado. De este modo hablaba Miseno, animándose á proseguir en la empresa.



EL FELIZ.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

SUMARIO

DEL LIBRO DÉCIMOQUINTO.

La pasion de la Ternura *toma la figura de un confidente del Rey de Ungría para obligar al Conde á cumplir la palabra de ir á militar en Tierra Santa. Varios afectos afligen á los dos hermanos por haber de apartarse de Miseno. Piensa el Héroe retirarse del sitio en que habitaba, temiendo nueva embaxada de Polonia, y le parece que ve en el ayre un caballero montado en un caballo. La Princesa refiere á Miseno una parábola de un niño que moria de sed, para obligarle á que acompañase al Conde, y Miseno se resuelve á seguirle. Van á embarcarse, y en el camino tienen varias conversaciones alusivas á la instruccion del Conde. Resumen de los motivos de aquella guerra en oriente. Sale Neucasis á recibirlos, y les cuenta las revoluciones de Chipre y las de Siria. El Conde y Miseno toman el bote: se despiden de la Princesa, y entran en el navío.*



Vé Miseno al Conde pasar como un relampago por el ayre, y sale de sus dudas.

J. G. Navia sc.

LIBRO XV.

1. Desesperado volvió Goworek con la respuesta de Miseno; y la Furia de la *Política* se retiró confusa á las cavernas infernales, viendo que ni la oferta voluntaria de una corona tan apetecida doblaba la constancia del héroe. Las pasiones, decia la *Política*, están ya en él tan amortiguadas, ó tan domadas, que ni éste tan vivo estímulo puede hacer que salgan un solo punto de la regla de la razon con que las guia. En vano me he valido del amor de gloria, y de la ambicion del gobierno: en vano he solicitado el amor de la patria, de los pueblos, de la paz, y del sosiego público: en vano desperté el deseo de las delicias y riquezas: en vano llamé en mi socorro la *Mentira*, la *Lisonja*, el *Engaño*, y la *Baxeza*: en vano habia yo dispuesto para su entrada en Polonia la *Se-*

dicion, las *Intrigas*, la *Inconstancia*, y el vil *Interes*: todas estas Furias estaban prontas á darme auxîlio, excitando cada una la pasion que la corresponde; y á qualquiera de estas pasiones que cediese por una sola vez, no podria escaparse de mis lazos. Pero todo ha sido inútil, y por ningun lado me dará entrada en su corazon.

2. Ya el ánimo de Lesko se preparaba, arrepentido de la oferta, para que la falsa fe le encerrase en un calabozo: ya tenia yo dispuestos los descontentos para una abierta rebelion si Uladislao llegára á presentase. ¡O que rios de sangre correrian! ¡Qué estragos y qué horrores! ¡Qué maldades veria yo para mi glorioso triunfo, si su corazon se dexase mover de la mas leve *pasion*, por mas inocente que ésta pareciese, pues en todas habia yo puesto tal veneno, que aunque suave, era eficacísimo para que si le tragase Uladislao saliese yo triunfante, perdiéndole á él, y

estorbando que á ninguno enseñase tan perniciosa doctrina! Esto dixo la *Política*, y de repente se vió como un frenético desesperado, que se muerde, se despedaza, y arroja espuma, volviendo contra sí propio su loco furor. No obstante la pasion de la *Ternura* compadecida de la afliccion de su compañera, se ofreció á la empresa para disminuir con nueva astucia el mal, ya que no se podia evitar del todo. Intenta pues arrancar al Conde de la compañía de Miseno.

3. Sea enhorabuena Uladislao, decia ella, un héroe completo en los montes; pero no comunique sus máximas á los que han de vivir en las ciudades: de este modo siempre saldré triunfante, sino de su persona, á lo ménos de su doctrina. Apénas dixo esto, toma la figura de Branchiman, Palatino de Ungría y confidente particular de Andrés, Rey de los Ungaros, que poco ántes se habia casado con una hermana del Conde. Tenia la furia infernal la misma figura y talle, y

no se distinguia en la voz, en el semblante ni en el trage: se presentó pues acompañada de un solo criado á la puerta de la Princesa, quando ésta y el Conde salian para visitar á Miseno. Se suspenden con su vista, se informan de la salud de su hermana, á quien amaban cordialmente, y le preguntan, quál era el motivo de tan no esperada visita.

4. Jamas hubo engaño tan completo, ni apariencia mas perfectamente imitada. Representaba la furia infernal en su exterior la prudencia, mansedumbre, gravedad y modestia, propia del Palatino. El Rey, mi Señor, (le dixo al Conde) me envia á recordaros la palabra que le disteis en el memorable dia en que vuestra hermana subió al trono; en aquel alegre dia quando con dulce y perpetuo lazo unió su mano y corazon con la del regio esposo. Os hago presente que no está cumplido el voto que tenia hecho á Dios, y la promesa ante su ministro de ir á Tierra Santa para

sacar el sagrado Sepulcro de entre las manos infieles: todavía no ha agradecido al cielo los beneficios recibidos, y se considera cubierto de la negra y fea mancha de ingrato: que por esto gemia su corazon, y su alma confusa se avergonzaba de sí misma, y cada vez que miraba al cielo, juzgaba que le reprendia: si le veia alegre y risueño, recibia mayor confusion, considerando su pereza y floxedad; y quando le veia enojado disparando saetas de fuego, se llenaba de temor pensando que él era la causa única de su furor.

5. En esta afliccion, que disminuia mucho el gusto de aquellas bodas, le disteis palabra de ir por él á Tierra Santa entretanto que él tomase la cruz para llevar buen número de caballeros á reforzar el exército de los Latinos, que llenos de gloria y mérito militaban por la honra de su Dios. Todavía se acuerda el Rey del sitio, del momento y del honor con que jurásteis, tomando por testigos de la

palabra al cielo y la tierra, y con vuestra promesa descansó. Ya veis que él tenia justa disculpa, porque le detenia el cariño de una esposa que acababa de recibir en sus brazos, y este amor entibiaba su espíritu marcial, porque en un corazon lleno de ternura, no puede entrar el furor que la guerra pide.

6. Vos mismo le aconsejasteis que se diese por entónces al amor conyugal, y bien visteis que vuestra promesa le alegró de modo que fue su total alivio: tanto que despues de vuestra partida os veia en sueños entre los enemigos sobre el soberbio y brioso caballo, que para esto os dió, adornado con su real capacete, y penetrando con su misma espada por las filas de los infieles, destrozando á unos, atropellando á otros, hiriendo á izquierda y á derecha, siendo el terror de los bárbaros, y el exemplo de los compañeros, dando crédito á la Religion, y un modelo de militares al mundo. No podeis saber quán agradable le era esta imagi-

nacion, y con qué gusto la revolvia en su pensamiento de dia, quando de noche se le habia figurado: entónces nos repetia contento las deliciosas ilusiones de su alma: esto era su mayor regocijo y descanso, quando en la dulce conversacion con su amada esposa salia á perturbarle su antiguo remordimiento.

7. Ahora mas atormentado que nunca, viendo que el amor de Sofía os detiene, me manda recordaros la palabra que le disteis, y lo hace saber tambien á la Princesa, porque tal vez lo ignora. Al presente pues, no obstante los gravísimos negocios del reyno, se proponia dexar sobre mí todo el formidable peso de la Regencia de la Monarquía, para ir con toda presteza á desempeñar su voto; y en esta heroyca, aunque tardía resolucion, determinaba recuperar las proezas perdidas, é ir á lavar con la sangre de los bárbaros, ó con la suya propia, tan vergonzosa tardanza. Todo estaba determinado y pronto: habia ya endurecido los oidos á los ruegos

de vuestra hermana. ¡O que sacrificio, y qué tormento para el Rey! Sofocaba éste con ambas manos su corazon oprimido, sin hablar palabra, al ver las lágrimas de su querida esposa. Ya empezaba el triste *á Dios* á separarlos, tal vez para siempre; quando cayó desmayada vuestra hermana, y apénas podia sostenerla en sus brazos. Entónces, despues de largo espacio en que estuvo, ya temblando, ya inmoble y como difunta, empezó á decir delante de todos, y fuera de sí: ¡*Ay, las lanzas*! ¡*ay esposo*! ¡*ay*! *Allí cae atravesado: allí exhala el alma: allí le atropellan los brutos: allí le despedazan los bárbaros*! A este tiempo un nuevo furor alienta su corazon, abre los ojos, ve á su esposo, y recobra el ánimo perdido para perderle de nuevo, pues quando acababa de volver en sí oia el cruel *á Dios*. Tres veces ví al Rey tomar la puerta, y otras tantas le ví volver atrás á mezclar sus lágrimas con las de su esposa desmayada.

¡Ah! Si vosotros lo vieseis, como yo lo presencié, no podriais reprimir el tierno llanto en que todos prorumpiéron.

8. Yo entónces (perdonad si fué atrevido el consejo) dixe al Rey que suspendiese la partida, que yo vendria á suplicaros, que satisfaciendo á la promesa, dieseis algun desahogo á aquellos corazones oprimidos. Apénas pronuncié esta palabra, quando una nueva alma animó á vuestra hermana, y un nuevo espíritu vivificó aquellos corazones moribundos. El Rey me estrechó entre sus brazos, la Reyna no hallaba términos con que explicarse; pero las lágrimas, la alegría, el semblante y el alma, sin decir palabra, todo hablaba en ella: la corte me lo agradece, todos me instan y dan priesa, y yo partí en el instante: aquí estoy para llevar con vuestra respuesta la vida á vuestra hermana, el sosiego á mi Soberano, á uno y otro el gozo y regocijo, y á sus pueblos el consuelo; pues todos temen perder en tan

violenta separacion ambos Príncipes, porque estan sus almas tan unidas, y sus corazones tan pegados, que siendo uno solo en dos cuerpos, será lo mismo separarlos que pártirlos.

9. Esto dixo la *Ternura*, y al mismo tiempo una mano invisible derramaba en el alma del Conde todos los afectos que podian conducir al intento deseado. En su rostro se veia el pesar y la vergüenza de haber faltado á la palabra; y sentia al mismo tiempo en su corazon la más suave y compasiva ternura para con su afligida hermana. Ya se abrasa su ánimo con la ambicion de la gloria que con tanta razon suponia su cuñado: un fuego marcial se enciende en sus entrañas, y no respira sino proezas, estragos y muertes. La Princesa, mudamente acusada del delito que ignoraba, protestó para justificarse, que no consentiria ni por un dia mas la visita de su hermano, si por esto habia de ser pérfido á su palabra, perjuro á los cie-

los, é ingrato á un amigo como su cuñado el Rey. Esto mismo protestó el hermano; y ámbos aseguráron al aparente Embaxador que ántes que él llegase á la Corte de Buda (1) se embarcaria el Conde para Siria. Con esto partió la disfrazada Furia, y entró triunfante en las subterráneas cavernas, gloriándose de su bien inventado estratagema.

10. Miró el Conde á la Princesa sin osar decirla palabra; pero ella se anticipó, diciéndole con ánimo resuelto que convenia partir sin dilacion: que extrañaba mucho el secreto que en esta materia habia guardado; y pues la religion, el honor, la palabra, la gratitud y el amor se empeñaban en su partida, no habia que consultar, sino seguir prontamente á

(1) Buda está situada en la baxa Ungría á la izquierda del Danubio, y tiene en la ribera opuesta el arrabal de Pest: era antiguamente la Corte de Ungría; al presente lo es Presburgo en las márgenes del mismo rio en la alta Ungría.

la razon; y ya que estaban en el camino, era justo ir á despedirse de Misceno, pues ella daria órden para disponer todo lo demas que fuese preciso.

11. El Conde, que no estaba preparado para aquel lance, iba como arrastrando y moviendo con repugnancia los pies: alegaba los sentimientos de la Princesa, y su propio daño si le separaban de Misceno. Entónces conocia el valor de aquella venturosa casualidad, y decia, lamentándose altamente, que mejor hubiera sido no haber oido semejante doctrina, que verse precisado á abandonarla quando mas la necesitaba, y tenia mayores esperanzas de hallar en ella la felicidad: la felicidad, que es el gran bien, por el que habia toda su vida suspirado: que hasta los dones del Cielo le servian de tormento, y que solo habia visto la luz para conocer los horrores en que habia estado, y en los que volvia de nuevo á sepultarse: que se hallaba como un náufrago, que des-

pues de largo y penoso viage, llega por último al puerto, pero al echar los brazos á la amada consorte, que alborozada le espera sobre una roca, naufraga á su vista. Que esto mismo le sucedia á él, pues quando ya iba á lograr la verdadera alegría, naufragaba miserablemente, y se veia otra vez sumergido en el profundo golfo de su melancolía.

12. Aquí se vió notablemente cortada la Princesa: era cosa cruel privarse de la compañía de un hermano que tanto amaba, y no ménos cruel separarle de Miseno en un momento tan precioso. ¿Tendrias tú valor (se decia, luchando su corazon con el discurso), tendrias tú valor para arrancar con bárbara mano el tierno infante del materno regazo, quando empieza á respirar y cobrar aliento despues de un accidente mortal? Pues no es menos bárbara la violencia con que retiro á mi hermano del seno de la verdadera filosofia, en el que ya principiaba á recibir

fuerzas y aliento de vida: esta lucha producia en la Princesa el mismo silencio que la melancolía en el Conde. Les parecia el ayre turbio, el campo mudado, el Cielo diferente, y ya no veian las pinturas agradables de una imaginacion poética: para ellos estaban mudas las aves, los céfiros presos, las flores marchitas, las yerbas secas: todo estaba ya trocado, porque estaban tristes los corazones.

13. Al mismo tiempo ideaba Miseno pensativo retirarse de aquellos montes, á donde jamas hubiese memoria de él: temia otra nueva embaxada, y que si llegaba á Cracovia la noticia de que allí vivia, diese fomento á alguna grande rebelion en los descontentos del Gobierno. Por otra parte le tenian encantado el retiro de aquellos montes, la soledad del sitio, y la tranquilidad de la vida. Además de esto, su cansada edad, y la constancia natural que inspiran los años y ma-

duros discursos, le causaban grande repugnancia para desamparar tan amable soledad. Fluctuaba indeciso sobre lo que seria mejor, hasta que por último dexó al cuidado de la Providencia que guiase sus pasos. Apénas habia hecho esta entrega total de su inquieto corazon, levantó al Cielo los ojos, y al mismo tiempo su esperanza, y le pareció que veia un generoso caballero con una cruz en una mano, y una espada en la otra, montado en un soberbio caballo, que desenfrenado le iba precipitando: pasó esta figura como un relámpago; y Miseno confuso, ya acusaba á sus ojos, ya á su imaginacion, y ya disculpaba á uno y otro.

14. En esto que llegan el Conde y la Princesa con paso lento, ayre melancólico, y semblante pensativo. Quedó Miseno admirado; pero la Princesa le informó de la novedad, añadiendo que el Conde iba á despedirse, y agradecerle el bien que le habia hecho con su

importante y sólida doctrina. No ha merecido al Cielo, decia, acabar de oirla, porque ya le espera un navío Veneciano pronto á partir de Akerman (1), y es preciso que salga presto. Al fin, Señor, su infelicidad ha logrado el triunfo... Aquí la sofocaban las lágrimas. No digais eso, Señora (dixo Miseno lleno de ternura). En todas partes, querido hijo mio, en que tengais presentes mis consejos, os servirán de suma utilidad: la felicidad no está anexa á estos montes, ni es produccion particular de estas rocas: el terreno en que nace tan dichosa planta es el corazon del hombre, y á donde quiera que éste vaya puede llevar consigo su felicidad: el punto está en saber cultivarla. Tened ánimo, y acordaos de lo que habeis oido: domad vuestras pasiones, aunque os cueste trabajo: gobernadlas con

(1) *Akerman*, ó *Bialogrod*, es una ciudad situada en la ribera del mar Negro, casi en el desembocadero del rio Niester.

la verdadera filosofia, que ésta os llevará como en un carro triunfante al fin que habeis deseado desde la cuna. Vos, Señora, moderad esa pena, y pues la ley soberana le obliga á partir, por haber jurado delante del Cielo ir á defender su causa contra los bárbaros, el mismo Cielo le protegerá en sus intentos, y le guiará á la sólida felicidad.

15. No tienen mis lágrimas por único motivo el que pensais, dixo la Princesa: otra lanza me hiere el corazon, y seria necesario tenerle de hierro para que no me le penetrase. Sabreis, Señor, que acabo de ver la accion mas bárbara que jamas vieron mis ojos. Hallé en el camino un niño, perdido sin duda de sus padres: venia exhalando la inocente alma con la violencia de la sed: los piececitos trémulos y vacilantes le hacian caer á cada paso: la lengua pegada al paladar, apénas le dexaba formar una palabra: yo le tomé de la mano, y casi le llevaba

en mis brazos; tanta era su flaqueza. Fui con él á la puerta de una bella Quinta, en donde veia salir rios de agua que se perdian por la tierra: hablé al hortelano, y me sacó un vaso grande de agua tan fresca y cristalina, que de solo verla se iba consolando el niño: la aplicó con suma ansia á la boca; mas fuese flaqueza, ó el demasiado apetito, no bien la habia probado, quando se le cayó el vaso, se derramó el agua, y la sed se encendia mas con la presencia del bien que habia perdido: pedí al hortelano que repitiese la diligencia; pero él ocupado en su trabajo, ó deseando descansar, me cerró la puerta, y me dexó con el inocente en los brazos, llorando y desfallecido. Yo quise, y busqué medios de remediarle, y no los hallé: desde aquel lugar hasta vuestra cabaña no he encontrado quien pueda socorrerme; pero no me atrevo á pediros que vayais tan léjos para remediar su afliccion y la mia. Mas no perezca el pobre

sediento por mi culpa, que yo, como él respire, recibiré la nota de importuna con gusto.

16. No se pudo contener Miseno: dexa con ímpetu la hazada, levanta las manos al Cielo, cayéndosele las lágrimas de lástima: toma el cayado, y empieza á baxar por la montaña suplicando con grandes ansias que le diga el sitio; pero la Princesa le detuvo por el brazo, y le habló así:

17. El afligido no está muy léjos, y me parece que aun respira: si quereis socorrerle, bien podeis. Aquí está; y diciendo esto le puso delante al Conde. De bien léjos vino corriendo, abrasado en sed de la verdadera felicidad: sus entrañas secas y consumidas, casi arrojaban la sedienta alma de la morada triste en que oprimida vivia. Yo, sin saber cómo, le guié por la mano á esta venturosa montaña, de la que veo salir arroyos de alegría que no pueden estancarse. De su inundacion empezaba él á beber quando la fatalidad le

arrebata; y mas sediento que nunca de esa gustosísima agua que empezó á probar, le veo ir á perecer á los primeros pasos que diere léjos de vos y de mí: de vos, digo, que empezabais á darle nueva vida y nuevo aliento. ¡Pero qué tierno, qué niño y qué débil se halla todavía su espíritu en esta nueva filosofia! ¡Ay, qué extraño se hallará en los peligros y lances que se le preparan! ¡Ah! que si vos quisieseis.... Pero si es locura pensarlo, ¿qué delito seria el pretenderlo? Mas si como acabais de decir, nó está anexa á estas rocas la felicidad del hombre, pues á qualquier parte que vaya llevará su alegría: si ningun suceso os puede privar de ella, bien pudierais.... pero.... ¡Ay, Dios mió, y qué afliccion es la mia! Calló la Princesa, y sus lágrimas dixéron lo restante.

18. Quedó Miseno un poco suspenso: levantó al Cielo los ojos, y luego los baxó: inclina la cabeza sobre las manos apoyadas en el

cayado, y reflexîona que el Conde, en tomando la cruz para ir á la guerra de la Tierra Santa, si no llevaba un amigo que le dirigiese para domar sus pasiones, era como aquel caballero que poco ántes habïa visto sobre un caballo furioso y desenfrenado. Entónces entendió que no debia negarse á lo que le pedian, que así lo determinaba la Providencia; y pasado un cierto espacio levantó la cabeza, y dixo con serenidad: compañero teneis, amigo, que os seguirá á donde quiera que vayais, si pensais verdaderamente seguir la *Razon* en todas vuestras obras. No os puedo enseñar con mas energía la doctrina que me habeis oido, sino sacrificando mi tranquilidad á vuestro bien; porque tengo por cierto que nada puede hacer un hombre que mas le asemeje á Dios, ni que le haga mas agradable á sus divinos ojos, que trabajar por hacer feliz á otro que no lo sea. Yo soy el primero que me pongo en camino: vamos, hijo mio. No quie-

ro, Señora, que por mi culpa perezca el inocente sediento. Esto dixo, y sin entrar en la cabaña empezó á baxar del monte, quedando el Conde y la Princesa enmudecidos, porque era tan grande su pasmo, que ninguno se atrevia á hablar.

19. Vuelta en sí la Princesa de la suspension en que la puso una accion tan generosa, la parecia que todo era un sueño. ¿Cómo es posible esto? se decia á sí misma con grande confusion. ¡Un Soberano que desprecia un trono despues de haberle ocupado, quiere seguir á este jóven, y sin saber á dónde! ¡Quiere seguirle para experimentar y sufrir la rebeldía de su genio, la inconstancia de la edad, la oposicion de sus pasiones, la locura de las preocupaciones en que vive, y los encuentros de una guerra! ¡Seguirle sin saber el fin de la empresa, y sin otro fin que hacerle bien á costa de sufrir todos los males! ¡Yo me atreví á pedir esto! ¡Cómo pude consentir en mi

idea un pensamiento tan árduo y tan imprudente! Entretanto el Conde arrojado á los pies de Miseno, se explicaba con sollozos, abrazándolos estrechamente sin poder hablar palabra de aturdido con la inaudita amistad del Príncipe. Entónces vió con claridad y de repente, como quando se rompe una espesa nube que nos encubria el Sol, todo quanto Miseno habia enseñado de palabra, al ver que por su respeto lo iba á poner por obra. Quando las lágrimas hiciéron treguas, apénas se pudo explicar en estos breves términos: *sí, yo os seré fiel: vos sereis señor de mi alma, y en mí no habrá otro querer que el vuestro.*

20. Recobrada entónces la Princesa de su enagenacion, puso los ojos en Miseno, y dixo: llena, Señor, de empacho, y sumergida en un abismo de confusion, que jamas habia experimentado, os ruego que perdoneis el atrevimiento indisculpable de haber pretendido lo que os supliqué. Ya, Señor, que

lo quereis, os pido que lo hagais por accion gratuita de vuestra beneficencia, y no como despacho de mi súplica, pues retratando mi loca osadía, ya solo os pido que lo hagais por vos, y por aquel Ser supremo, á quien quereis consagrar en mi hermano una víctima estimable: no lo executeis por mi respeto, no; porque seria yo infeliz si tuviese toda mi vida sobre mí el inmenso peso de tan extraordinario favor. No espereis de mí mas agradecimiento que una sincera confesion de la verdad de las máximas que me habeis enseñado, y de la aplicacion que de ellas haré en mí misma y en mis hijos. Este será mi único agradecimiento, porque solo vuestra virtud es la verdadera recompensa. Sí, porque no puede esperar otra el que executa, como vos, una accion tan heroyca. Miéntras obreis así, será preciso que tengais ingratos, porque á semejantes acciones no puede el hombre corresponder dignamente. Mas ya veo que para

no hacer ingratos, solo poneis los ojos en vos y en el Ser supremo que os ilustra, inspira y mueve. El será quien os premie.

21. Así es, Señora, (respondió Miseno). Desde que conozco el corazon humano acostumbro á obrar de este modo: nada espero de la criatura, pues me anima otro motivo mas noble. Quando obro bien, amo la virtud en sí misma, porque me dirige la luz de la razon, y porque la voz del que me la dió me llama á executar lo bueno: amo la virtud, porque es un reflexo de la hermosura infinita que en ella resplandece, así como gustan los ojos de ver el reflexo del Sol que brilla en las cristalinas aguas. De este modo nunca me hallo engañado por el mal proceder de los hombres; y solamente si Dios mudase de naturaleza, si la virtud no fuese virtud, ó el bien fuese detestable, pudiera yo arrepentirme de haberle abrazado. No quiero, hijo mio, (dixo volviéndose al Conde) no quiero que domeis

vuestras pasiones, porque yo os lo pido, ni porque lo merezca mi amistad, sino porque la luz de la *Razon* lo manda, y aquel Soberano *Ser*, que os dió la vida, y os ha de dar la verdadera felicidad, se agrada de esto, y así lo quiere. Vamos á embarcarnos, y no se disminuya por la detencion la perfeccion del sacrificio.

22. Con esto se pusiéron en camino, y la Princesa, recobrando su antiguo tono, por disimular la pena y sentimiento, empezó á describir poéticamente y con mucha gracia las proezas militares que de su hermano esperaba. Miseno consintiendo primero que un discurso jovial alegrase el corazon oprimido del Conde, atajó las inciertas esperanzas que pudieran engañarle, y dixo así:

23. Hijo mio, no os enamoreis de un gusto, ni de una gloria que de suyo es vil é incierta, quando podeis encantaros con otra mas sólida y segura que teneis en vuestra mano. Vencer los enemigos en

la guerra es muy dudoso (hablo como quien toda su vida ha hecho profesion de las armas); porque la victoria pende de los compañeros, de los enemigos y de la casualidad; tanto, que los mayores Generales han sido muchas veces vencidos. Si dexais crecer en vuestro corazon las esperanzas que el deseo inventa, y la vanidad acredita, grandes disgustos os amenazan, pues será muy débil vuestro corazon si no pasa mas allá de lo que os quite la inconstante fortuna. No, hijo mio, tened pensamientos mas nobles y ménos arriesgados. Derramar sangre humana, vencer Capitanes, atropellar héroes, talar los campos, arruinar muros, asolar ciudades, abrasar edificios, hacer que perezcan de hambre y sed poblaciones enteras, y obligar á que se sustenten los padres de sus propios hijos, como se ha visto en la dura necesidad (1): esto lo hacen las fieras en los bosques, los

(1) Lib. IV. de los Reyes, cap. 6. v. 28.

bárbaros en los poblados, y los rayos del cielo en los campos. Reflexionad que es muy vil aquella gloria en que pueden excederos las fieras, los salvages y los tigres. No alimenteis con tan viles manjares vuestro corazon. Otra mayor gloria os debe enamorar, y la que debeis procurar en esta empresa, que es *obligar á Dios á que guste de vos, y os alabe.* Se admiráron la Princesa y el Conde al oir esta proposicion; pero Miseno, que lo advirtió, la confirmó diciendo: así es, porque su rectitud esencial gusta de la sólida virtud, y alaba en el sublime Consistorio lo que es verdadera heroicidad. Id á la guerra, solo por dar testimonio á los cielos y á la tierra de que nada es poderoso para desviaros de vuestra obligacion. Haced ver que ni las delicias del tálamo, ni el amor á la Princesa, ni los horrores de la muerte, y lo que es mas, ni las pasiones del corazon humano pueden deteneros quando vais á obsequiar á vuestra religion librán-

dola del ultrage, ó sacrificándola la vida.

24. ¡O qué bien decis! exclamó la Princesa. Nunca, querido hermano, nunca tendrás mas necesidad que en la presente guerra de vencer tus pasiones. Pon los ojos en los que en esta empresa te han precedido, y verás que el no haber vencido sus pasiones disminuyó, retardó, ó inutilizó sus victorias. Por desgracia nuestra tenemos muchas, y muy recientes pruebas de lo que acabo de decir. ¿Qué dificultades no ha tenido la toma de Jerusalen, por los locos amores de algunos caballeros famosos, ó por la secreta envidia que habia entre ellos: por las intrigas de los Príncipes Latinos, la oposicion de las naciones y la ambicion de los Capitanes? Yo no sé cómo pudo tener feliz suceso la conquista de Jerusalen en medio de mil pasiones desenfrenadas. ¿Mas qué importa que la conquistase el valor, si una pasion fué la causa para que la perdiesemos? Querido her-

mano, para que no entres en una guerra con los ojos cerrados, yo te informaré en pocas palabras de la causa que te obliga á ir exponiendo tu vida para rescatar la cruz del Salvador, y librar su adorado sepulcro del poder de los bárbaros. Por el camino te podré ir instruyendo.

25. Despues que Godfredo de Bullón, con valor mas que humano, ganó á Jerusalen, y dexó este reyno á los sucesores, veo á su descendiente Amalarico I., que tuvo de su primer matrimonio á la Infanta Sibila, y la casó con Guillermo el de la *Larga-Espada*, Marques de Montferrato: tuvo tambien á Balduino IV. Del segundo matrimonio con la Princesa Doña María, sobrina de Manuel Comneno, Emperador de Constantinopla, tuvo á la Infanta Doña Isabel, que casó en primeras nupcias con Aufrido de Toron, nieto del Condestable de Jerusalen.

26. Heredó la corona Balduino IV., y con ella el valor, pru-

dencia y arte de la guerra que habia dado á sus antepasados tanta gloria. En vano Saladino, Sultan de Egypto, terror del Asia, segundo Alexandro, enemigo jurado del nombre de Dios, é instrumento del poder de los infiernos: en vano, digo, le acometió cerca de Ascalon, pues fué vergonzosamente vencido. Mas no pudo vencer Balduino las enfermedades, ni aquella lepra que le impidió el casarse. Puso los ojos en su hermana Sibila, ya viuda; y para dexarla la corona, la casó con Guido de Lusiñan, de nacion Frances, y de la casa de la Marca: éste por zelo de la religion fué á visitar aquellos Santos Lugares, y despues le nombró Balduino Regente de su reyno.

27. No pudo sufrir Raymundo, Conde de Trípoli, la fortuna de Lusiñan, porque hervia su corazon en envidia, rabia, malicia, y enredos: suscitó pues ocultamente á Saladino para que rompiese las treguas que habia jurado por diez años. El derecho de las gen-

tes, la palabra de un Emperador, la inocencia de los pueblos, que habian de ser sacrificados á su furor y sus íntrigas, nada de esto detuvo á Raymundo; y porque tan horrible crímen le parecia favorable, insta, pide, suplica, y á todo se ofrece. Admitió Saladino los consejos y promesas del Conde de Trípoli; y cayó de repente con todo su poder sobre la Palestina. Se hallaba el Rey de Jerusalen desprevenido, leproso y del todo ciego, y así dexó á Guido de Lusiñan, su cuñado, el gobierno de las tropas. Para este delicado Príncipe era muy pesado el escudo, oprimia mucho el capacete su frente delicada, y las manos acostumbradas al ócio no podian manejar la lanza: en tales circunstancias no supo aprovecharse de las victorias, que los Latinos ganaban ya por costumbre. Retiróse Saladino vencido, pero sin mucha pérdida: Lusiñan salió victorioso, pero con poca gloria; quedando todos irritados de la indigna floxe-

dad de un General tan afeminado. Sabiendo esto el Rey, le quitó con ignominia el gobierno, y nombró por heredero de la corona á su sobrino Balduino V., hijo de su hermana Sibila, y del Marques de Montferrato Guillermo, el de la *Larga-Espada*, su primer marido. De este modo quitó al padrastro la corona para ponerla en la cabeza del entenado, niño de cinco años. No tuvo Lusiñan corazon para sentir la afrenta (buena prueba de que la merecia); y como el reyno no podia ser gobernado por un Rey ciego, ni por un heredero niño, se dió el manejo del cetro al detestable Raymundo, Conde de Trípoli; el que mucho tiempo ántes aspiraba á la corona de Jerusalen, sin otro derecho que su ambicion, ni otros méritos que sus enormes delitos.

28. Muere el Rey, oprimido de achaques y disgustos; y muere siete meses despues Balduino V. heredero de la corona: ó porque el padrastro manchase sus manos en

la inocente sangre (digno triunfo de su bárbara pusilanimidad), ó porque Sibila, queriendo heredar el cetro de su hijo, le quitase con disimulado veneno la vida que le habia dado; lo cierto es, que en el dia de su muerte se viéron, en vez de lágrimas, señales de gozo y de alegria en el semblante de la madre, por verse aclamada Reyna de Jerusalen en la Iglesia del santo Sepulcro, y á su esposo Lusiñan colocado en el trono.

29. Este fue dia de horror para los Latinos, y tanto que su hermano Godfredo de Lusiñan, Príncipe de grande valor y mérito, en vez de celebrar la exâltacion de Guido al trono, decia: *los que hiciéron Rey á mi hermano, me harian Dios á mi, si me hubieran conocido.* Tan notoria era la indignidad de Guido, y tan ciego el amor que le tenia Sibila su esposa.

30. Ménos veneno bastaria para que rebentase en el pecho del Conde de Trípoli su hinchado corazon. No pensó mas que en ver

cómo habia de quitar la corona por qualquier medio á Lusiñan, para ponerla en su cabeza. No habia razon que le favoreciese, no tenia derecho alguno, ni fuerzas que le socorriesen, pero no importa: tenia ambicion, y eso le bastaba. Empieza á fomentar una rebelion, diciendo que la corona de Jerusalen no podia caer en hija: que un cetro ganado con la espada, se habia de sostener con ella; y así que no podian heredar aquel trono ni Sibila, ni Isabel, su media hermana, hijas de Amalarico I. Como esta opinion sonaba bien en los oidos de los descontentos, se aviva el incendio, los pueblos se amotinan, y todo está ya dispuesto para una manifiesta rebelion. Entónces imaginó aquel monstruo nueva traza de conseguir su intento: envia á decir por tercera persona á la Reyna asustada, que él se obligaba á sustentar en su cabeza la vacilante corona, si repudiaba á Lusiñan, que era el odio

de todos los caballeros: esperaba el Conde de Trípoli que en reconocimiento de tan grande favor pondria en él los ojos, pues ya habia manejado el cetro. ¿Qué locura no se hace creible á un entendimiento preocupado de una furiosa pasion? Raymundo era casado, y Sibila tambien, y se persuadió no obstante, que deshaciendo vínculos tan indisolubles, podria casarse con la Reyna, y empuñar el cetro.

31. Cedió la Reyna á su propuesta, prometiendo repudiar al esposo, con la condicion de que los caballeros jurasen solemnemente que recibirian por su legítimo Rey al que ella escogiese por esposo. Se celebró la funesta, aunque por entónces alegre ceremonia, del repudio de Lusiñan, legítimo esposo de Sibila; y el Conde no cabia de gozo, porque en sus vanas esperanzas ya le parecia que tenia la corona en la cabeza, y el cetro en la mano. Todos estaban suspensos, atentos y en la mayor ex-

pectacion, quando Sibila, despues de recibir en el trono los honores de Soberana, baxó de él á elegir esposo. Los ojos de todos la seguian, y eran mil los pretendientes que esperaban ser Soberanos dentro de un instante; pero Raymundo creyó que sin duda seria él el preferido. Quando he aquí, que se llega Sibila á su repudiado esposo, le da un ósculo, y quitándose de la cabeza la diadema real, la puso en la de su marido sonriéndose, y diciendo que no era lícito á los hombres separar á los que Dios habia juntado.

32. No arde mayor incendio en las entrañas del Vesubio, quando temblando la tierra se prepara para vomitar llamas contra el cielo, y ahogar en rios de fuego á los mortales (1), que el que se levantó en

(1) En el Vesubio y en el Etna se ha experimentado repetidas veces que ántes de alguna grande erupcion de fuego temblaba mucho la tierra, y sonaba un continuado trueno sordo y subterráneo, y des-

el corazon del Conde entre el odio, la cólera y la venganza. No hay trincheras para la furia de su ambicion ofendida: la Religion, la honra, el derecho de las gentes, todo para él es nada. Raymundo jura la venganza, y se ha de vengar por fuerza, aunque ultrage á los cielos, abrase la tierra, y se precipite en los abismos: aunque en el furor de la venganza envuelva al mismo Omnipotente, todo se ha de sacrificar. Va á solicitar al Sultan de Egipto; al mismo que delante de los cielos habia jurado perseguir como á enemigo al Dios de Raymundo: ahora va á implorarle como protector; y esto para hacer la guerra al mismo Jesu-Christo. Habia pactado de nuevo treguas aquel Sultan, oprimido con las armas de los Latinos; pero no importa; falte al juramento, decia Raymundo: falte

pues salian horribles llamas por la boca principal, y arroyos ardientes de betun por algunos respiraderos.

al cielo, y rómpanse todos los diques de la razon, de la Religion y de la honra, para dar satisfaccion á mi venganza. Se horroriza la naturaleza, y él mismo se habia pasmado al primer aspecto del delito; pero la pasion le impele, y manda que se vengue á toda costa. No acababa Saladino de creer tan exêcrable propuesta, porque ni un bárbaro podia imaginar que enormidad semejante se abrigase en un pecho christiano; y así eludió la respuesta con pretexto de que siendo Mahometano, no podia dar auxîlio á un amigo de Christo; y por consiguiente enemigo del Profeta; y que solamente renegando el Conde de la fe, podria ser Rey de Jerusalen. Le parecia imposible á Saladino que llegase á tal extremo la ciega pasion de la venganza. En nada reparó el Conde: reniega de Christo, jura obediencia al falso Profeta, estremeciéndose todos, hasta los peñascos y montes, de oir horrores semejantes. En conse-

qüencia de esto armó una estratagema llamando todo el poder del Sultan sobre Tiberiades, dote de su propia muger, para disimular la traicion. Habia hecho en este tiempo el Conde paces fingidas con Lusiñan, Rey de Jerusalen, y le pidió auxilio contra Saladino para defender el dote de su esposa. Pintó, avivó y encareció el peligro para que no quedase en Jerusalen soldado de paga, ni milicia alguna, y todo acudiese á impedir el golpe del Sultan. Entretanto fingió el Conde acometerle con sus tropas; pero en la mayor fuerza del combate (segun los ajustes de la traicion) se rebeló contra los Latinos, y su perfidia executó la carnicería mas bárbara en sus mismos hermanos: todo perece; triunfa el Sultan, y burlándose del Conde entra soberbio en Jerusalen: se apodera del santo Sepulcro, lleva cautiva la cruz del Salvador, y en la fuerza de la victoria apenas concede la vida á los Reyes, enviándo-

dolos prisioneros á Damasco. No fué esto piedad, porque no conocia el bárbaro este dulce afecto: fué fomento de la ambicion por la esperanza de un quantioso rescate. Esto, hermano mio, es lo que te obliga á exponer la vida. Mira lo que hace una pasion desenfrenada, y con quanta razon te aconseja Miseno que las domes con el mayor cuidado.

33. No pudiera yo, hijo mio, dixo Miseno, poneros espejo mas claro y fiel en donde ver retratado el humano corazon, que el que os ha presentado vuestra hermana en esta instruccion sencilla. ¿Qué de sangre inocente no se ha derramado, y todavía se derramará por causa de esta pasion? ¿Qué de familias no han perdido padres, fundamento de sus vidas; hijos, apoyo de las casas vacilantes y medio arruinadas; y esposos, que eran el consuelo y amparo de las esposas jóvenes? ¿Qué de horrores y desórdenes no se han cometido

por mas de treinta años que hace ya que se abandonó á su ambicion el infeliz Raymundo? Mas no penseis, hijo mio, que este exemplo es el único que se ha visto en el mundo: todo lo demas es así con poca diferencia: no hay maldad, desgracia, ni suceso horrible que de un modo, ó de otro no sea efecto de alguna pasion desenfrenada. Esos delitos nos estremecen, vistos en el Conde de Trípoli; y otros semejantes en vos ó en mí, escandalizarian á todos los que los viesen; pero vistos por nosotros mismos no nos causarian horror, por ser efecto propio de la pasion cegarnos quando nos impele al mal, para que no le conozcamos hasta haberle cometido.

34. Yo os protesto, dixo el Conde, no dexarme llevar de mis pasiones, y que desde hoy en adelante no tendré otra guia que la ley y la razon. Cumple esa palabra, dixo la hermana, y serás el mayor héroe de nuestro tiempo y

de todos los siglos. Yo te doy, replicó el Conde, mi mano por fiador, y á Miseno por testigo. Pasado esto se detuvieron algun tiempo en Akerman, mientras se preparaba lo necesario para el viage, y llegaron finalmente al puerto y á vista del navío que los esperaba.

35. Así que los vió Neucasis, Capitan de la nave, vino en su bote á buscarlos. Era éste un Veneciano que hacia viage á la isla de Chipre (1), y les hizo saber que habia recibido estrechas órdenes de hacerse á la vela con la mayor presteza, por haber tenido noticia de la muerte de Amalarico, Rey de Chipre, intitulado igualmente Rey de Jerusalen; y de que pocos dias despues habia fallecido Isabel su esposa, hija de Amalarico Rey de Jerusalen, Infanta heredera de aquellos Estados, por muerte de la in-

(1) Chipre es una isla que está cerca de Siria, y no lejos de San Juan de Acre, en donde desembarcaban los caballeros que iban á la conquista de la Tierra Santa.

feliz Sibila, su media hermana, en cuyas manos se habia perdido Jerusalen pocos años antes. Y como no solo Amalarico, sino tambien Isabel, antes que en ellos se uniesen las dos coronas, tenian ya hijos de otros matrimonios, era preciso volver á separarlas. Decia tambien que Hugo de Lusiñan, hijo en primer matrimonio de Amalarico, Rey de Chipre, heredaba esta corona; y que María, á quien Isabel, antes de casar con Amalarico, habia tenido de su segundo esposo Conrado, Príncipe de Tiro, debia heredar el cetro de Jerusalen, ó por mejor decir el derecho, pues ya entónces eran los Sarracenos señores de Palestina. Estas revoluciones de Chipre pedian que Neucasis apresurase su viage, y así tenia que hacerse á la vela sin la menor detencion.

36. Soplaba un viento suave y favorable; y el mar dulcemente agitado orleaba con sus blancas espumas todas aquellas playas, dando

un vivo realce al color azulado de sus olas. El Sol con sus rayos producia en la superficie de las aguas unas como estrellas, que locas y brillantes se veian por todas partes inquietas delante del bote que conducia al navío, á la Princesa y los pasageros.

37. Entretanto empezaba la pena á hacer su efecto en el corazon de los dos hermanos: en uno y en otro se asomaban las lágrimas con ímpetu á los ojos; pero una oculta fuerza las refrenaba, escapándose algunas á pesar de sus esfuerzos. Miseno, que advirtió la interior lucha, les dixo con ayre risueño: ¿para qué quereis ser verdugos de vosotros mismos oprimiendo con mano cruel los corazones que respiran y se desahogan por los ojos? ¿Para qué es negarles el desahogo que les permite aquel que los formó? Son las lágrimas sangre del corazon herido: ¿para qué puede aprovechar no dexarla correr quando ya está extra-

vasada? Pensad en curar la herida con algun oportuno discurso, y entónces se detendrá esa sangre por sí misma.

38. Vuestro hermano, Señora, va á buscar su felicidad, y Dios le pone en la mano su buena suerte, haciéndole señor de su mayor dicha. La empresa es digna de su nacimiento, su religion y su heroicidad: no va á aumentar sus Estados para dar á la vanidad ó á la ambicion y otros vicios nuevo fomento, como de ordinario acontece: va á pelear por la honra de su Dios, que es pelear al mismo tiempo por todas las virtudes. Si triunfa ¿qué mayor gloria hay para un mortal en este mundo sobre el premio que le espera en el otro? Si perece en la empresa, ofrece su sangre por la que en esos mismos lugares derramó Dios por él. Desde lo mas alto de su elevado trono estará Dios con sumo agrado y regocijo viéndole pelear en la tierra; y, ó penetrará con su invisible espada

los esquadrones enemigos que el Conde encuentre delante de la suya, ó permitirá que caiga gloriosamente herido en sus divinos brazos para colocarle en el coro de los Mártires. Todo el punto está en que vuestro hermano obre como es justo, no haciendo de la causa de Dios objeto de algun capricho loco; ni asunto de la humana vanidad esta empresa, que es la mas sagrada: lo que importa es, que triunfe de sus pasiones con el mismo empeño con que desea triunfar de los bárbaros. Yo tengo la experiencia que él no tiene; y pues he aprendido con la edad y los trabajos no le faltaré con mis consejos: si los toma, será verdaderamente feliz; porque á esto le va guiando Dios, que le crió para tan noble fin. Ea, partamos.

39. La Princesa, con ayre varonil y semblante alegre, se despidió del Conde, ahogando en su corazon el sentimiento; y sin dar lugar á que la naturaleza venciese

su violencia , entró en otro bote, dexando al hermano y á Miseno en el navío , el que desplegadas todas velas , partia empavesado.



EL FELIZ.

LIBRO DECIMOSEXTO.

SUMARIO

DEL LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Se describe el navío saliendo del puerto. Viene un Embaxador con su esposa á cumplimentar al Conde. Carácter de un adulador en Neucasis. Miseno rebate sus adulaciones, y persuade á la docilidad. Se affigen las Furias de las pasiones viendo juntos al Conde y á Miseno, y procura la Envidia *separarlos. Neucasis pretende persuadir al Conde que pudiera aspirar á casarse con la Reyna, viviendo aun la Condesa: le reprimen Miseno y el Embaxador, y queda el Conde avergonzado, y Neucasis confuso. Cotejo entre dos corazones, uno que modera sus deseos, y otro que los obedece. Convence el Héroe al Conde sobre que las almas nobles deben hacer alarde de no dexarse guiar de las pasiones. Con una pasion bien gobernada se puede vencer otra. Se pregunta quál de las pasiones es mas fuerte.*

Lib.XVI.



Llora Sofia en la Playa, viendo alejarse el navio en que iban al Asia Miseno y el Conde.

J. G. Navia sc.

LIBRO XVI.

1. Desplegó el vagel todas sus velas al viento favorable: iba surcando las aguas con magestuosa soberbia. Las olas arrojaban espuma al verse atropelladas de la arrogante proa; y oprimidas del voluminoso buque iban murmurando quejosas á buscar el asilo de la popa, la que para contentarlas las dexaba bien dilatado espacio. Iba la nave, qual desvanecida Princesa en un dia de grande pompa, formando una ostentosa cola que señalaba el camino por donde iba; llevándose tras sí el corazon de Sofía, que queriendo salirse por los ojos, seguia tambien el mismo rumbo.

2. No apartaba el Conde los ojos de la playa, que se le iba poco á poco retirando, hasta que al fin la perdió de vista: de todo tomaba ocasion para hablar de su hermana, no permitiendo la ternura de su amor

que no la siguiese con los ojos del álma; ya que no la podia ver con los del cuerpo. Miseno, semejante á un médico cuidadoso encargado de un enfermo de peligro, observaba en el semblante, en las palabras y suspiros del Conde los síntomas de su pecho: por ser esta pasion inocente se la consentia, y aun la animaba, porque tenia esperanzas de que con su industria sacaria de ella la utilidad mas importante.

3. En este momento llegaron á cumplimentarlos Aymar, Señor de Cesarea (1), y Helena su esposa. Aymar habia sido enviado por los Latinos de la Palestina en calidad de Embaxador á Felipe Augusto, Rey de Francia, y se volvia á la Tierra Santa (2). Le habia acompañado en este viage Helena con el deseo de ver la Europa, y en especial la

(1) No es esta la Cesarea del Ponto, sino la de Siria, que está cerca de San Juan de Acre.

(2) Abate Vertot, hist. de Malta.

Corte de Francia. Era una señora en quien, á pesar de la edad, se disputaban la primacía, el juicio y la hermosura. Pasadas las recíprocas cortesias, le fue preciso á Miseno explicarles los motivos de la pena y afliccion del Conde; y en los elogios de la Princesa su hermana siempre hacia particular reflexîon sobre aquellas calidades del ánimo que mas necesitaba el Conde, y erán á su intento mas aproposito. Para ganarle la voluntad se introducia en su corazon uniéndole en lo posible con el suyo, y fomentando los mismos afectos para poder en virtud de esta union y amistad llevarle consigo al camino de la sólida filosofia, semejante en esto al que se inclina y baxa la cabeza quanto puede, para sacar de un lago al que ha caido en él y se ahoga; porque conoce que si no se inclina mucho para asegurar y abrazar bien al que naufraga, no podrá sacarle arriba y salvarle del peligro.

4. Neucasis, hombre sagaz y

fino, como criado en las políticas de Italia, desde luego quedó preso y enamorado del Conde: ponia todo su estudio en agradarle, y así llevaba muy á mal la industria con que Miseno pretendia ganarle el corazon, pareciéndole cosa indigna de sus años que lisongease á un hombre jóven. Se fiaba Neucasis de su voz, que la tenia dulce y armoniosa, de su agradable figura, de sus modales lisongeros, y del arte singular que habia estudiado para jugar el *sí* y el *no*, con tal destreza que en un minuto hacia todos los papeles en el teatro del mundo: supo hacerlos tan bien, que á pocas horas ya estaba el Conde declarado por su amigo. Quiso separarle de Miseno, qué le hacia sombra, y le convidó con cierto pretexto para disponer varias comodidades de su gusto en la cámara de la nave, quedándose Miseno con los Embaxadores, los quales percibiéron muy bien la astucia del Capitan Veneciano.

5. Entretanto descubrió Mise-

no á Aymar su idea, y le dixo: todos mis intentos son mudar el corazon de este caballero; y dexando el método de la mayor parte de los hombres, sigo diferente camino. Los hombres por lo comun, quando quieren corregir defectos agenos, dan principio á esta empresa con eloqüencia de soldados: disparan saetas y lanzas contra el corazon, hiriéndole con ásperas reflexiones, batiéndole con ímpetu y fuerza, como á los muros de alguna plaza rebelde; todo para reducirle y postrarle en tierra. Pero yo no sigo este método, ni se rinde así el corazon humano, que por una nobleza natural detesta toda violencia y fuerza. Aun suponiendo que triunfase del corazon esta eloqüencia violenta, de poco serviria la victoria, porque estaria muy herido y ensangrentado con tantas lanzas y flechas, y tal vez no es el corazon del hombre el que viene atado en el ostentoso triunfo, sino el cadáver y esqueleto del corazon, pues va sin aquella liber-

tad, que es su alma y su vida. Y aun quando llegase á las manos del vencedor vivo, siempre iria triste, violento y preso; y no tardaria en huir sino en quanto rompiese las cadenas que le sujetaban.

5. Muy diferente es la victoria que se consigue con el amor y suavidad, empleando para ganarle las pasiones mas agradables y fuertes, que bien manejadas al mismo tiempo le encantan, y le aseguran. Conozco en el Conde una natural soberbia de corazon y tenacidad en su juicio, por efecto de los pocos años y malos exemplos; pero tiene un corazon amoroso, y es amigo de la novedad: de estas dos pasiones quiero yo valerme para domarle y arreglar las otras. Dice él de mí que tengo genio afable: es verdad que la naturaleza me dió la disposicion, la filosofia me le ha formado, y le ha madurado la edad: de este carácter mio, que tanto le agrada, pretendo servirme para inspirarle las máxîmas que mas necesita para ser verda-

deramente feliz. He querido preveniros para que ambos me ayudeis en la empresa, pues temo la compañía de Neucasis.

7. Mucho aprobáron este sistema Aymar y su esposa; y llegando el Conde, fué prosiguiendo Miseno en los elogios de su hermana, reflexionando en la admirable docilidad de entendimiento que se admiraba en aquella señora, que era lo que mas necesitaba el Conde. No he hallado, decia Miseno, señora de juicio tan claro, y al mismo tiempo tan dócil: es viva en exponer su pensamiento, atenta para escuchar el parecer contrario, y fácil en rendirse á la razon, aunque sea diferente de su modo de pensar.

8. Quando yo tenia menos edad, añadió Helena, porfiaba mucho, y queria que todos cediesen á mi opinion, teniendo por injuria que me contradixesen: solo el dudar del acierto de mis pensamientos era para mí grande impolítica. De este modo no queria yo amigos, sino

esclavos: no solo me consideraba como maestra en qualquiera ciencia, sino como un oráculo ó divinidad, cuyas respuestas debian creerse sin el menor exámen. Un dia que mi padre se halló presente á una refiida disputa, en la que yo con otros convidados habia declamado como un Esquines ó un Demóstenes, se encerró conmigo en un gabinete, y me dixo: hija mia, aprue-bo tu pensamiento, mas no esa fuerza con que le has sustentado. Cada uno es amante de su parecer, como que es hijo regalado de su entendimiento; y así, si amas el tuyo, considera que por la misma innata inclinacion tambien estiman el suyo los contrarios; y ninguno en este punto te dará mayor derecho que á ellos. Cada qual ha de tirar á defender su opinion, y tanto te debe escandalizar que los contrarios no concorden con la tuya, como ellos pueden quejarse de que tú no seas de su parecer. Es verdad que crees que vas fundada en razon; pero lo mismo creen ellos

de su parte, ¿y quién decidirá qual es el que se engaña? Luego es, hija mia, locura el porfiar. Esto me dixo; y fué tanto lo que yo reflexioné sobre esta razon, que desde aquel dia no volví á tener contienda en que me impacientase. Expongo mi parecer, oigo el contrario con gusto, comparo con tranquilidad el fundamento de uno y otro; y si al fin no concordamos, los dexo ir en paz ácia el Sur, y yo sin enojo ni desprecio tomo el camino ácia el Norte. Pero si me parece bien su razon, ó mudo de parecer, ó lo pongo todo en la clase de lo incierto, esperando nueva luz para exâminar la verdad, temiendo siempre que me engañe mi amor propio, que este es un punto muy principal. De este modo yerro menos, y jamas me inquieto ni me aflixo.

9. Podemos añadir, dixo Miseno, que así triunfamos muchas veces del ageno parecer; porque nada dispone á nuestro contrario para exâminar con ánimo sincero

mis razones, como el ver que yo oigo las suyas con gusto, y el principal orígen de las porfias es que la pasion de cada uno no le permite mirar, como es justo, las razones del contrario. En las disputas de las escuelas vereis muchas veces mil hombres de juicio que dicen *no* con una seguridad que admira, y el partido contrario de otros tantos defiende que *sí* con tal firmeza, que dará por ello la vida. En una y otra parte hay igual juicio: en una y otra parte hay buena fe y sinceridad. Ahora bien, uno de los dos partidos yerra, no obstante que parece imposible que se engañen mil hombres de juicio que hablan con sinceridad. ¿De qué proviene esto? Proviene de que cada uno ántes de exâminar sinceramente las razones contrarias abrazó la resolucion de su partido. Esto es así (dicen ellos con toda firmeza): veamos en qué se fundan los porfiados del partido opuesto que no quieren confesar esta verdad. Con este presupuesto,

ya miran con malos ojos, de paso y con desprecio las razones contrarias, y así no les parecen razones, y los que piensan que buscan la verdad, se quedan amarrados á la antigua opinion que seguian. Si tal vez no hallan solucion para las contrarias razones, se retiran al gabinete del misterio, y dicen: en todo hay dificultades; pero lo cierto es que nuestra opinion es buena. Como un hombre soñoliento, que despertándole el ruido, abre con lentitud los ojos, y empieza á ver la luz del dia, pero gustándole con la pereza el reposo y las tinieblas, vuelve otra vez á cerrarlos, diciendo que aun es de noche; así se dexa cada uno sumergir en el descanso de su primera opinion, diciendo que todo lo-demas es un error. ¿Quántos pleytos, quántas guerras y disputas se ahorrarian si ninguno dixese *sí* ó *no* ántes de haber exâminado las razones de una y otra parte? En los puntos de religion debemos creer sin exámen á la au-

toridad Divina, porque no puede engañarse; pero solo debemos seguir la autoridad de los hombres despues de haber exâminado el fundamento y la razon que asiste por ámbas partes. Si en este caso erramos, será miseria de la naturaleza, y no desórden del ánimo.

10. El Conde, que todo lo oia con atencion, se sentia herido, y así aprobaba con mucha frialdad esta doctrina. Neucasis, que observaba todos los pensamientos del Conde, empezó para lisonjearle á seguir la opinion contraria, alegando que en esta docilidad quedaba ofendido el amor propio, que es el primer móvil de todas las acciones del hombre. ¿Qué hombre hay, decia, que no se avergüence de quedar vencido? Las victorias del entendimiento son mas gloriosas que las de la guerra. En las batallas son competidores los brutos, las armas, y la fuerza de los brazos; pero en las contiendas del entendimiento nada se compara con

el hombre. Solo el que tenga corazon vil, alma pequeña, y educacion ordinaria, no sentirá el deseo de obligar á su competidor á que confiese que erró, quiera ó no quiera. Ademas de esto, el que tiene luces intelectuales, debe ostentarlas para ilustrar á los ciegos. Será pues ridícula condescendencia mudar de opinion, por solo hallar quien la contradiga. A cada uno ha dado Dios el juicio para que se gobierne por él, y si hubiera de ceder á lo que otros digan, bastaria en cada ciudad un entendimiento, y que todos siguiesen como ovejas al que fuese delante. Ya veis, Señores, que estais aconsejando al Conde una cosa indigna de su nacimiento.

11. Aquí hizo el Conde una seña con los ojos á Neucasis, con que le dexó suspenso, porque ignoraba éste quien era Miseno. Pero como el Conde lo sabia en secreto, sintió que el adulador insultase á un Monarca. Neucasis, que ignoraba el motivo de la muda re-

prehension, calló luego; porque semejante á las veletas de las torres, observaba todos los vientos para mudarse en el instante.

12. Miseno, sin alterarse, respondió á Neucasis, diciendo: nuestro *amor propio* que, como decis, es la causa de todas las porfias, debe ser el fundamento de la mayor *docilidad*. Así se verifica, si bien lo reflexîonamos, que nuestras pasiones, las que nos arrastran á los mayores excesos, si sabemos usar de ellas con sólida filosofia, son el mejor medio para corregirlos; y de este modo podemos en esta materia hacer triaca del veneno.

13. Aymar se admiró de oir la paradoxa, y Neucasis se reia; pero la Embaxatriz estaba con suma atencion, como persuadida á que Miseno no sentaba máxîma alguna sin razon muy suficiente. Prosiguió pues Miseno, y dixo: Neucasis, quando vuestro contrario os cede la palma, ¿qué efecto es el que siente vuestro corazon pa-

ra con él? ¿Es de estimacion, ó de desprecio? ¿Os gusta quando se rinde, ú os parece abominable? Ninguno hay á quien no lisonjee este modo de proceder; porque entónces direis que ese amigo tiene juicio, que discurre como se debe, que penetra bien lo que dice, que es un hombre de rectitud, que desea la verdad, que es sumamente dócil, &c. Por el contrario, si en lugar de ceder, porfia, y sin responder cosa que plenamente satisfaga, insistiera en lo que habia dicho, ¿qué concepto formariais de él? ¿No le tendriais por hombre de juicio duro, encaprichado, y de una razon tan ciega que no conocia la verdad clara, ó que era tan soberbio, que aun despues de haberla conocido no la queria confesar? Luego, si el que cede en la disputa gana para con vos estimacion, y el que porfia la pierde, siempre que vos cedais á otros, lograreis que os estimen mucho; y siempre que resistais porfiando, os tendrán por hombre de poco juicio ó de

corazon rebelde. Ved aquí si nuestro *amor propio* nos debe inspirar la *docilidad* ó no.

14. Entónces dixo la Embaxatriz: mirad, Neucasis, si quereis ser despreciado, ó que os estimen; y tomad desde ahora la resolucion de porfiar ó de ceder. Rióse el Conde al oir el argumento de la señora, y lo celebró con aplauso: Neucasis, ó bien por política ó con sinceridad, se confesó rendido.

15. Miseno, para no fastidiar á los huéspedes con una conversacion desagradable, la mudó preguntando con urbanidad si podria saberse el destino de su viage; á lo que Aymar le respondió con franqueza:

16. Aunque el fin y motivos de mi venida eran un secreto de la mayor importancia, ya no lo son quando estoy de vuelta de la embaxada que me encargáron á mí y al Obispo de San Juan de Acre la Reyna y los Caballeros Latinos que se hallan en la Palestina. No ignorais que por muerte de Ama-

larico, Rey de Chipre, y de su muger Isabel, Reyna de Jerusalen (1), se separáron estas dos coronas, que habia unido el lazo del casamiento, por pertenecer á los hijos habidos de otro matrimonio. Tambien sabreis que María, Reyna hoy de Jerusalen, fué hija de Isabel y de Conrado de Monferrato, Príncipe de Tiro, á quien tuvo por esposo en segundas nupcias despues de Aufrido, y ántes de casarse con Enrique, y últimamente con Amalarico, Rey de Chipre, que murió. Esta señora pues heredó de su madre Isabel el derecho al reyno de Jerusalen, y desde entónces hierve toda la Palestina en inexplicables turbulencias, por ser tantos los pre-

(1) Isabel, hija segunda de Amalarico, heredó esta corona por muerte de su hermana Sibila. Casó Isabel inducida la primera vez á los ocho años de su edad con Aufrido de Toron, y anulado este matrimonio casó con Conrado de Monferrato, Príncipe de Tiro, de quien tuvo á la Infanta María: casó tercera vez con Enrique, y muerto este, con Amalarico, Rey de Chipre.

tendientes á esta corona, quantos eran los caballeros que aspiraban á la mano de la Princesa.

17. Tampoco ignorais que aun humean las lastimosas ruinas que en los Santos Lugares causó el incendio funesto que sopló la pasion inconsiderada de Sibila, tia de nuestra Princesa, por haberse ciegamentè enamorado de Guido de Lusiñan, que carecia de las calidades necesarias para aquel trono; y de esto se siguiéron los estragos y ruinas que ahora vemos. La Princesa María, que se ve acosada de un sin número de pretendientes, considerando que se haria otros tantos enemigos si diese la preferencia á alguno, poniendo en sus manos la corona y dominio sobre los otros, resolvió de comun acuerdo con todos los Príncipes, pedir á Felipe Augusto un esposo que fuese digno de su persona, y á propósito en las circunstancias presentes de su reyno. El Rey de Francia acaba de nombrar á Juan, Conde de Briena, caba-

llero de ilustre sangre, valor y espíritu correspondiente á la empresa, y á la verdad digno del trono. El Conde aceptó la eleccion con el debido reconocimiento; y nos envia para que digamos á la Princesa María, su futura esposa, que presto le verá con un poderoso exército para empezar de nuevo la guerra en concluyéndose las treguas pactadas con Saffadino, Sultan de Egipto. Añadió que esperaba ver en esta nueva Cruzada la armada mas formidable entre quantas habian navegado por el Mediterráneo, pues muchos Soberanos estaban resueltos á ir en persona á dar á Jesu-Christo testimonio de quanto sentian ver el trofeo de nuestra redencion en manos de sus enemigos, y el sagrado sepulcro en poder de Mahoma. Esta alegre respuesta, acompañada con riquísimos presentes, me precisa á hacer mi viage sin la menor detencion, entretanto que mi compañero el Obispo de San Juan de Acre hace alguna digre-

sion para interesar en esta empresa á otros Príncipes de la Christiandad, como son el Rey de Ungría, el de Polonia, y algunos Soberanos de Alemania. Esto dixo el Embaxador.

18. Entónces el Conde le declaró tambien sus intentos diciendo: que él pasaba á militar en Palestina por su cuñado el Rey de Ungría, entretanto que las ocupaciones de la monarquía le permitiesen ir en persona. Se alegró infinito el Embaxador, por ver que con este caballero llevaba un nuevo presente á la Reyna, y con él un testimonio del buen éxito que empezaba ya á tener su embaxada.

19. No se descuidaban las Pasiones, sublevadas contra Miseno y el Conde, en aprovecharse de qualquiera ocasion que se ofreciese para impedir su doctrina, ya que, por haber dispuesto mal sus tramoyas, en vez de separarlos los veian caminar juntos; y formando nuevos conciliábulos en las lagunas del Cocito, fuéron repre-

hendidas y castigadas las Furias ó Pasiones que habian trabajado inútilmente en separar al Conde de Miseno, y saliéron otras con nuevo furor á despicarse de las malas disposiciones de las primeras. Salió pues la *Envidia* con determinacion de trabajar con sus compañeras en la empresa, y lo executó de este modo:

20. Por todo aquel dia habia satisfecho Aymar á la curiosidad del Conde, hablando de los dotes naturales y nobles calidades de la Reyna: á cada palabra que decia el Embaxador, arrojaba la *Envidia* una saeta de fuego que inflamaba el corazon del Conde. La felicidad de Juan de Briena no solo le encendia en la *Ambicion* del gobierno, sino en el *Interes* de la corona, y en el *Amor* á una Princesa tan hermosa como Aymar se la pintaba: de este modo trabajaban de concierto en la empresa las tres pasiones mas furiosas del abismo. No se podia ocultar este incendio á la perspicacia

de Miseno; y por otra parte Neucasis, que de todos modos deseaba lisonjear al Conde, soplaba las llamas de sus pasiones con la mayor fuerza que podia.

21. No alabo, decia el Veneciano, que una Princesa que va á hacer feliz á su esposo, se exponga á la ciega eleccion que haga un Príncipe extrangero. ¿Qué disgusto seria hallarse con un esposo que ó no la merezca, ó no la guste? Si sola la gloria de adquirir nombre ha traido á Palestina tantos Príncipes, la esperanza de verse con una corona traerá ahora tantos que pueda la Princesa elegir con satisfaccion de su alma á quien sea digno de su persona y su reyno, y no seria la primera Reyna de Jerusalen que de un aventurero hizo un Monarca (1). El Conde de Moravia, que está presente, es muy acreedor á la fortuna que logró Guido de Lusiñan,

(1) Así lo executó su tia, casándose con Guido de Lusiñan.

y que con menos razon está prometida al Conde de Briena. Los Emperadores de Alemania pudieran con mas derecho que los Reyes de Francia nombrar el Rey de Jerusalen, por haber hecho muchos mayores servicios á la Tierra Santa; y si no oidme. En el mismo año en que Felipe Augusto estuvo sobre San Juan de Acre, Federico Barba-roxa, Emperador de Alemania, tomó toda la Cilicia, y derrotó á los Sarracenos. Enfermó Felipe en esta expedicion hasta caérsele las uñas de las manos y los pies; pero Federico perdió la vida ahogándose con su caballo por perseguir á los enemigos de la Cruz en el rio *Carasu*, del que tambien sacáron medio muerto á Alexandro Magno: ademas de esto, su hijo Enrique VI., que por muerte de su padre llevó el exército á San Juan de Acre, envió despues á Siria sesenta mil hombres que hiciéron el mas horrible estrago en los enemigos de la fe. Y así bien pudieran los Latinos dar al suce-

sor de Federico la gloria de nombrar al Conde de Moravia para la corona de Jerusalen, en vez de ofrecérsela al Rey de Francia para nombrar al Conde de Briena. Vuestra hermana mayor se halla hoy en el trono de Ungría, la Princesa Sofía tuvo el de Constantinopla; y ya no habia que admirar en que fueseis esposo de una Reyna, siendo hermano de dos Soberanas. En quanto al valor, en nada cedeis á Juan de Briena, teniendo vos sangre tan noble, y con tan generosos espíritus.

22. Quiso Miseno cortar esta conversacion, haciendo presente á Neucasis que el Conde tenia su esposa viva, y que por consiguiente semejantes ideas no estaban en la esfera de la posibilidad. A lo que respondió Neucasis, que los Príncipes tenian otros privilegios que la plebe: que si la persona del Conde fuese del gusto de la Princesa, en su misma casa tenia exemplares para disolver el matrimonio; pues su madre Isabel habia

repudiado á Aufrido de Toron, su primer esposo, para casarse con su padre el Príncipe de Tiro: que Sibila su tia, y Reyna de Jerusalen, tambien habia repudiado al mismo Guido de Lusiñan, que segunda vez abrazó por esposo. Bien fresca, decia, está la memoria de lo que hizo el Rey de Francia, que repudió á su legítima muger Matilde, y se casó con la hija del Duque de Aquitania. Ha poco mas de cinco años que el Rey de Inglaterra Juan, llamado *Sin-tierra*, repudió á su muger *Havoisa*, para casarse con otra que le agradaba mas. Quando los Príncipes quieren absolutamente, siempre hallan pretextos para alegar derecho.

23. Mucho disgusto recibiéron el Embaxador y Miseno con esta respuesta; pero en el ánimo del Conde hizo la mas agradable impresion: cada palabra lisonjera de Neucasis era una llama que saliendo de su boca y soplada por las Furias infernales, causaba tres diferentes incendios: el de la *ambicion*

en el Conde: el de los *zelos* en Aymar; y en la Embaxatriz el de la *cólera*, al ver tan ultrajado el sagrado derecho de las esposas.

24. Ya que nos contais (dixo Aymar al Veneciano) los desaciertos, tened la bondad de referir las conseqüencias, para que se vea lo pernicioso de vuestros consejos. No hablemos de Isabel, casada con Aufrido, pues á ésta la habia casado Amalarico su padre á los ocho años de su edad, y esto mismo la daba libertad entera para repudiar un esposo que sin ella habia recibido. El repudio que hizo su hermana Sibila, bien se vió que fué disimulado para obligar con aquel fingimiento á los Caballeros Latinos á rendir vasallage á Guido de Lusiñan, á quien habia dexado por un momento, para recibirle de nuevo con mayor derecho al vasallage de aquellos Príncipes.

25. ¿Por qué pasais en silencio las horribles calamidades que vió la Francia por el repudio de Matilde? Todavía están humeando las

cenizas de los estragos que padeció aquella Monarquía, quando el Cardenal de Capua, Legado del Pontífice, puso entredicho General al reyno hasta que el Príncipe conoció su yerro. Asímismo ¿qué desórdenes, y qué calamidades no sobreviniéron á Inglaterra por el repudio de aquel Monarca intruso? Neucasis, quando alegueis exemplares para exhortar á la imitacion, no los busqueis en aquellas personas que por el desenfreno de sus pasiones se precipitan á toda especie de acciones desórdenadas, porque esto mismo las hace sospechosas. Ese Juan *Sin-tierra* ya ántes habia ocupado el trono de Inglaterra por catorce meses, entretanto que su hermano Ricardo, á su vuelta de Palestina, estuvo prisionero del Emrador Enrique, y seis años despues por muerte de Ricardo quitó el reyno á su sobrino Artus, á quien pertenecia de derecho, por ser hijo de Godfredo, su hermano mayor, y despues añadiendo al robo el homicidio, le acusáron de haber quita-

do la vida á su sobrino. Ved, Conde, qué exemplo tan honrado os propone Neucasis para justificar la empresa mas loca que se puede imaginar. Si quereis, pues, pasar á la Tierra Santa por zelo de la religion, y por hacer este obsequio al Cielo, no mancheis accion tan noble con una idea tan indigna. Ya la Princesa tiene esposo, la Tierra Santa Monarca; vuestra esposa vive, la religion tiene leyes, y la honra preceptos inviolables: por todo esto salta el espíritu turbulento de Neucasis para inspiraros el pensamiento mas loco que se ha visto en cabeza de hombre. Consultad mas bien, y seguid á Miseno.

26. Muy mortificado quedó Neucasis por verse tan sólidamente impugnado: se avergonzaba el Conde de que su amigo hubiese proferido semejante pensamiento, y procuraba disculparle, diciendo que habia sido una galantería de su entendimiento jugueton, pero bien daba á entender que aprobaba en el secreto de su corazon lo mismo

que reprobaba con las palabras.

27 Entónces Miseno procuró remediar con prudencia la herida que habia hecho en el corazon del Conde, el que por ser activo y orgulloso estaba dispuesto para recibir qualquiera impresion de esta especie. Dirigia con disimulo á las pasiones del Conde todo quanto decia de aquellos Príncipes que el Embaxador habia nombrado; bien como el halcon astuto, que quando ha visto la presa parece que la desprecia, volando siempre á lo alto y remontándose casi hasta las nubes, para caer de repente sobre ella con mayor ímpetu, quando se vea perpendícular ó á plomo: así lo hacia Miseno, quando concluia, que no hay cosa mas contraria á la alegría, que la soltura que daban muchos al corazon para seguir sus pasiones; porque los daños que de esto resultan, causan un tormento que es mayor que el gusto premeditado. Si cada uno, decia el Embaxador, tuviese modo de atar la fortuna, llevándola siempre arrastrando á sus

deseos, nada nos daria mayor contento que dexar volar nuestro corazon segun el ímpetu de las pasiones que le agitasen; pero el caso es, que la fortuna se burla de nosotros, y apénas ve que obedeciendo á la menor seña suya tomamos algun camino, al punto se nos escapa por otro divirtiéndose con los mortales, como quando los niños se entretienen y juegan con otros niños que tienen vendados los ojos.

28. Cada hombre, amigos, es una rueda de esta máquina admirable del Universo: quando unas ruedas suben, otras baxan, y quando unas andan despacio, otras van de priesa, pero todo juega con recíproca dependencia. Si una rueda, pues, fuese tan loca que no quisiese seguir el curso universal de la máquina, sino tener sobre todas la preferencia tirando siempre ácia sí, ya parando, ya retrocediendo, y ya andando con precipitacion; esta rueda loca se haria sin duda pedazos, pues no podria llevar tras de sí todas las demas piezas que con

ella jugasen en la máquina. Esto es lo que sucede al corazon humano quando se ha puesto por ley seguir todos sus deseos; á no ser que alguno tuviese el secreto de encantar al género humano, de tal modo, que todos olvidándose de sí, estuviesen prontos para seguir los movimientos del corazon ageno. Pero no siendo así, bien podia aquel corazon tenaz prepararse para una inundacion de disgustos, porque era preciso que se frustrasen sus deseos, siguiendo los otros siempre su propio camino. La verdad es, *que desear y no conseguir, es penar y morir*, segun el proverbio.

29. Mucho gustó este discurso á la Embaxatriz, y contando mil sucesos, en especial de la historia de Palestina, hacia ver con evidencia que todo el orígen de los mayores disgustos de los Príncipes y Caballeros Latinos habia procedido de no refrenar los deseos de sus pasiones quando éstas empezaban á desenfrenarse. Les contó en resumen, que el Príncipe de Chipre,

por no reprimir su codicia habia robado los navíos en que iban dos Princesas de Inglaterra, una la hermana de Ricardos, y otra su propia esposa, que habian naufragado en aquellas costas, navegando á la Tierra Santa: de lo que procedió que el Rey de Inglaterra fuese, y llevase cautivo al Rey de Chipre al campo de S. Juan de Acre amarrado con cadenas de plata, dando la isla de Chipre á Guido de Lusiñan, que se hallaba excluido del trono de Jerusalen. Les contó los muchos disgustos que habia tenido el detestable Raymundo, Conde de Trípoli (1), por no reprimir la ambicion con que sin derecho alguno habia aspirado á la corona de Jerusalen, y concluia que la libertad que dan los Príncipes á sus pasiones los tiene sumergidos en un insondable piélago de aflicciones, degracias y calamidades.

30. Todos tienen sus pasiones (respondió el Conde algo disgusta-

(1) Habla de Trípoli en Asia.

do): todos desean satisfacerlas: la fortuna consiste en conseguir lo que se desea, y la infelicidad en no alcanzarlo; pero ninguno puede quejarse de la condicion de la naturaleza humana, que nos tiene así desde que nacimos. Mientras vivimos en este mundo nos hallamos empeñados en un juego terrible, en el que unos ganan y otros pierden; y es una locura no querer perder quando se desea ganar. Pero impedir á nuestro corazon que desee, es idea imposible y pensamiento frívolo; por lo qual tiene cada uno que pasar por donde pasan todos los demas.

31. Cada uno debe jugar (replicó Miseno en tono noble, manifestándo en los ojos quién era, y acordándole al Conde lo que le habia prometido: hizo esto para reprimir aquel ayre de desprecio con que habia hablado): cada uno debe jugar, pues está metido en el juego; pero debe hacer lo posible para no perder. Este es el consejo de todo hombre prudente. Ahora bien,

el modo de perder mucho en punto de la alegría y felicidad, á que todos aspiran, es desear mucho.

32. Supongamos que haya dos hombres, uno que alimente sus pasiones con todos los fomentos y regalos; otro que solo las dé lo preciso para sujetarlas con facilidad: uno que sea caballero, y viva con toda soltura, y otro que sea un pastor moderado, ¿quál de estos goza mayor alegría, y lleva su alma mas llena de contento? El pastor si se le muere una oveja se entristece; pero otra le nace, y se consuela: las saetas de la desgracia no pasan del pellico, ni llegan á la piel, y aun quando le tocasen en ella, por no ser muy sensible, seria ligero el dolor. Pero el Príncipe, el Grande, el poderoso, de todo se espantan y se intimidan: si les sucede alguna desgracia, pierden el ánimo: si la fortuna los eleva, temen á los envidiosos: se afligen con el bien de los demas, como si fuera mal propio: si los ven levantados, temen que les asombren y opriman: si los

ven caidos, están viendo en la agena ruina el exemplo de la suya: se hallan tan enredados entre espinos, que no saben á dónde volverse que no los punce. Su entendimiento es asombradizo, y en todo ven fantasmas que los afligen: les parece que los superiores los desprecian, que no los respetan los inferiores, y que sus iguales les disponen ocultamente su ruina. A fuerza de desear mucho, es preciso que les falte mucho de lo que desean; y teniendo tan delicada la piel de su corazon, el mas pequeño golpe hace sangre, y aun herida muy grande. ¿Veis ya la diferencia?

33. Las pasiones, amigo mio, son el viento con que el alma se mueve: quando son ligeras, se recrea el alma, arrullada suavemente con un fresco soplo del céfiro blando; pero quando son violentas cada pasion es un huracan, ó una tempestad deshecha. Estaba el cielo sereno, quieto y apacible, y en un instante todo es truenos, rayos y estampidos: por allí quedan unos

muertos, por acá otros estropeados: ¿qué ha sido esto? Una violenta pasion que en un instante pegó fuego, y duran sus estragos por muchos años, ó tal vez por siglos.

34. ¿Quién puede negar que las pasiones son fuego, elemento necesario para la vida, cuyo moderado calor nos consuela, cuya luz nos recrea, y cuya actividad nos vivifica? Pero si llega á ser incendio, ¡qué efectos causa tan terribles! Estos siempre son nocivos, mas no en todos los estados lo son igualmente. Supongamos que ardió una cabaña pastoril, corta un vecino quatro troncos, otro los cubre con ramas ó con paja, y en un instante tiene casa nueva, convirtiendose tal vez la desgracia en provecho. Pero si las llamas se apoderan de un palacio, ¿quién puede atajar el incendio, ni remediar los daños? Corren con desenfreno las llamaradas por mil partes á un tiempo: aquí arden los muebles preciosos, allí se hienden los mármoles, allá caen de repente las co-

lumnas, se desploman las bóvedas, y todo de arriba á baxo es una llama, y un vivo infierno. Por puertas y ventanas salen las furiosas llamas tan soberbias que parece quieren acometer á las nubes. Dentro todo se consume, el oro, la plata, las piedras preciosas, las exquisitas tapicerías, todo se convierte en cenizas. Quieren atajar el incendio, y no pueden: unos gritan, otros caen precipitados: estos se desmayan: aquellos huyen, pero el fuego apoderado se burla de sus esfuerzos, y todo lo abrasa. Advertid la diferencia de estragos: uno y otro han sido incendios; ¿pero qué tienen que ver los estragos de uno con los del otro? Así son las pasiones: en las de los pobres de corazon humilde apénas se advierte el daño; pero las de los Grandes, las de los ricos, y las de los Soberanos, ¿qué daños no causan? Amigo, si quereis padecer poco, desead poco, y sin ansia: moderad las pasiones, y vivireis contento.

35. Se vió el Conde convenci-

do; y ya con mas moderacion ponderaba la suma dificultad que siente en refrenarse un corazon noble y elevado. Los que han nacido en el lodo podrán tener, decia, pasiones blandas, porque sus almas son como aquellos despreciables insectos que apénas arrastran por la tierra; pero el que tiene en sus venas una sangre noble, el que ha recibido del cielo una alma elevada, por fuerza ha de levantar su vuelo como las águilas hasta las nubes. Bien veo que es preciso domar estas pasiones, pero confesad que es muy costoso el sujetarlas.

36. Confieso, que cuesta mucho, dixo Miseno; pero es muy glorioso el desempeño. Si ponderais la dificultad de la batalla, poned los ojos en la gloria del triunfo. Siempre gustáron las almas nobles de vencer grandes dificultades, y de triunfar de lo que pocos han triunfado. Nada lisongea mas á nuestro *amor propio*, que conseguir lo que raros intentan, y rarísimos lo alcanzan. ¿Porqué pensais que llevaban los Em-

peradores en el carro triunfal corpulentos elefantes, indómitos tígres y bravos leones, sino para manifestar que su poder y valor llegaba á domar aquellas fieras, que todos los demas temian? ¿Por qué llevaban atados los Monarcas vencidos, los mas esforzados Capitanes, y los conquistadores famosos? Para hacer ostentacion de su poder, como superior á todo quanto en el mundo se gloría de grande y poderoso. Será, pues, mucho mas agradable, aun al amor propio, triunfar de las pasiones, que esos mismos Emperadores no vencieron; pues si postráron aquellos Monarcas á los Reyes y las fieras, ellos se quedáron esclavos de sus pasiones. Aquí saltando de gusto el Embaxador, y abrazando al Conde le dixo:

37. Señor, no podeis resistir á la fuerza de esta razon: tomad este consejo; y si la nobleza de vuestro corazon os eleva á pensamientos grandes, no podeis aspirar á empresa mas noble ni mas gloriosa que la de domar vuestras pasiones.

38. Quedó el Conde suspenso: su razon callaba confusa; pero tenia herido el corazon. Entónces Miseno, queriendo aplicar un bálsamo suave á la herida que le acongojaba, dixo así: creed, hijo mio, que esta empresa no es tan molesta, que el gusto se reserve para solo el tiempo de la victoria completa, porque á cada enemigo que postramos se sigue inmediatamente el consuelo de aquella pequeña victoria.

39. Nuestra alma es nobilísima por naturaleza, y da bien á entender de quien es hija, pues siempre aspira á ser señora: á medida que va venciendo las pasiones que la oprimian como si fuese su esclava, va respirando, y tomando el gusto al noble é inimitable placer de la verdadera libertad. Este salir de la esclavitud en que nos tenian las pasiones, da á nuestras almas un consuelo que nadie conoce si no le ha experimentado. Quiero valerme de las expresiones con que le describió un grande Profeta, mas de dos

mil años ha, de este modo (1) con corta diferencia:

40. Se levanta el alma y se pone en pie libre de los pesados hierros, y no se harta de mirarse: palpa su cuello dolorido aun de las cadenas: sacude la púrpura de su hidalguía, que ve cubierta de la tierra de los desprecios y abatimiento en que yacía, y empieza ya sobre sí, á mirar con tédio á unas pasiones que tanto la habian tiranizado. Entónces se derrama por todo su interior un gozo noble y celestial que la da nueva vida; y no cambiaria por todos los placeres del mundo el regocijo que la causa este solo triunfo que ha ganado sobre sí misma. Así se explica á lo que me acuerdo. Siempre que reflexîono lo que á mí me sucede, veo copiada en mi alma toda esta descripcion á la letra. Decid Aymar si vuestra experiencia no confirma tambien la mia.

41. Respondió el Embaxador,

(1) Isaiæ, cap. 52.

que algunas veces habiéndose violentado para reprimir el ímpetu de las pasiones fogosas, sintió (como lo habia pintado Miseno) tanto placer que le compensaba con ventajas la lucha y fatiga que habia tenido; y por el contrario, siempre que las habia dexado correr con desenfreno, tuvo que pagar con el mas amargo arrepentimiento el gusto que al principio habia sentido. Dichoso será el que cierre los ojos al engaño del placer seductor, que ofrecen las pasiones, por gozar del inocente y duradero que se consigue con vencernos á nosotros mismos.

42. Miseno, que ya veía al Conde en disposicion de admitir consejos, le habló de este modo: quando yo mandaba las tropas, me valia de mi astucia, mas que de mis fuerzas, para ganar las batallas: procuraba introducir la division en mis contrarios, y así los debilitaba y conseguia desbaratarlos. Pero desde que emprendí esta nueva especie de conquista, tuve la prevencion de empeñar entre sí de tal mo-

do mis pasiones que unas á otras se destruyan, y todas pierdan el brío.

43. Bien sabeis, amigo Aymar, que tengo comparadas las pasiones á los brutos; veamos pues que es lo que hace un diestro cochero, quando todos los caballos á un tiempo se le desbocan. Ya que no puede contenerlos á todos, dexando á unos, emplea todo su esfuerzo en volver uno ó dos de los mas valientes ácia una mano, para que dividiéndose las fuerzas, unas á otras se debiliten: tiran unos caballos ácia un lado y otros ácia otro: aquí cae uno, allá salta el compañero por encima, y tropezando en estos los demas todos se enredan. Ya se levanta alguno, y vuelve á caer en tierra: otro con los pies ácia arriba es arrastrado y herido: todos se ven pisados y maltratados; y jugando la batería de los pies, unos á otros se ofenden; pero entretanto el coche está parado. A unos castiga el diestro cochero, y á otros perdona; hasta que poco á poco se van los brutos levantando, corriéndoles hilo á hi-

lo la sangre y el sudor: á unos se les cae á pedazos la espuma pendiente de los frenos, otros están hijadeando por la pasada lucha; y quando ya está domada la furia y abatidos los brios, va el prudente cochero guiando el coche á paso lento y ordenado.

44. Haciendo esto mismo con las pasiones, sacaremos la misma utilidad. Procuremos pues disponerlas de modo que la mas poderosa trabaje, violentándose contra las otras, y nos veremos dueños de todas, porque la mas vigorosa quedará cansada y las ménos fuertes vencidas.

45. No puede haber industria mas útil, dixo Helena, si fuera practicable: todo quanto podemos desear en esta empresa es sacar triaca del veneno, socorro de los mismos enemigos, y de las enfermedades remedio. Pero, Miseno, no os canseis en consolarnos con hermosos pensamientos: enseñadnos una doctrina que pueda ponerse en práctica, pues al que vive entre

verdaderas miserias; de poco le sirve una felicidad imaginaria. Este será semejante á un encarcelado que sueña hallarse en perfecta libertad, y que se pasea por amenos jardines entre fragrantes florestas con agradable compañía, y quando despierta de un sueño tan gustoso siente mas el peso de las cadenas; así nos sucederá á nosotros de aquí adelante, si no decis el modo seguro de sacar de nuestras pasiones el medio de dominarlas.

46. Se sonreia Neucasis, celebrando la prudente duda de la Embaxatriz, como una impugnacion sin respuesta. Estaba el Embaxador suspenso, y el Conde deseoso de oir la doctrina que á todos interesaba. Se ofreció Miseno á declararles el secreto, que tal á ellos les parecia; pero quiso que para esto dixese antes cada uno qual de las pasiones juzgaba ser la mas vigorosa, prometiendo que demostraria con qué arte podria la razon servirse de ella en favor de la virtud contra las demas pasiones. Esto se

reservó para el dia siguiente, porque se levantó un poco de viento mas fuerte, que los obligó á cortar la conversacion.

EL FELIZ.

LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

SUMARIO

DEL LIBRO DECIMOSEPTIMO.

Varios pareceres sobre quál de las pasiones es la mas fuerte. El Conde dice que el amor, *el Embaxador que el deseo de* gloria, *y Neacasis que el* interes. *Helena defiende que todo lo que se llama* amor, *no es mas que* amor propio. *Prueba Miseno que el amor propio bien entendido y arreglado es virtud; pero que desordenado es el orígen de todos los vicios. Pintura de la hermosura de la* virtud, *aun como se puede alcanzar en esta vida. Con la comparacion de un arroyuelo hace ver Miseno que la hermosura de las criaturas viene del Cielo. Pondera Aymar los atractivos de la gloria humana. Respuesta de Miseno con la diferencia que hay entre el mérito y la fama. Pide Neucasis remedio contra el* interes *en el amor propio, y Miseno afirma que al que se ama como debe no le podrá cegar esta pasion.*

Lib. XVII.


Enseña Miseno que el amor
propio arreglado sugeta á
la ambicion y al interes.
J. G. Navia sc.

LIBRO XVII.

1. Al siguiente dia, quando ya el mar sosegado permitió la pacífica conversacion de los mismos sugetos, se continuó la materia de la conferencia en que habian disputado la tarde anterior. El Conde, que por su edad era el mas fácil en todos los movimientos del ánimo, siempre fué el mas vivo y pronto, así en las preguntas y deseos, como en los proyectos, ideas y decisiones precipitadas; por lo que en la qüestion presente, sobre qual es la pasion mas poderosa, dixo el primero su pensamiento. Afirmaba pues, que entre todas las pasiones ninguna era tan fuerte como la del *Amor*. A Cupido, decia, si se ha de hacer justicia, se le debe la corona, pues vemos que arrastra con cadenas de oro hasta los mayores Monarcas. El Soberano mas poderoso gime

igualmente oprimido, que el mas vil esclavo en sus grillos; y el cetro del *Amor* es como la varita encantadora que en tocandoos con ella os dexa perdidos y encantados. El héroe mas intrépido se convierte en flaco: el hombre mas vigoroso queda débil: el mas sabio se vuelve loco; y el que mas delicada y briosa tenia la honra, executa acciones indignas que despues le causan vergüenza. Creo que en esto direis lo mismo que yo.

2. El Embaxador, cuyas ideas le hacian mirar el mundo con otros ojos, sentaba, que todavía era mas fuerte que el amor, la ambicion y deseo de *Gloria*. El héroe, decia, dexa su ídolo en la patria, y corre los mares y las tierras, por coger un ramo de laurel en el campo de Marte. Vereis sacrificar haciendas, honras y vidas al *Amor*; pero no vereis que ninguno le sacrifique la *Fama*: si hablamos de los grandes sabios y famosos Doctores, es sin disputa el *Amor de*

la gloria el que vence á qualquiera otra pasion; porque unos y otros nada desean tanto como dexar para despues de su muerte memoria viva de sus acciones, y que se eche ménos su falta, aun quando ya sus huesos están desnudos y secos.

3. Pero no todos los mortales son héroes en las letras, ni en las armas, dixo Neucasis: aquí debemos hablar en general; y en este sentido, digo, que la pasion mas vigorosa es el *Interes*. Este es el primer móvil de toda esta máquina del mundo. Quítese del mundo el *Interes*, y todo parará de repente: cesa el comercio, se pierde la agricultura, y no se cultivan las artes. Si quebrais la punta de este aguijon del *Interes*, ¿en dónde hallareis aquel servicio recíproco, que es el alma de la sociedad y la union civil de los miembros de este vastísimo cuerpo? Sin *Interes* no hay dependencia, sin dependencia no hay sujecion, y sin ésta no habrá superioridad, órden ni leyes. Quitada la dependencia

todos los hombres quedarán iguales: cada uno se tendrá por un Soberano, y el ócio exercerá su imperio: nadie tendrá mas vida que la inaccion, y á todos nos ocupará un torpe letargo desde la cuna hasta el sepulcro; pero yo sujeto mi parecer á los vuestros.

4. Quedó Helena admirada del discurso de Neucasis: Aymar le aplaudia, y el Conde le aprobaba mucho, no obstante que él defendia ser la pasion del *Amor* tan general como la del *Interes*, y por lo comun mas violenta. Pero todos deseaban oir á Helena, la qual queriendo unir en una sola las tres opiniones diferentes, dixo: que en todos los mortales la pasion mas vigorosa y nociva era el *Amor propio*, por ser la raiz comun y el tronco de donde nacian los tres ramos en que todas se dividian. En quanto al *Interes*, y la *Ambicion* ó deseo de *Gloria*, bien concedia el Conde que nacian del *Amor propio*; pero permitidme, decia, que yo os haga presente que la pasion

del *Amor* á otra persona, tiene orígen mas noble que el *Amor propio.* En esta pasion, se entrega toda el alma con absoluta generosidad, y está tan lejos de mirarse á sí, que solo atiende al ídolo de su adoracion. El que ama, no atrae; ántes bien es atraido por el imán poderoso de aquel objeto que mueve el corazon en el pecho, que le hace saltar y casi salirse por los ojos; tanto, que el que se acuerda de sí, y mira á sus intereses, no puede con verdad decir que ama.

5. Ya veo Conde, dixo Helena, que no sois principiante en la ciencia de *Amor*, pero con todo eso insisto en lo que dixe, y aseguro que la mas generosa pasion de amor no es otra cosa que *Amor propio*, y propio *Interes*. Sabed que tengo hecha la mas delicada anatomía de esta pasion, y al fin he llegado á conocer que lo que nos venden públicamente por amor generoso, todo es amor propio, y aun el mas vilmente interesado. Gusta, por exemplo, el infame Zopiro de la casta Cenobia,

siendo él un hombre perverso, un monstruo indigno y detestable; pero su corazon, aunque tan negro y mal formado, no dexa de enamorarse de la brillante virtud que da realce á la adorada belleza. Procura su compañía, gusta de su conversacion; y solo el fixar en ella los ojos le enagena el alma. Está muy bien: todos dirán que la ama al ver que se deshace en sus obsequios; pero reflexîonadlo bien, y vereis que en esto mismo busca Zopiro su gusto, interes y consuelo, y no el bien de Cenobia.

6. Si gusta de verla, á sí mismo se está lisongeando quando en ella pone los ojos: si le encanta su compañía, á sí mismo se mira quando procura verla ó la sigue. Es verdad que tiene gusto en adorarla; pero si la adora, es por el gusto que en esto siente. De modo, que secretamente desea, trabaja y mina por satisfacer á sus propios intentos, y esto aunque Cenobia hubiese de quedar perdida. Decidme pues, ¿es esto amarla? Si esto

fuera amor verdadero, sería preciso decir que la inocente oveja debe estar muy agradecida al voraz lobo que, porque le gusta, la sigue por montes y valles. ¿Estará Cenobia obligada á recibir como obsequio sus infames pasos? ¿Se verá por ventura en la desgraciada obligacion de gustar mucho de un hombre que es un epílogo de vicios? ¿Qué culpa tiene ella en ser amada, para precisarla á dar su corazon á un monstruo?

7. Desengañémonos: nadie debe amar lo que no sea digno de amor: la pasion que Zopiro tiene á Cenobia tampoco le hace amable en sí mismo, miéntras no le purifica de sus monstruosos vicios; y así el desprecio que de él hace, es una nueva prueba de su juicio, y un realce de su virtud. Quando por último, llegue él á desengañarse de que le desprecia, vereis como convierte en calumnias todos los que eran elogios, y que pretende conquistar un corazon justo á fuerza de injurias. ¡Ay, Conde mio! ¡Quán-

tos Zopiros se ven en el mundo con la hermosa máscara de amantes, siendo en realidad unos hombres, interesados, que no miran mas que á sí mismos, y viven con un corazon pronto para sacrificarlo todo á su indigna pasion, hasta la virtud, la estimacion y la honra de las Cenobias que ellos dicen que aman! Si éstas, quando los ven á sus pies con la rodilla en tierra, abriesen con un puñal su infame pecho, harian ver á todo el mundo que solo su propio contento é interes es el ídolo que veneran sus corazones. Conde mio, bien podeis creer que esta pasion como las demas son puro *Amor propio*, y muchas veces muy indigno. Habló Helena con tal fuego, que su encendido rostro brillaba con mayor hermosura, dándola nobilísimo realce la elevacion de sus pensamientos, y estas máximas de su virtud heroyca.

8. Oyendo esto el Conde, se vió precisado á confesar el comun error en que se vivia, y que en el lenguage de los amantes ofrecian

como obsequio generoso, lo que exâminado en la justa balanza de la razon, no es mas que *Amor propio* y vil interes. Contra esta pasion, decia, debe armarse el que desea que le gobierne la razon, porque sola esta pasion es el orígen de toda nuestra ruina. Pero de aquí saco yo una muy triste conseqüencia; porque si es imposible que el hombre resista á su *Amor propio*, no nos queda esperanza de vencer las pasiones que nos arrastran al mal.

9. Estaba Miseno silencioso escuchando los discursos que de parte á parte se hacian, y con su ayre risueño á todos parecia que daba su aprobacion; mas no pudo sufrir la absurda conseqüencia que el Conde sacaba, y añadió: pues todos habeis dicho vuestro parecer, yo tambien debo dar mi voto.

10. El *Amor propio*, si se le exâmina bien en su orígen, es una pasion buena y justa; porque naturalmente nos amamos á nosotros mismos, y la buena razon manda

que cada uno desee su bien, y atienda á su felicidad: en esto consiste amarse verdaderamente; y así, solo un desesperado ó un furioso será el que á sí propio no se ame. Ahora bien: Dios, que fué el que plantó en nuestra alma esta pasion innata, no podia darnos cosa mala, ni inclinarnos con su propia mano á mal alguno, porque generalmente le detesta. No obstante, aunque esta pasion es en su origen inocente y buena, regularmente degenera con el tiempo, y sale de los límites que Dios la prescribe por medio de la *Razon*. De este modo el mismo *Amor propio*, que bien gobernado es virtud, en pasando de ciertos términos es vicio, y aun la raiz de todos los males; así como el calor que quando es moderado da vida, pero quando es excesivo causa la calentura y la muerte. Yo convengo en que esta pasion es la mas fuerte de todas, y que todas las demas pasiones pueden reducirse á ésta; pero digo que no debemos procurar des-

truírla, sino gobernarla bien para que con ella se corrijan las demas. El *Amor propio*, bien entendido, es capaz de poner freno á todas las pasiones, y de sujetarlas á las leyes inalterables de la *Razon Eterna*.

11. Mucho se admiró Helena de lo que Miseno habia dicho; y como un extrangero que viendo pasar en el concurso una belleza extraordinaria que le arrebató el corazon, fixa en ella los ojos, y la va siguiendo por entre la multitud hasta informarse bien de la persona: así Helena calló encantada con esta máxima; y sin atender á lo que dixeron sobre ella Aymar, Neucasis y el Conde, quando la diéron entrada, habló á Miseno de este modo: muy importante es esa filosofia, y merece explicarse con mas individualidad, pues el mal de las pasiones desenfrenadas es universal; y si descubriesemos para sujetarlas un remedio que fuese general y tan suave como el *Amor propio*, mucho se adelanta-

ria en la ciencia del corazon humano. Ya que las pasiones mas vigorosas son tres, veamos cómo nos dais en el *Amor propio* el remedio para cada una de estas tres enfermedades peligrosas. Suponed, Miseno, que el Conde está enfermo de calentura de *Amor*, mi esposo lo está de la hinchazon de *Gloria*, y Neucasis de la hidropesía del *Interes*: sigamos esta disputa con tono jovial y festivo, pues no estamos en el aula de filosofia moral. Informe pues cada uno á nuestro médico de los síntomas de su enfermedad, y sirva la conversacion de recreo, y al mismo tiempo de utilidad. Enhorabuena, dixéron todos; y el Conde, como mas vivo, empezó primero á hacer su papel de enfermo de amor.

12. Nadie podrá, dixo, explicar con mas experiencia que yo los síntomas de esta enfermedad del *Amor*; y así, Miseno, creed que os pinto la pura verdad. El *Amor* es un mal que ataca á todos los miembros, y causa su en-

fermedad particular en cada uno. En la cabeza ocasiona delirios, en los ojos ceguera, en la sangre frenesí: forma en el pecho un cancer que insensiblemente va royendo el corazon y el alma: produce en el paladar tal hastío, que todo es insípido, sino el objeto amado. Con el amor queda el ánimo valdado y claudicante, inclinándose siempre á una parte sin dar un paso derecho. Es el *Amor* una calentura contagiosa, que muchas veces se pega con solo el simple mirar, y se apodera en un instante de toda el alma. Apénas nos muerde esta víbora, quando el veneno corriendo de vena en vena, va por todos los miembros, penetra hasta las entrañas, se pega al corazon, y echa en él profundas raices. No creo que haya enfermedad mas incurable. ¡Ay, Miseno, Miseno! Si esta enfermedad tuviera remedio, no habria yo padecido tanto como os he contado.

13. Yo os daré remedio, respondió Miseno, para no padecer

de aquí adelante. Quiero que ameis, porque el corazon del hombre está hecho para el amor; pero amad como lo dicta la buena *Razon*, y como lo requiere vuestra utilidad. En ninguna cosa criada puso el Omnipotente todas las perfecciones posibles; y así, si un objeto nos cautiva el corazon, siempre hay otro mejor que nos pueda librar del cautiverio. El que tiene un ánimo noble no debe ser como los rústicos, que por no haber visto nunca la Corte, al primer objeto que se les presenta, piensan que no hay en el mundo cosa mejor, y se quedan aturdidos y parados. El que es prudente debe verlo todo, y despues de bien mirado, hacer una justa eleccion. Para esto es preciso saber mirar, porque el sabio se distingue del necio, en que éste tiende la vista por aquí ó por allí, y lo que ve, ve; pero el sabio mira, exâmina, reflexîona, y vuelve á mirar para formar de las cosas el concepto que merecen. Si reflexîonámos de este

modo acerca del objeto que nos encanta, nos libraremos de sus encantos, porque hallaremos otra belleza mas perfecta.

14. Eso será caer en otro lazo, dixo el Conde, por querer escapar del primero; pues sea de una hermosura ó sea de otra, siempre quedaremos esclavos. A lo que le respondió Miseno: dichoso lazo seria éste, y feliz cautiverio para el que se dexase prender; porque el amor que yo digo no es pasion que quita la felicidad, ántes bien nos lleva insensiblemente á poseerla. La hermosura que os aconsejo, tiene todo lo que puede lisonjear á nuestra alma: es la fuente de quanto la conviene, y el principio de nuestro bien estar, en tanto grado, que el que la ame es preciso que la prefiera á toda otra hermosura. Es tal su belleza, que agrada aun á sus mismos enemigos, de tal suerte que no hay en el mundo hombre tan perverso que pueda detestarla, si la llega á conocer. El mismo Dios, cuyos ojos

estan sumamente contentos con la infinita hermosura de la divinidad, el mismo Dios, no puede evitar (permítaseme hablar así) el fuerte atractivo con que le obliga á que la abrace y la estime. Esta es una hermosura sincera en su trato, fiel en sus promesas, sin rebozo ni disimulo en su amistad, magnánima en sus proyectos, constante en sus empresas, y suave en executarlas: mas diré, es de grande sabiduría en los consejos, y de grande prudencia en sus resoluciones: nos da ánimo en los peligros, y nos comunica la fortaleza de una roca en los contratiempos.

15. Le oian todos con admiracion: lo advirtió Miseno, y rezelando que no le creyesen, les dixo: amigos, yo hablo de la *Virtud.* Esta no teme, no huye, no finge, ni jamas se ha visto en necesidad de fingir. Es á un mismo tiempo modesta y elevada: no se esconde avergonzada, ni hace vana ostentacion de su belleza. La virtud de ninguno depende, ni hace

caso de lo que pueden decir los hombres: lo mismo es para ella que la alaben, que el que la vituperen. Es rica sin luxo, independiente sin soberbia, afable sin lisonja: no hallareis violencia en su fortaleza, ni debilidad en su blandura. Ved ahora si podrá hallarse mejor retrato de la hermosura increada, de la qual toma la virtud y sigue el ayre y todos sus rasgos: ved si la virtud se hará amable del que bien lo reflexîone. Aymar volvió admirado los ojos á Helena y al Conde, como si con la vista les quisiera preguntar qué les habia parecido esta admirable descripcion de la virtud, y halló como en reflexo el mismo gusto que él habia experimentado; pero no dixo una palabra por no interrumpir á Miseno, que continuando en el mismo tono decia:

16. Ademas de esto, si volvemos los ojos á nuestra utilidad, es imposible hallar objeto mas lisonjero para nuestro *Amor propio* que la verdadera virtud: á todo el mun-

do desafio para que me le muestre. Con la virtud, si la fortuna os eleva hasta el Olimpo, no os entrará vanidad ni soberbia: si la desgracia os derriba y os arrastra por el polvo de la tierra, no caereis de ánimo, ni sereis vencidos; porque en qualquier estado sereis los mismos, y en todos sereis dichosos. Si los enemigos os persiguen, ó los poderosos os oprimen: si los tiranos os tienen gimiendo en las duras cadenas de una esclavitud insoportable: sin la virtud estais perdidos; pero con ella vuestro corazon se hallará inmoble, pues con ella sola se consolará, se alegrará, y se tendrá por dichoso.

17. Supongamos (lo que muchas veces sucede) que no hay para la inocencia leyes, ni para el mérito estimacion: que la verdad no puede abrir la boca, ó que todo el mundo os rodea amotinado y á gritos os condena, sin que nadie quiera oiros; con la virtud estareis diciendo en vuestro corazon:

Dios me oye, Dios me mira, Dios me hará justicia; y esto solo os dará una entera satisfaccion. Tal vez os vereis arrojado por tierra, saltando todos sobre vosotros como perros rabiosos, mordiendo cada uno por su lado para despedazaros hasta no dexar mas que los huesos; pero aunque el Cielo, la tierra y el infierno se conjuren á perderos, no importa, si entónces conservais la virtud; porque vuestro corazon estará sosegado, y se dirá á sí mismo sin alterarse: *Dios es mi amigo: esto me basta.* Buscad ahora en otro objeto, sea el que fuere, semejante consuelo y dulzura: ¿la podreis hallar, Conde mio?

18. ¿Qué es lo que yo puedo hallar? le respondió afligido. Esta maldita pasion del *Amor*, que me ha traido encantado toda mi vida, jamas me ha dado contento sin desasosiegos, sustos, temores, y un infierno de cuidados; y unos cuidados que me afligian ántes y despues de conseguir lo que mi co-

razon deseaba. Bien veo que la virtud en la descripcion que habeis hecho, es el objeto que mas merece nuestro amor, y que bien considerado entibia la mas ardiente pasion; pero la habiamos de ver de cerca, porque pienso que su belleza es como la de las estrellas que reside allá en los Cielos, y nosotros nos contentamos acá abaxo con admirarlas sin poderlas alcanzar.

19. No os engañeis, dixo Miseno: la virtud que tanto os enamora no está solamente en el Cielo, tambien la vemos en la tierra. Gobernad vuestras pasiones por las luces de la razon y la religion, y conseguireis la virtud. Aplicad vuestra atencion á lo que os voy á decir. Dios, para guiar vuestras acciones, os puso en el alma la luz de la razon, que es un reflexo de los rayos de la divinidad; y avivó esta luz, amortiguada con la culpa original, encendiendo en nosotros la luz de la fe, y este mismo Dios aprueba todo lo que es-

tas luces nos dictan; y así, regular las acciones por la *luz de la Razon* y de la fe, es lo mismo que estarse adornando el alma al espejo de la divinidad: ved si de este modo podrá menos de quedar hermosa, y de agradar á los ojos del supremo Ser. No es pues lo que yo os aconsejo una cosa imposible, ni es una idea platónica que jamas se ha puesto en el mundo en práctica, sino una cosa practicada, y aun fácil con la asistencia de la gracia que nos da la Mano Suprema. Hemos visto muchos héroes de esta verdadera filosofia, que sacrificáron sus pasiones á la *luz Eterna*: en estos se complacia la Sabiduría Suprema, y entónces por una especie de reflexo de la complacencia de Dios en sus acciones, redundaba en sus almas admirable contento y satisfaccion.

20. ¿Pensais que aquellos héroes tenian corazon de hierro como Neron, ó que habian mamado la primera leche de alguna fiera,

como se dice de Rómulo y Remo? Tenian, como nosotros, ojos, y corazon de carne, y sobre esto muchos de ellos habian probado la engañosa dulzura del deleyte sensual: luego es preciso que si despues la despreciáron, fuese por haber dado la preferencia al suavísimo deleyte que les causaba la virtud. Creed, hijo mio, á un hombre que ha probado todo lo que en el mundo nos suele encantar. Yo os juro por esos Cielos que nos cubren, por esta tierra que nos sustenta, y séame testigo todo quanto es sagrado, que ninguna satisfaccion mundana puede igualar á la de poder decirse el hombre á sí mismo: *yo he obrado como debia, y el Ser supremo está aprobando que yo haya obedecido á su ley Eterna.* Solo este pensamiento disipa como un Sol las tinieblas de todas las aflicciones que nos pueden oprimir y perturbar en qualquier suceso de la vida.

21. Estaba el Conde suspenso, y muy convencido con el discurso de Miseno: Helena, que gustaba de

verle tan pensativo, quiso adelantar mas la conversacion, como quien acaba de introducir del todo la lanza que ya ha clavado en el pecho para rendir al enemigo, y dixo así: Conde, yo quiero tomar por mi cuenta vuestra causa para defenderla: Miseno, todavía tengo yo mucho que alegar. La pasion del *Amor* nace de los ojos, pues siendo estos la antesala del corazon, por ella ha de pasar el objeto que quiera colocar en él su trono. No hay duda que la virtud es de una belleza celestial; mas por estar muy elevada, y no entrar por los ojos, dexa de hacer en el corazon humano aquella impresion que hace la hermosura terrena, y por esto no puede la virtud triunfar del amor. Entren enhorabuena los ojos, dixo Miseno, en nuestra consideracion: miremos con la debida atencion al objeto que nos encanta; pero le hemos de mirar como hombres, y no como brutos. Entónces yo os prometo que se

desvanecerá el amoroso encanto que haya hecho la vista, y triunfará la virtud.

22. Suponed que veis un arroyuelo que corre por la tierra enfrente del Sol: algunas veces sucede que os parece una sierpe de plata esmaltada de brillantes y chispas. En la realidad viene de una fuentecilla bien pobre; pero visto desde donde nosotros estamos, resplandece con ventajas á la mas preciosa pedrería (1). Parece que va huyendo del Sol, y que quanto mas huye, mas la persigue disparando sobre el agua fugitiva sus dorados rayos, ó aquellas saetas de oro con que de ordinario triunfa; pero la pobre inocente fuentecilla, zelosa de su pureza va escapando trémula, y quantos rayos recibe, otros tantos despide en el mismo reflexo, que la hace mas

(1) Es una alusion á la buena física, que enseña y demuestra que el agua quando brilla con el Sol hace este efecto, porque repele los rayos de este planeta reflexándolos ácia nuestros ojos.

brillante y hermosa; pues siempre el recato da realce á la belleza, y la modestia nuevo colorido á la hermosura. Ahora bien, si alguno enamorado de los resplandores del arroyo se arrojase á abrazarle sin advertir que su belleza venia del Sol, se hallaria con un poco de agua obscura, porque la sombra de este ignorante y su mal entendido obsequio, obscureceria todo aquel resplandor. Esto hace el que perdido por alguna hermosura criada, no advierte que quanto en ella agrada viene de aquel Supremo Sol, y que basta para ofuscarla nuestra sombra; y si porfiamos, no hallaremos otra cosa que tierra, lodo y vileza. Decidme, Señora, si me engaño ó exâgero la verdad; y me confesareis, que aun entrando los ojos en nuestra consideracion, toda la belleza que los encantaba debe servir para levantar el corazon á amar la virtud, que no miraban. La belleza bien considerada debe llevar el discurso al que es único y total principio de la

hermosura : este es Dios , así como el Sol lo es del brillo y resplandor de las aguas.

23. Quedó Helena convencida, y el Conde admirado ; pero el Embaxador , aunque elevado con el discurso de Miseno , quiso hacerle esta instancia : si esta pasion diese lugar á tan juiciosas reflexîones, no seria ciego el *Amor* ; pero este encantador maligno prende de tal modo al alma , que nada ve sino su ídolo : nada escucha sino sus armoniosos encantos ; de modo , que semejante al girasol sigue todos los movimientos, y no aparta los ojos de su Sol desde el Oriente al Ocaso.

24. Supuesto que le sigue hasta el Ocaso (replicó Miseno con viveza) fixe bien sus ojos en él , y se deshará el encanto. Al fin de la vida , que es quando se pone el Sol de la hermosura terrena , la verá desaparecer enteramente , al mismo tiempo que la belleza de la virtud es permanente y perpétua. Confieso , que quando nace la Aurora , quando el dia crece y el Sol

se ostenta hermoso y brillante todo en él es belleza, y en nosotros todo, alegría; porque entonces toda la naturaleza está risueña; pero quando se acerca la muerte, esto es, al caer el Sol, y quando las sombras luchan con la luz, y la noche con el dia, vereis al Sol pálido, macilento y triste. Entonces las rosas se marchitan, se deshojan y se inclinan á la tierra, y vuestro corazon desconsolado y viudo, no hallando objeto que le satisfaga, se hace pesado á todos, é insufrible á sí mismo: se precipita en los abismos de la melancolía, y comunmente se pierde. Lo contrario sucede al que pone los ojos en la perpétua hermosura de la virtud: los encantos de ésta no temen el Ocaso; porque á cada momento es mas admirable su belleza: nunca ésta se marchita ó disminuye, ni dexa el corazon viudo y lleno de fastidio; porque con la muerte espera el complemento y la posesion segura del objeto amado, y con nuevos realces de her-

mosura. Ya veis que aun consultando á nuestros mismos ojos, debe ser preferida la belleza de la virtud.

25. Mas diré : sabeis, amigos, que Dios en este mundo ha contrapesado de tal modo los bienes y los males, las perfecciones y los defectos, que como ya os he dicho, no encontrareis hermosura sin alguna mancha. Exâminad pues el objeto que mas os agrade, miradle bien por todos lados, y yo os aseguro que ese iman que atrae por una parte el corazon, por otra le ha de repeler por fuerza (1). Si como decis, está bendido el amor, quitad la benda de los ojos, mirad bien el ídolo que amais, y cesará vuestro encanto ; pero no sucede esto con la virtud, la qual es hermosa por todos lados. ¿Qué me decis, amigos?

26. Confieso, respondió el Con-

(1) Es propiedad constante del iman tener dos polos : por uno atrae el hierro, y por otro le repele ó rechaza.

de, que discurriendo con los ojos abiertos hallamos en esta infeliz pasion muchos mas disgustos que contentos. Esto me ha enseñado la experiencia de largo tiempo: la dificultad está en quitar la benda de los ojos, quando el amor nos gobierna. ¿Mas no podrá hacerlo facilmente, replicó Miseno, el *Amor á nosotros mismos*? ¿Por ventura no nos obliga nuestro propio interes á exâminar bien el objeto que abrazamos? Fomentad, Conde mio, vuestro *propio Amor* amandoos, como es razon, y á nadie amareis á ciegas: amareis con juicio, y no amareis solamente los objetos que nos puedan llenar el corazon de amarga hiel, el alma de veneno, el entendimiento de cuidados y las entrañas de tristes zelos: amareis la belleza interminable de la *Virtud*, y la hermosura de la *Razon*, amareis al objeto que os pueda recrear con placer inexplicable, y haceros verdaderamente feliz. Cediéron el Conde, Aymar y Helena, confesando todos

que la enfermedad del *Amor*, con el socorro del Cielo, tenia su remedio verdadero en el *Amor propio*, bien entendido.

27. Seguíase dar remedio á la *Ambicion* ó deseo de *Gloria*, segunda pasion que juzgaban ser muy fuerte contra la razon: Helena empeñó á su esposo en la defensa de esta causa, hasta ver si la ambicion cedia, como la pasion amorosa, y se curaba con el *Amor propio* bien gobernado; porque, decia, que seria de grande utilidad saber que tenemos en nuestro mayor veneno la triaca segura y eficaz contra las peligrosas enfermedades del corazon humano.

28. Ya que nos habeis introducido en la metáfora de la dolencia, quiero seguirla, dixo Aymar, para explicar á Miseno quál es la enfermedad de mi corazon; y aun creo que será la de todos aquellos mortales, á quienes el venturoso nacimiento ha dado espíritus nobles. Yo soy, al presente, Señor del pequeño Estado de Cesarea, que

traxo mi esposa en dote ; y aunque no me atrevo á compararme con alguno de los Monarcas de Europa, ni con los del Asia, no obstante, ya que entre amigos se debe hablar con sinceridad, os confieso que todo el mundo me parece pequeño para mí, y que en las ansias de mi corazon quisiera hacer de todo este grande globo la peana para los pies de mi estatua. Me lisonjea todo lo que es grandeza, y no pudiendo tener en realidad la que mi corazon apetece, es preciso que á lo menos en la apariencia la tenga; por lo qual confieso que me gusta toda adulacion, á pesar de las luces de mi entendimiento. Soy tan miserable que me gustan, aun los que mienten, quando sus mentiras lisonjean á mi altivez; en lo qual bien se yo que me acompañan muchos de los que blasfeman de la adulacion y la lisonja. A esta terrible qualidad se sigue una vanidad grande; porque acostumbrado á sustentarme del viento, soy ligero en sumo grado:

la cabeza se me va por esos ayres: la menor tempestad me descompone, y mi alma se halla en continuo remolino, sin saber en dónde está. El corazon quiere rebentar de hinchado: todo me oprime y me asombra: nada puedo ver delante de mí, que sea mas alto que yo; y si lo veo, y no tengo fuerzas para elevarme mas arriba, no me lo sufre el corazon, hasta que minando por debaxo de la tierra, arruine quanto me hace sombra. Ya se advierte, que esto me debe causar mucha fatiga, pena y tristeza; y éste, Miseno, es todo mi mal.

29. A la verdad (interrumpió Helena) que estais bien enfermo, ó sino haceis bien el papel. Veamos, Miseno, cómo le curais. No sé (la respondió) si le podré curar; porque yo tambien padezco la misma dolencia, y el caso es que no deseo sanar de ella. Tambien apetezco la grandeza con ansia inexplicable; y solamente me diferencio de vosotros en los medios con que la procuro lograr.

30. La suerte de un simple particular, que pone su tesoro en la virtud, y su verdadero imperio en dominar sus pasiones, es la que me parece propia para gozar de la verdadera grandeza. Porque éste conteniéndose en los límites de su fortuna, no desea mas de lo que tiene; y así bien veis que posee quanto desea. Ademas de esto, entregado á la Providencia vigilante del Ser supremo, en cuyo cuidado confia, si él por su parte contribuye con su trabajo, tiene en Dios todos los auxîlios que necesita. De este modo independiente del capricho de la fortuna y de la inconstancia de los hombres, va guiando todas sus acciones á un fin honesto, sin detenerse en otra cosa que en cumplir sus *obligaciones* para con Dios, para con los hombres y para consigo mismo; y como las leyes de Dios y las del Estado se contienen en la *buena Razon*, mas bien le sirven de luz que le guie, que de cadenas que le opriman. Que el mundo se abra-

se en guerras, ó que se revuelvan los Estados, todo le importa poco; porque su trabajo le sustenta, le quita los cuidados, le ocupa y le divierte ; y así la noche le es agradable por su reposo y descanso, y pasa con gusto el dia en su inocente ocupacion. Quantos son los hijos que tiene, con otros tantos criados cuenta, siendo en su familia amado como padre, y respetado como Soberano. No habiendo vicios no hay fomento de discordias; y así tiene en la paz sus delicias, y su mas gustoso deleyte. Como nadie le envidia, no tiene enemigos, porque no ofendiendo á ninguno no hay quien de él se queje. No saben á su casa la desgracia, ni la fortuna : todo lo tiene en lo poco con que se contenta; y satisfecho con lo que posee, pasa alegre los dias de la vida, y recibe con la misma alegría la muerte : todo esto lo disfruta con ménos violencias, y mas heroycidad que aquellos hombres famosos, á quienes celebra la fama.

31. Esta es la grandeza que yo apetezco, y de estos deseos no me quisiera curar. Pretended con esta ambicion, amigo, y sereis mas glorioso y feliz que con todo quanto habeis deseado hasta ahora. Yo os confieso, que viví muchos años con ideas muy diferentes, y aun dudo que haya mortal que desease la fama y gloria del mundo mas que yo: el Conde sabe algunas particularidades de mi vida que confirman esta verdad. La gloria militar era una divinidad para mí; de tal modo, que en viéndola á lo lejos, corria con los brazos abiertos á abrazarla, y no apartando mis ojos de su aparente luz, caminaba yo precipitado, sin reparar en barrancos, en despeñaderos, ni en ningun otro peligro. Mas quando ya estaba cerca, y queria estrecharla en mis brazos, me hallaba burlado, y conocia que la tal divinidad era una nube sin substancia, una ilusion, un sueño, y una quimera en todas las cosas que yo me prometia como bienes, y solo veía

la realidad en los males que me causaban. Pero al fin volví sobre mí, conocí mi yerro, y mudé de concepto y de sistema.

32. Aunque confieso, replicó Aymar, que es la pura verdad lo que decis, mi corazon rebelde al entendimiento, halla en la fama tan dulce atractivo que no le puede resistir. ¿Qué gloria no tendrán esos héroes, que supieron dexar á la posteridad una fama de su nombre, que jamas ha de perecer? La fama por qualquier camino que sea hace inmortal al hombre, y el Ser inmortal, es atributo de Dios. La fama es el modo mas noble de burlarse de la muerte, y de triunfar del imperio insuperable de los tiempos. ¿Quándo se olvidará el mundo de un Alexandro y otros Conquistadores? ¿De un Anibal, y otros famosos Capitanes? ¿De un Caton, un Demóstenes, un Ciceron, un Homero, y de otros ingenios admirables, que consiguiéron inmortalizarse en el mundo por su sabiduría y eloqüencia? A esto, pues,

aspira mi corazon, y el no poderlo alcanzar, es la causa de su mas cruel tormento.

33. Filosofemos un poco, dixo Miseno. ¿Quándo gozaron esos hombres esa indecible felicidad á que llegaron con la fama? ¿Ahora, ó quando vivian? Ahora, respondió Aymar; y Miseno le replicó: sin duda teneis correo para enviarles adonde ahora están la noticia de lo que pasa en el mundo con la fama de su nombre. No hablemos, amigo, como el vulgo, que se gobierna por ideas vagas y confusas: exâminemos bien lo que hemos de decir. El punto de la muerte separa con infinita distancia los que viven de los que ya murieron; y así esos héroes paganos, ya difuntos, no pueden tener allá noticia alguna de nosotros. No llegan á sus oidos nuestras alabanzas, ni los vituperios que contra ellos se dicen: así los elogios como los vituperios son como piedras, que arrojadas con las manos de los niños no pueden atravesar el infinito espacio, y ca-

yendo en medio del inmenso lago que nos separa, en él se pierden.

34. Mas diré: quando estas noticias llegáran á, donde están, ¿os parece que serian sensibles á esas honras ó vituperios? ¡Mucho os engañais, amigo! Porque en la region en que habitan han mudado de naturaleza. ¿Qué se os daria de que los negros del Monomotapa, situados en las últimas extremidades de la África, os disparasen sus venenosas flechas, ó de que os hiciesen reverentes cortesías? Despues de la muerte ó somos felices ó desgraciados: si yo soy feliz y me veo inundado de aquel soberano gozo, á donde me llevó la mano del Omnipotente, ¿cómo podré ser sensible á lo que digan quatro locos, que dexé cerrados en esta obscura carcel de la ignorancia, que llamamos *Mundo*? Pero si soy desgraciado, ni los elogios de los hombres podrán mitigar mi pena; ni sus vituperios serán capaces de aumentarla. Tan pequeños parecerán á mi vista esos grandes objetos, que

en nada aumentarán ó disminuirán mi infelicidad, así como con una conchita llena de agua en nada sube ni baxa la del Mediterráneo. Amigos, si acaso me engaña esta filosofia, hacedme ver el engaño, y quedaré sumamente agradecido.

35. Suspenso quedó el Embaxador, y qual generoso caballero que iba valiente y armado á acometer á su contrario, pero atravesado de una saeta enemiga, cae de repente, y se queda inmoble como un tronco; así le sucedió á él: no se atrevió á resistir y se confesó vencido. No obstante, el Conde (en cuyo pecho, destinado á las proezas de la guerra, hervia el ardor militar) salió impaciente á defender la causa que Aymar habia abandonado, quejándose de que así se quitaba del mundo el incentivo mas noble y poderoso que puede mover á un hombre de bien. Si nos haceis insensibles, dixo, á la buena ó mala reputacion despues de la muerte, arruinais la basa de las acciones heroycas, destruis el móvil ocul-

to en los corazones bien nacidos, y quereis que el mundo se revuelva sobre el vil exe del interes, que solo es propio de almas de tierra, nacidas en el lodo. Esto lo decia el Conde con demasiada viveza, y de un modo que degeneraba algo en desprecio. Miseno, con tono noble, y lleno de autoridad, le dixo para reprimirle:

36. ¿Con quién hablais?... Bien sabeis que no me es extraño el lenguage de la honra, y que con las máxîmas de la filosofia no ha perdido mi corazon las que debe seguir un hombre honrado. Notáron Aymar y Helena que el Conde se habia puesto encarnado: que sus ojos se confundian de vergüenza, y que se habia quedado sin palabras. Pos este efecto creyéron que la persona de Miseno era de mayor autoridad, aunque ignoraban la nobleza de su nacimiento. Neucasis por el contrario, extrañando el tono de Miseno, procuraba estimular quanto podia el corazon del Conde á que sacudiese el yugo insoportable de

una compañía tan severa. Pero Miseno volviendo á tomar el tono de conversacion amigable, continuó diciendo: lo que yo pretendo es desterrar de los corazones nobles el miedo de las fantasmas, y plantar en ellos la estimacion de lo que tiene solidez y realidad. Hago, y debo hacer, grande distincion entre el *mérito* y la *fama*, que aunque son dos cosas muy diversas, una veces andan juntas, y otras encontradas. Vemos, tal vez, sin fama alguna, y retirado en un rincon del mundo, un grande mérito, una virtud bien probada, y unas prendas sólidamente heroycas; y vemos por otra parte que un viento favorable, una casualidad, ó un movimiento oportuno basta para levantar hasta las nubes cosas muy ligeras y despreciables, que como las cometas de los niños, puestas cerca del Sol brillan con luz prestada, y parecen planetas de naturaleza superior á la de los demas cuerpos de la tierra. ¿No es esto así? ¿No sucede esto con freqüen-

cia? Hijo mio, el hombre de bien en todo ha de buscar el *mérito*, y no hacer caso de la *fama*. Yo debo procurar merecer la estimacion de los que juzgan bien, de los que juzgan como Dios juzga, sin hacer caso de que los necios, que viven al uso del mundo, me den ó me nieguen sus elogios. Así en vida como en muerte, á donde yo vaya me acompañan los méritos, y estos son los que me honran, y me hacen estimable; pero la opinion de los necios que juzgan á ciegas, y por la voz del vulgo, ó por la de la pasion ó del capricho, quédese donde quiera, que yo voy adelante sin depender de ella. Si Dios me estima, si el Entendimiento supremo aprueba mis acciones, si el Príncipe Soberano me alaba desde aquel eterno trono, y los hombres de buen juicio confirman sus alabanzas, ¿qué se me dará á mí de lo que digan los despreciables lacayos, que andan lidiando con brutos, y viviendo como ellos con el corazon lleno de inmundicia, y las

las manos de lodo, aunque en lo exterior lleven brillantes plumages llenos de la loca vanidad de la plebe? ¿Qué me importa que estos me alaben ó vituperen, si me estima el Príncipe Soberano?

37. Ya ves, hijo mio, que se puede despreciar la *Fama*, y al mismo tiempo tener noble corazon, obrar acciones heroycas, y sentir un valor grande para entrar en las empresas mas difíciles. De este modo me mueve el *Amor propio* á merecer la estimacion, la gloria y la grandeza, y me enseña á buscarla por el camino mas sólido y mas seguro, no haciendo caso de la *Fama*, por ver que ésta se adquiere muchas veces sin mérito, y se pierde sin culpa.

38. Ya no pudo el Conde resistir, y confesó que la mala inteligencia de su doctrina le habia hecho dudar; pero que ya la conocia por la mas sólida y verdadera. De este modo quedaban remediadas con el *Amor propio* las dos pasiones del *Amor* y la *Ambicion*. Fal-

taba el *Interes*, que era la tercera, y pertenecia á Neucasis, segun la distribucion que hizo la Embaxatriz. Y así habló Neucasis de este modo:

39. Nuestra nacion está notada de ser mas interesada que las otras: no sé yo si la diferencia está en el deseo ó en la astucia de poder salir bien de esta comun empresa. El juicio fino que el clima nos da, ó tal vez la necesidad que proviene del terreno ingrato, nos habrá hecho mas aplicados á esta importante ciencia, y por esto nos dan en rostro los demas con un defecto, que quisieran ellos tener como prenda; pero pasemos adelante.

40. La fama y reputacion, de qualquier modo que se considere, siempre es viento: su concepto desaparece facilmente como el humo, y nunca podremos apoyarnos en él. Pero las riquezas son un bien real y verdadero, que se palpa con la mano. Si sois rico, ya sois feliz en este mundo; ya teneis quanto podeis desear. Si sois rico, al punto

sois noble, valiente, hombre de bien, entendido y juicioso, aunque nada de esto seais. Llevad un vestido precioso, traed bien provisto el bolsillo para vaciarle con juicio: brillad con diamantes y esmeraldas, y en qualquiera parte que entreis os darán el primer lugar. Quanto digais parecerá dicho con juicio: una sonrisa vuestra será una sentencia prudente: vuestro silencio se tendrá por madura reflexîon: el ayre altivo por una nobleza de corazon que desprecia todo lo que es vil y rastrero. Con la llave de oro todas las puertas se abren: con las cadenas de este metal resplandeciente prendereis y atareis á la fortuna. Tendreis mil defectos que en un pobre se mirarian como horrendos delitos; pero en vos deben mirarse de otro modo, y como calidades de caballero y decencia de vuestro estado. Si sois pobre, ya sois vil, importuno y despreciable: vuestro mérito nada vale, vuestra filosofia es estoicidad extravagante, y vuestro silencio ignorancia.

Siendo pobre, y con defectos, sois tan horrible que no bastará vuestra sangre á purificar la mas leve culpa; pero siendo rico, siempre quedareis superior á las leyes que traen á la plebe oprimida y arrastrada. La ley comun os exceptúa de tal modo, que podreis libremente hacer con los otros lo que si alguno con vos executase, seria intolerable insolencia. No hay duda que las leyes de Dios os comprehenden, aunque seais rico; pero nadie se atreverá á molestaros para que las deis cumplimiento. En una palabra, Señores, en teniendo riquezas tendreis quanto quisiereis.

41. Todo lo tendréis, dixo Miseno, menos la virtud y la felicidad verdadera. Amigo, quanto decis es la pura verdad, y el que no tiene visto todo eso, muy poco conoce al mundo; pero yo os aseguro, que si os dexais llevar del amor de las riquezas y del deseo insaciable de adquirirlas, nunca sereis verdaderamente feliz, y que vuestro corazon gemirá como un esclavo

vil oprimido y aherrojado; porque las cadenas de oro no oprimen menos que las de hierro, sino mas; por ser metal mas pesado (1). El corazon humano por su natural rectitud siempre apunta á la virtud y á la justicia, como la aguja al Norte; pero si le acercais el metal estimado, titubea, se inquieta y vuelve á la parte opuesta (2). ¿Qué balanza no perderá el equilibrio, si la ponen en una parte el oro?

42. Si hubieramos de creer en encantos, diria yo que este hermoso metal tiene poder para encantar el corazon del hombre. Es cosa increible, pero verdadera: nos hacen una seña con oro allá desde la otra parte de los mares: nos dice la fama que le vieron en los úl-

(1) El oro es el metal mas pesado: solamente le excede la platina; pero tomando igual volúmen de oro, de plomo y de azogue, si el plomo pesáre once onzas, el azogue pesará trece, y el oro diez y nueve.

(2) La aguja de marear mira al Norte; pero si la presentan hierro se vuelve á éste dexando el Norte.

timos términos de Arabia, ó en Africa en las regiones distantes que domina el Sol en el emisferio del Sur del otro lado de la linea (1); y veis aquí que los corazones que se hallan acá en Europa, se inquietan, se alborozan, y se olvidan de sí mismos: ponen en el oro los ojos, y apénas le ven resplandecer tan á lo lejos, quando se arrojan al mar, y luchando con los vientos, con las olas y la muerte, quando debaxo, y quando encima, ya nadando, y ya casi sumergidos; si por último salen, siempre van adelante por ver si pueden poner la mano sobre él. Á su vista se pierden sus compañeros: navíos, cuerpos y bienes, todo se lo sorbe el formidable dragon del Océano: nada de esto los acobarda; porque van buscando el

(1) No se habla aquí de las Américas; porque nò estaban descubiertas á los principios del siglo XIII. en el que se supone esta conversacion; y solo se tuvo noticia de las Américas quando Christóval Colón las halló en 1492.

oro. Pregunto, ¿no es este encanto?

43. Mas diré: supongamos que teneis un pariente con quien la sangre y casamientos os une con íntimo enlace; ó que os habeis empeñado con alguno en la mayor amistad, porque las prendas y gracias del alma y cuerpo os cautivaron de tal modo que sois dos almas unidas ó un corazon dividido, que os aníma con un mismo querer. No podemos desear mas dulce union; pero guardaos de que el oro os toque, ó de que este precioso metal se ponga por medio entre los dos, porque él será la manzana de la discordia, y un ódio interminable fomentará los pleytos mas reñidos: entónces todas las prendas que antes parecian tan estimables, se convertirán de repente en tan horrendos vicios, que solo con la muerte cesará la disension; pues en oponiéndose los intereses ya no hay ley, razon, mérito ni empeño que puedan volver á uniros. Pregunto, ¿no es esto encanto?

44. El hombre, á quien no

ocupan los intereses, ya tiene andado casi todo el camino para ser hombre de bien: poco le puede faltar pára ser enteramente feliz; porque no le inquietan los deseos, no le afligen întigras, no le despedazan remordimientos, ni le perturban las pasiones. Llevando en una mano la ley, y en otra la honra camina siempre derecho con la estimacion de los hombres, y la bendicion de Dios: los buenos le aman, los perversos le respetan, y le alaban todos. Mira bien, Neucasis, si aquel que se ama á sí mismo como debe, y busca su verdadera comodidad hará muy bien en resistir al ansià de adquirir riquezas.

45. No se dió por convencido Neucasis; pero Helena confesó ingenuamente que hasta entonces habia vivido engañada con la idea que tenia formada del *Amor propio.* Siempre, dixo, tuve yo á esta pasion por el hijo amimado de nuestra alma, y que por esto tenia en la indigna condescendencia materna una muy mala y viciosa educa-

cion ; y que así, viviendo siempre en brazos de los criados, que son los sentidos, solo se sustentaba de deleytes, solo respiraba vanidad, y no tenia otro empleo que los pecados. Pero este mismo *Amor propio*, como nos le pinta Miseno, tiene muy noble educacion, vive en los brazos de la *Razon*, y tiene alianza intrínseca con la *Honra* y la *Virtud* : respira sus alientos, aprende su lengua, estudia sus principios, y no da un paso que no sea dirigido por sus importantes máximas. Ahora conozco que este es el punto en que han naufragado muchos filósofos, que nos señalan pòr regla el *Amor propio* ; mas es un amor propio desordenado y sin juicio. Pero Miseno nos enseña á huir del peligro, dándonos por regla un *Amor propio* ordenado, racional y verdadero. Confesemos pues, Aymar, que podemos sacar grande utilidad de nuestras pasiones, si las domina la *Razon*. En esta y otras reflexiones pasaron la mayor parte del dia en útil y amena conversa-

cion, navegando con viento favorable y continuado; pero no duró mucho este sosiego.



EL FELIZ.

LIBRO DÉCIMOOCTAVO.

SUMARIO

DEL LIBRO DECIMOOCTAVO.

Consejo de las Furias infernales. Sale el Error *acompañado del* Amor, *la* Gloria *humana y el* Interes *á triunfar de Miseno. El* Engaño *encierra los vientos, y mueve la codicia con una multitud de tortugas que rodeáron la nave, y salen en la lancha á pescarlas Helena, el Conde y Neucasis. Conversacion política del Embaxador con Miseno, en la que le convida con el empleo de Consejero supremo de la Reyna de Jerusalen, y Miseno no le admite. Suelta el* Engaño *los vientos, sobreviene la noche, y pierden de vista la lancha. La* Desesperacion *clava una saeta en el corazon del Embaxador, y empieza este á blasfemar; pero el héroe le convence. Va la nave á dar en la costa de Nicea. Los de la lancha avistan un navío turco, que los acoge y lleva á Smirna. El Conde, teniendo por muertos á los compañeros, aspira á casarse con la Reyna de Jerusalen. Procura Miseno saber de los que iban en la lancha, y no teniendo noticia alguna, se aflige el Embaxador y pierde la esperanza de ver á su esposa. El dia siguiente tienen órden de presentarse á los Emperadores de Niceu, y observan señales de desconfianza.*





Entran en la lancha para pescar, sobreviene tormenta y se pierde el navio.

J. G. Navia sc.

LIBRO XVIII.

1. Arrepentidas estaban las Furias infernales, al ver quan mal habian dispuesto su estratagema, sin haber podido separar á Miseno del Conde: se mostraba muy descontenta la *Envidia*, viendo malogradas las semillas, que por medio de Neucasis habia echado en el corazon del Conde. Todas se lamentaban de ver que la verdadera filosofia iba cada vez triunfando mas de los vicios, y la *buena Razon* de las pasiones; de tal modo que el reyno de las virtudes se establecia cada vez con mas fuertes cimientos. Se lamentaba de que ya no solamente el Conde y su hermana Sofía, sino tambien el Embaxador y Helena aplaudian á Miseno; y temian que en breve tiempo Neucasis, y toda la tripulacion aprobarian sus máxîmas: ya estaban previendo á lo lejos la grande ruina

que con tales principios amenazaba á su imperio. Con esto el Príncipe de las tinieblas, concibió una ira tan desesperada, que no era dueño de sus movimientos, y dando tres formidables ahullidos, amedrentó á todas las regiones infernales. Estaba irritado de ver lo mal que las Furias habian cumplido con sus empeños, y dándolas en rostro con su ignorancia y flaqueza, se levantó furioso del trono, y quiso salir en persona á executar la empresa, que es una cosa que se ha visto muy raras veces en aquellos infernales calabozos. Temblaron con la novedad todas las cavernas subterráneas, se estremeciéron las rocas, se heló medroso el rio Cocito aterrado con el nunca visto horror de aquel Soberano enfurecido. Se presentaron mértulos todos los dragones infernales: llegaron en un momento quantas Furias vagaban dispersas por la superficie de la tierra, y entre ellas asistiéron las que alborotaban los

mares, y levantaban las tormentas: toda la tierra quedó en calma miéntras los calabozos infernales estaban llenos de monstruos, que sin saber el fin de su concurrencia se ofrecian prontos á arruinar si fuera posible el mundo entero por aplacar la cólera de Belcebú. En esto que vino el espíritu del *Error* acompañado de tres Furias poderosas que se consideraban mas heridas de la lengua de Miseno: estas eran las que inspiran á los mortales el desordenado *Amor*, la *Ambicion de gloria*, y el *Interes*. Se presentó el *Error* lleno de audacia delante de su Príncipe, y dixo así:

2. Repetidas veces he intentado, Señor, la conquista á qué estaba destinado, y no he salido bien de ella por ser muy débiles mis fuerzas para luchar contra la Sabiduría suprema que protege á este hombre terrible. Mas ya que tan grandes ultrages ha hecho á mí, y á estas tres compañeras, debemos tentar de nuevo la empresa, y hacer los últimos esfuerzos por vuestro

respeto y nuestra honra, en órden á perder del todo á estos hombres, ó á lo menos separarlos para siempre. Si nuestras fuerzas no lo consiguen, entónces podeis empeñar vuestra persona; pero es cosa indigna que un enemigo tan flaco obligue á salir de su corte infernal al Príncipe de las tinieblas. Yo quiero ser víctima de todo vuestro furor si volviere á estas mazmorras sin dexarlos separados ó perdidos: solo pido tres dias de tiempo, y llevar por auxîliares á estas tres compañeras, con las demas Furias que cada una manda como á subalternas. Esta arenga sosegó el furor del Príncipe infernal, que ya advirtió ser indigno de su persona un combate tan pequeño; y así mandó que executasen sin detencion lo que prometian.

3. Al punto fué el *Amor* lascivo á templar sus saetas en el veneno mortífero de Cupido: el *Interes* preparó reynos y riquezas imaginarias: la *Ambicion* planes bellísimos de admirables conquistas: to-

do con el fin de alucinar el corazon y las ideas del Conde, de Miseno, de Helena, y de quantos pudiesen contribuir á la empresa. Ya entónces habian pasado los navegantes el estrecho de Constantinopla, y estaba todo el mar de *Marmora* tan quieto y sosegado que parecia un espejo de cristal. Avistaban, aunque á lo léjos, las montañas de Calcedonia, y las de Nicomedia; pero nada adelantaban, porque los vientos habian dexado aquellos mares en perfecta calma. El mismo espíritu del *Engaño*, que tenia todos los vientos presos en los abismos, hizo que del Mediterráneo pasase multitud de grandes tortugas, que nadando al rededor del navío convidaban á los pasageros á la mas gustosa pesca, por ser infinito su número, y extraordinario su tamaño. Neucasis, herido del deseo del *Interes*, se resolvió á entrar en la lancha con la mayor parte de la tripulacion para lograr aquel lance que le ofrecia mucho lucro. Estaba la nave tan inmoble,

como si fuese un edificio fundado en las rocas mas firmes. No habia en el Cielo una nube que diese esperanzas del menor viento: hervia el capitan en codicia, y echando la lancha al mar, baxó á pescar convidando al Conde y á Helena, los que no dudáron condescender movidos de la novedad.

4. Se quedáron en el navío Miseno y el Embaxador con muy pocos marineros, y desde las ventanas de la cámara de popa observaban la pesca, que era muy divertida; pero cansados de ver siempre lo mismo en repetidos lances, se retiráron á discurrir y conversar sobre los movimientos de Palestina, y las qualidades de los nuevos Reyes que la habian de conquistar ó perder. Mucho rezelo yo (decia el Embaxador) de la poca experiencia del Conde de Briena, y de la ligereza de una Reyna lisongeada con la multitud de pretendientes, y la vanidad de su rara hermosura; pero aun temo mas de las intrigas de los Príncipes La-

tinos. El Conde de Moravia va á militar por su cuñado el Rey de Ungría ; y no dudo que su valor le distinguirá, porque todos sus deseos son de adquirir fama. Vos que vais á acompañarle sin ánimo de teñir la espada, podreis militar con mayor honra vuestra, y utilidad de estos Estados, si aceptais el empleo que felizmente os ofrece la ocasion. Yo tengo la incumbencia de la Reyna para buscar en toda Europa algun varon de juicio político y maduro que pueda estar á su lado en calidad de padre y consejero supremo: no quiere dar á un esposo, que no tiene conocido, el absoluto gobierno de sus Estados; porque solo le quisiera como compañero, y no como dueño de una corona que la Providencia puso sobre su cabeza por sucesos no esperados.

5. En todos los Príncipes que militan, ó tienen Estados en la Palestina, se advierten poderosas circunstancias para que no ocupen empleo tan importante ; pues siem-

pre los propios intereses de los consejeros ciegan para no ver los de la corona: por esto teme la Reyna, y desconfia del mas importante consejo como si fuera un engaño. No quise yo escoger este sugeto en Francia, porque el espíritu de esta nacion seguiria el partido del Rey, y aquí necesitamos de un hombre que no solo sea inteligente y experimentado, sino tambien, como vos, imparcial. Teneis conocimiento de las Cortes y sus intrigas: conoceis el corazon humano, y la malicia y astucia de los áulicos: no ignorais los secretos de la guerra, ni de los Gabinetes: Marte y Minerva os son igualmente familiares: por último, no pretendeis gloria sino mérito; y así sois el mas digno que puedo hallar para este ministerio. Ved pues si quereis dar á vuestras fatigas este honrado descanso, y tan digno fin á vuestros dias.

6. La Fortuna (segun me ha dicho el Conde) os ha perseguido siempre; pero al fin arrepentida de

tantas injusticias quiere tributar vasallage á vuestros méritos. Si aceptais, alabaremos todos á la Providencia, porque con vos nos dará la paz, la armonía, y la seguridad de estos Estados, los quales mas se han perdido por desunion de los Príncipes Latinos, que por las armas de los Turcos y Sarracenos. Yo por mi parte os prometo que hallareis en la Reyna una suma docilidad, un deseo sincero del bien, y una constancia sin obstinacion en executar vuestros consejos. Ved si os conviene esta propuesta que os hago con todo secreto; porque entónces podré sin la menor detencion retirarme á San Juan de Acre. Si el tiempo me permite llegar á qualquier puerto, tomaré el camino por tierra con el fin de ir quanto ántes á prevenir á la Reyna la completa satisfaccion de sus deseos, para que así, quando vos y el Conde de Moravia llegueis, os reciban con distincion, y se disponga todo lo conveniente para la llegada del nuevo Rey, la que se verificará muy presto.

7. Oyó Miseno la propuesta tan no esperada, y respondió: amigo, si consulto la ley de la razon, que es la regla de las acciones justas, no puedo aceptar el empleo que con tanto honor me ofreceis; porque seria buscar mi mayor mal, al mismo tiempo que solamente aspiro á mi verdadera felicidad. Sé muy bien por experiencia qué especie de vapores es la que reyna al rededor de los tronos. Por una filosofia nueva y extravagante, quanto mas altos estan, tanto mas turbios son los ayres que se respiran, y mas cargados estan de vapores muy gruesos: allí la atmósfera es mas maligna, á proporcion que mas se eleva. Apénas entra un hombre de juicio sano y de recto corazon en esa region contagiosa, quando una ligera niebla empieza á difundirse por su entendimiento, y se le ofusca de tal modo que ya no ve las cosas como ántes: en tanto grado, que lo mismo que le parecia muy feo y enorme, pasadas algunas conversaciones pierde mucho

de su horror, pocos dias despues ya es indiferente, y con el tiempo llega á parecerle útil y en cierto modo laudable. En palacio la palabra *no* es de una pronunciacion muy difícil hablando con los Soberanos: no sé que tiene que no cabe por la garganta; y quando mas, se dice con miedo y con voz tan baxa que nadie la oye. Lo mas es que no se aflige el alma por esta especie de mudez; porque aunque siente un género de letargo, es un letargo suavísimo como el del sueño, en el que os dexais llevar con gusto á donde quieran, sin resolucion para resistir, y sin exâminar si el camino es derecho y seguro. Allí os encantan las armoniosas sirenas de las lisonjas; y como se han entorpecido las facultades del alma, gustais de vuestra misma enfermedad, hasta llegar á temer que se desvanezca el contagio que os priva del uso de los sentidos, y os hace perder el de la razon y libertad. No, amigo mio: ahora que me veo fuera, soy como un cami-

nante que desde lo alto de los montes descubre á lo léjos los valles llenos del humo y vapores que no advierten los que viven sumergidos en ellos. Estimo yo mucho los dones de Dios, y no quiero perder mi *Razon* ni mi *Libertad*, las que sin duda perderia por mi eleccion si aceptara el favor con que me lisongeais.

8. En todo quanto decis, respondió el Embaxador, hablais con mucha razon; pero la misma razon os condena. Conoceis los peligros de los que asisten á los Soberanos, ¿y quereis que ocupen esos puestos los que no los conocen? Si la experiencia os ha hecho ver dónde está el lazo, vos sois el único que debiera pasar por ese camino, pues le podeis evitar. ¿Quereis que la Reyna en tan confusa noche como la de esta region, se confie á quien no sabe los peligros de la jornada, teniendo en vos un hombre á quien el Cielo se los ha hecho patentes? Los peligros dexan de serlo para el que está preveni-

do; y pues los conoceis tan claramente, bien podeis acometerlos con valor. Esa misma generosidad con que despreciais lo que otros tanto desean, es una prueba evidente de que Dios os ha dado, para evitar los riesgos de las Cortes, luces mas claras que las de los demas mortales: si os gobernais pues por la razon no os será lícito negar esas luces á una Princesa, que colocada en el trono se ve sin experiencia entre los mayores precipicios, y que expuesta á caer en ellos os pide que la dirijais por el buen camino para salir á salvo. ¿Qué disculpa dareis en el pais de la verdad quando os den en rostro con los daños que sin duda resultarán de que el Gobierno caiga en un corazon apasionado, ojos ciegos, y juicio pervertido? Reflexîonad, Miseno, sobre el bien público que á todo hombre interesa, y no querais sacrificarle á vuestro particular descanso.

9. Alabo la sinceridad de vuestro zelo, dixo Miseno: cada vez

os estimo mas porque os conozco mejor; y por la misma razon me confirmo en lo que he dicho: quanto mas lo reflexîono, mas motivos descubro para creer que seria en mí temeridad admitir ese empleo. Yo no soy de diferente especie que los demas hombres: todos tienen luces quando se hallan fuera del laberinto; pero en él todos son ciegos, y yo lo seré como los otros. ¿Podré yo presumir que Dios quando me crió separó para mí alguna porcion de masa que no entró en la corrupcion general del mundo? Miéntras yo esté fuera, pensaré muy bien, veré todos los peligros, detestaré los yerros, y remediaré los desórdenes; pero metido en el centro del encanto, me alucinaré como los otros. Sabed, amigo, que el hombre, puesto en diferente fortuna, no suele ser el mismo hombre; porque quando varía su fortuna, muda en cierto modo de naturaleza.

10. El arroyuelo que se acomoda á la estrecha madre que la na-

naturaleza le destinó, sigue pacífico su camino; pero si las copiosas lluvias le aumentan, ya no es el que era: entónces, viéndose rio caudaloso, no contento con el espacio que ocupaba, rompe soberbio los diques, inunda los campos, destruye los sembrados, arrebata los ganados, arruina los edificios, y con una furia indómita, ó le levanta la vanidad á ser espuma, ó él se precipita desesperado. Esta es la imágen del hombre, y el retrato de lo que yo fuí en mis Estados, y lo que naturalmente seria en ese empleo. No me tientan ni la riqueza ni la abundancia: mas quiero una escasa medianía, que esa famosa opulencia. ¿ Para qué pues me servirá perder la paz, y el bien que poseo en el seno de mi *Razon* y de mi *Libertad*?

11. Haced bien el cálculo, amigo mio: de todo quanto tiene un hombre colocado en ese lugar eminente y escabroso, sacando lo preciso para su vestido y sustento (lo que á la verdad es muy poco) to-

do lo demas, de qualquier modo que conteis, es para otros; pero las incomodidades, los sustos, la falta de sueño, la murmuracion del público, el peligro del alma y de la honra, es solo para el infeliz que está en la eminencia, expuesto á los tiros, á las tempestades, y á las malignas observaciones. Lo que nos queda en limpio es, que todas las fatigas anexas á ese elevado lugar son para mí, y solo para mí; pero las riquezas y utilidades serán para otros. Declaro pues que no quiero entrar en un juego en que la ganancia sea toda para los demas, y las pérdidas todas para mí.

12. En este tiempo sintiéron que se movia el navío, porque se habia levantado viento; y queriendo ver lo que hacian sus compañeros en la lancha, ya no los pudieron alcanzar con la vista: la brisa, que se iba levantando poco á poco, hallando al navío con todas las velas desplegadas, y adormecidos por la enfadosa calma los pocos marineros que habian quedado, le

puso en movimiento, sin que lo percibiesen los que en él estaban. Los de la lancha engolfados en el gusto de la pesca, seguian ya por una parte, ya por otra, el rumbo que llevaban las tortugas, á las que el espíritu del *Engaño* guiaba del modo mas conveniente para alejarlos de la embarcacion; y así, quando lo advirtiéron ya no se oian sus clamores con la grande distancia, ni podian con los remos alcanzarla. A los gritos del Embaxador y de Miseno acudió el piloto; mas no teniendo bastante gente para recoger velas, y maniobrar como debia, era preciso que siguiese la nave aquel viento que se habia declarado furioso. Sobrevino la noche, cubriendo con su negro manto toda la tierra: la hacian mas tenebrosa las nubes, quitando la vista de la nave de las estrellas y orizontes por donde Neucasis y los remeros se pudieran gobernar.

13. Aquí fué quando todas las Furias del abismo entráron en el navío y en la lancha, pareciendo

cada embarcacion un vivo infierno. Se daban ya por perdidos el Conde, Neucasis y Helena, viéndose de noche, y enmedio del mar, reducidos á una lancha, sin abrigo, sin agua, sin sustento, sin aguja y sin timon. En el navío se veia el piloto sin marineros, expuesto al cierto naufragio. Lamentaba el Embaxador la pérdida de su muger, soplaban los vientos, y se inquietaba el mar, crecia el peligro, y todos los males se aumentaban con la noche y la desesperacion. Neucasis vomitaba maldiciones desde la lancha contra el piloto, el Conde contra Miseno, y Helena contra su esposo; culpándolos á todos por la crueldad con que los dexaban perecer enmedio de las olas. No podian dar con la causa del suceso, y así el Conde maldecia mil veces la filosofía de Miseno, cuya doctrina extravagante podia ser el único principio de aquel desórden.

14. Todo lo conocia Miseno afligido con tantos males; y percibia muy bien que el Embaxador,

aunque disimulaba, le estaba acusando mudamente, por la conversacion con que le habia tenido tan suspenso, que no advirtió á tiempo que la nave se movia. Queria el Piloto volver á buscar la lancha, pero el viento era contrario. Los de la lancha en medio de las sombras, no sabian ácia donde remar, porque el espíritu del *Engaño* los hacia forzar los remos á la parte opuesta por un bulto falso que les pareció ser la nave. Andaban todos aturdidos en medio del mar; porque quando algun bulto les parecia ser la nave, de repente le perdian, y quando se desengañaban, veian por la parte contraria alguna sombra que de nuevo los engañaba. Se divertia el espíritu maligno burlándose de todos, y entretantò reynaban la *Ira* y la *Desesperacion*. Neucasis, cuya codicia habia sido el motivo de estos trabajos, culpaba al Conde de que por obsequiarle habia caido en aquel pensamiento. El Conde repelia las injurias con mayores excesos, sacando la espa-

da en la lancha, como si fuera campo de desafio: Helena se arrojaba en medio de ellos casi muerta para atajar la última ruina. Cansados ya de remar en vano, se echáron á descansar por consejo de la Embaxatriz, esperando que con la luz del dia avistarian la embarcacion, la que naturalmente habria tomado la vuelta para recogerlos. Quanto habían adelantado á fuerza de remos, los habia alejado mas del navío, el que engañado con el inconstante viento, quanto mas los buscaba se iba separando mas.

15. En este aprieto, Miseno se valió de las máximas de su filosofia, persuadiendo al Embaxador y al Piloto, que si no murmuraban de la suprema Providencia, toda aquella tribulacion pararia en bien: solo de los hombres, decia, viene el orígen del mal; pero quanto viene de la Providencia no puede ménos de ser algun bien. Mirad, amigos: el Ser infinito en sabiduría, bondad y poder, no puede producir el mal, y así si dispone la tribulacion

de los mortales, es preciso que sea para un bien mayor que la tribulacion: de lo contrario pecaria la Sabiduría de Dios, si ordenara el mal para algun bien que no mereciese un medio tan costoso. Quiera el Cielo que nuestros amigos tengan ánimo para sobrellevar este trabajo, y que no ofendan á la Suprema mano que nos aflige. Dios quiera que el Conde y Neucasis moderen sus pasiones, y no se vuelvan contra el Cielo; porque nunca debemos temer tanto como quando queremos llevar por mal al Todopoderoso, ó le ofendemos si nos castiga. Si un gusanillo de la tierra se vuelve ayrado para morder á un gigante, porque éste le toca levemente, ¿en qué parará la pendencia sino en verse debaxo de los pies muerto y aniquilado? Respetemos los consejos de Dios, y supliquémosle rendidos que nos conceda su auxîlio en este aprieto, pues si no se le concede á quien le adora, mucho menos podrá esperarle el que le insulta. Yo temo por

las pasiones del Conde.

16. El Embaxador, que revolvia en su corazon la idea del naufragio casi cierto de su esposa, animado con la exhortacion de Miseno, y adorando los secretos de Dios, le pedia humildemente el remedio. Miseno, olvidado de su propio peligro, solamente suspiraba por el socorro de los que estaban en la lancha á punto de perderse; pero tenia tal confianza en la Providencia, que parecia que estaba viendo con sus ojos todo quanto Dios ocultaba en el caos impenetrable de lo futuro.

17. Amaneció por último, y la hermosa Aurora jamas les habia parecido tan agradable. Estaba el mar sereno, el dia claro, el Cielo escombrado, y descubierto; pero quanto mas se alegraban á proporcion que la luz crecia, mas tristeza les causaba el no descubrir la lancha por ninguna parte. Como el viento habia llevado ácia el Oriente el navío, y los remeros habian remado á Poniente, estaban tan distantes que ni

desde el navío se veia la lancha, ni de ésta se avistaba la embarcacion. Salió el Sol, y se quedó admirado el Piloto al ver que habian entrado muy adelante en el golfo de Nicea, cosa que solo parecia creible dirigida por el espíritu maligno. Entónces advirtió, que engañado por la inconstancia del viento habia dexado la lancha muy atrás: queria maniobrar, y no tenia gente: queria salir del golfo, y el viento le era contrario, y quanto mas subia el Sol, mas crecia el viento. El mismo espíritu del *Engaño* que habia aprisionado los vientos para soltarlos oportunamente, ahora los envió todos á perseguir al navío con furia desesperada, hasta el completo naufragio. Por estar la nave casi sin marineros trabajaban Miseno y el Embaxador como si lo fueran; pero su trabajo era inútil, y sus acciones tardías, quando debian estar prontos sin perder un instante: á vista de esto abandonó el Piloto las velas al viento, dexando correr la

embarcacion, para dar en la costa, y salvar la vida.

18. Ya el Embaxador habia caido de ánimo, porque el espíritu del *Error*, disparándole una saeta envenenada, le hirió el entendimiento de tal modo que pasando en sus pensamientos los términos de la *Razon* y de la *Religion*, hablaba desesperado. En vano trabajaba Miseno por sosegarle; porque con ira y desprecio decia: ¿y qué se le dará á Dios de quatro viles insectos que agarrados á una paja andan acá navegando sobre las aguas del mar? ¿Qué somos nosotros mas que quatro hormigas comparados con todo el globo de la tierra? Este globo que para nosotros es inmenso, ¿qué nos pareceria visto desde el espacio interminable por donde andan los astros? Un Dios, que todo lo encierra en el puño de su mano, ¡quán superior es á todo lo criado, que desaparece como el humo, y aun la nada, delante del Ser supremo! ¿Y quereis que el entendimiento infinito esté acá ocupado

con nosotros, que somos quatro gusanos, y en su comparacion nos equivocamos con la *nada*? ¿No seria cosa ridícula pretender persuadirnos, que el Emperador de la China estaba afligido y asustado en lo alto de su trono, porque dos hormiguitas se hallaban en el Lago de Nankin en peligro de ahogarse? Pues todavía es mas increible que Dios cuide del peligro en que nosotros estamos (1). A esto fue añadiendo tales locuras y blasfemias, que Miseno lo extrañaba; pero quando sosegada la furia estuvo capaz de escuchar razones, le habló Miseno de este modo:

19. No penseis, amigo, que Dios tiene obligacion de hacer caso de nosotros por lo que somos; pero debe hacerle por ser en sí mismo quien es. ¿Creeis que su inteligencia se niega á aplicarse á

(1) Así discurren los impíos de nuestros tiempos, tan atrevidos que ni al mismo Dios perdonan con su loca filosofia.

bagatelas, por estar ocupada en mayores cuidados? Decidme pues, ¿se negará el Sol, alma de los Cielos, á iluminar una yerbecita del campo, por tener que enviar su luz á todos los globos de los planetas? Aun es mas imposible que la infinita inteligencia dexe de ver lo que pasa en el cóncavo de la roca mas oculta. ¿Acaso estorba á su entendimiento la multitud de negocios, y la continuacion de la fatiga, ó la confusion ofusca sus luces? Eso es fingir un Dios con todas las flaquezas del hombre, y modelar la idea del infinito Ser por nuestras imperfecciones y miserias. Si él quiso ser el autor de nuestra vida para hacernos hijos suyos, monstruosa seria la indiferencia con que nos abandonase á ser juguete del *Acaso*. ¿Podrá tener Dios gusto en vernos ir zozobrando entre los vayvenes de la fortuna? ¿Juzgais que nos sacó del abismo de la nada por solo el gusto pueril de burlarse de unas almas que hizo con tanto cui-

dado? Es imposible, Aymar, que vuestro juicio sosegado trague todos esos absurdos. Guardémonos pues de irritar su justicia con nuestra desconfianza ó murmuracion, y descansemos en su paternal Providencia; pues quanto Dios hace, lo hace por algun motivo que es justo, decente y digno del mismo Dios.

20. En este tiempo los marineros gritaron que veian *tierra*: era esta la costa de *Nicea*, que ahora llaman *Isnich* (1): el viento era á propósito; y el Piloto enderezó la proa á dar en la costa, salvándose por este medio todos con algun trabajo. Allí el Embaxador, dándose á conocer, sirvió de abrigo á Miseno y á los que le acompañaban.

21. Andaban al mismo tiempo

(1) El mar de Marmora tiene dos grandes golfos en la costa Oriental: el primero, contando por el Norte, termina en Nicea, célebre ciudad en otro tiempo, y famosa en los anales de la Iglesia, por los Concilios que en ella se celebraron: al presente se llama Isnich, y está muy arruinada.

los de la lancha boyando sobre las aguas desesperados y afligidos. No se guardaba órden, obediencia, respeto, ni cortesía. Neucasis desesperado contra los marineros, los ofendia con golpes y con injurias quando mas los necesitaba para salvar la vida; y ellos ofendidos no le guardaban la debida subordinacion. Qual le habla con insolencia, qual dexa el remo por no servir á un ingrato, y qual rema con desesperada fuerza, y por no ser sostenido de la parte contraria, pone la lancha á pique de volcarse. Las lágrimas de Helena, las injurias del Conde, la furia del Capitan y la grosería de los remeros, hacian dudar si seria ménos dura una muerte pronta, que la continuacion de aquella vida. Era la lancha el juguete de las ondas y del engaño: á cada momento creian ver el navío, y despues de muy fatigados conocian la ilusion, hasta que ya Helena persuadió al Conde, que pues faltaba el socor-

ro de las criaturas, le buscasen en el Criador: uno y otro hiciéron voto de ir á visitar los santos Lugares como peregrinos, si Dios les salvaba la vida: le repitió algunas máxîmas de las que habia oido á Miseno, y empezó á calmarse aquel corazon que hasta aquel punto estuvo en la mas extremada agitacion.

22. Iba apretando el hambre y la sed: por instantes se aumentaba la fatiga, porque remaban todos sin excepcion alguna. Los marineros como menos delicados empezáron á sustentarse con la carne fresca de las tortugas, remediando de este modo los dos males: lo mismo hicieron el Conde y Neucasis, y hasta Helena con el miedo de la muerte despreció tambien su natural delicadez. Jamas habian probado aquellos caballeros manjar mas sabroso, porque se le sazonaba el hambre y la necesidad. Pasaron así tres dias, y por momentos se iban sosegando sus ánimos con la esperanza cierta de que encontrarian tierra, pues navega-

ban siempre á Poniente, y sabian que estaban en el mar de Marmora, que por una parte concluye por el estrecho de Constantinopla, llamado antes *Bósforo de Tracia*; y por otra en el canal de los Dardanelos, y habian llegado á conocer que tenian en las tortugas el remedio para sustentar la vida, ya que no fuese para lisonjear al apetito.

23. Entonces reflexîonó el Conde la doctrina de Miseno; y conoció que habia sido todo castigo del Cielo, por lo que habia dicho contra el Ser supremo. Al amanecer del dia tercero vieron una nave, que tendidas las velas y viento en popa, venia de la parte del estrecho; y no contentos con esperarla, forzaban los remos con la mayor ansia y violencia. Corre el ligero galgo con velocidad quando ve distante la presa que apetece: vuela mas rápida la saeta despedida del fuerte encorvado arco; pero todavia iba mas veloz la lancha, saltando por encima de las olas á

cada impulso de los iguales remos.

24. Quando se vieron cerca de la nave, que se adelantaba hermosa y soberbia, no cabian en sí de contento; y aunque conocian que no era aquella su embarcacion, sino otra mayor que la suya, todos se consideraban ya á bordo, y se abrazaban mutuamente. En esto advirtiéron que la nave huia, y se retiraba de ellos. Era un navió de Turcos que venian de Trebisonda (1) á Smirna; y al ver aquella lancha en alta mar, por donde jamas habia navegado embarcacion semejante, los tuviéron por hombres apestados, arrojados de la comunicacion de las gentes, á quienes por el bien público habian condenado con menos barbaridad á una muerte cierta; y en esta suposicion se hacian á lo largo para no ser inficionados con su proxîmidad.

25. No cae tan de repente el

(1) Trebisonda es un puerto en el mar Negro en la costa del Sur, y pertenece al Asia menor.

alto cedro al golpe de un rayo, como çayó toda la esperanza de los naufragantes. Los remeros fuerzan los remos, clama Neucasis, llora Helena, y se desespera el Conde. Entonces tomó Neucasis una tortuga muy grande, y desde lejos se la mostró á los del navío: Helena arrancó del cuello las joyas, y las levantaba en la mano: el Conde les enseñaba un bolsillo. Los remeros, algunos dexando el remo, les ofrecian las tortugas de mayor tamaño: los del navío se quedáron absortos, no pudiendo concordar aquellas acciones con la idea que habian formado; y así se pusieron á la capa, para que llegasen á parlamentar. Como la aguja va con ímpetu al verse cerca del iman, así la lancha se llegó al navío que magestuoso la esperaba. Helena, que sabia la lengua, les informó del suceso, però ocultando su destino; porque los Turcos no daban socorro á los que iban á militar en Palestina: sola-

mente les dixo que iban como pasageros en un navío Veneciano, comprobando esto mismo el Capitan y los marineros que clamaban en Italiano, diciendo que por la codicia de las tortugas habian perdido su embarcacion. Se enterneció *Cara-osman*, que era el Capitan de la nave; y mandó recibirlos y tratarlos con la decencia y respeto que se debe á personas de distincion: á esto se siguió un pronto refresco, y todas las comodidades que el caso pedia.

26. *Cara-osman* reparaba en Helena, y advertia en ella un no sé qué de grande, que le persuadia ser persona de mayor esfera. Tambien el Conde daba á entender ser caballero, segun la gentil presencia, su hermoso talle y afabilidad. Disimulaba Helena quanto podia que era Señora de Cesarea, pues si lo supiesen, tal vez la harian prisionera, y pedirian por su libertad un quantioso rescate. Decíales que con su esposo

y aquel caballero pasaban á Venecia ; pero en todo lo demas no se apartaba de la verdad. Tres dias pasaron en esta conversacion reservada , y en un susto continuo de que los conociesen : al quarto dia avistaron tierra , y entraron en Smirna (1) , en donde agradeciendo al Capitan Turco la vida que les habia conservado , procuraron entre los extrangeros de aquella famosísima ciudad el remedio de sus trabajos.

27. Pasado el primer gusto de verse con vida, al punto les sobrevino la afliccion por los sucesos pasados. Lamentaba Helena la pérdida de su esposo , pues la parecia que precisamente un navío sin marineros debia haber pereci-

(1) Smirna está situada en la costa de la Turquía asiática en el Archipiélago. Es ciudad famosa por el comercio de' Franceses, Holandeses , Ingleses, Turcos y Griegos : está á corta distancia de Efeso , otra ciudad célebre en la antigüedad por el Templo de Diana , y despues por la predicacion del Apóstol San Juan.

do entre las olas, ó naufragado en los escollos. Neucasis, que habia sido el orígen de la infelicidad, no se atrevia á volver á la patria; y considerándose perdido, se unia con el Conde por ver si abrigado á su sombra remediaba su fortuna. El Conde se hallaba entre mil movimientos, unos de pena por la pérdida de sus compañeros y por las pasadas incomodidades: otros de gusto, por verse libre de Miseno: otros de esperanza de conseguir la gracia de Helena, y por su mediacion la de la Reyna de Jerusalen.

28. Sus ojos, su corazon y sus afectos, todo se dirigia á Helena; porque al mismo tiempo habian disparado sobre el corazon del Conde sus envenenadas saetas las tres Furias del infierno, que con el espíritu del *Error* habian tomado por su cuenta perderlos ó separarlos. A un mismo tiempo se sentia abrasar en *Amor* á Helena, en deseo de la *Gloria* de empuñar el cetro de Jerusalen, y por lo mé-

nos se prometia el *Interes* de verse Señor de Cesarea, pues ya el Embaxador estaria muerto. Así se hallaba dulcemente satisfecho con la esperanza de contentar su desenfrenada ambicion, pues jamas le habia parecido mas bien fundada. No obstante todo dependia de Helena.

29. El Embaxador es muerto (se decia el Conde á sí mismo): bien podrá Helena conseguirme el lugar del Conde de Briena. Mi cuñado el Rey de Ungría, mis vasallos de Moravia, y mil parientes que tengo ocupando los tronos pudieran autorizarme: ¿pues qué razon hay para que no intente yo lograr este lance? Ademas de que, si la naturaleza me ha dado una presencia gentil, y la Reyna sabrá mi real sangre, aun sin acudir al engaño podrá preferirme á un extrangero desconocido que no podrá competirme en dotes de naturaleza. Si Helena apoyase mis intentos, todo se conseguirá fácilmente; y si esta señora mira con

horror al engaño, no me negará la mano de esposa, y entraré en la posesion de sus Estados. Solo podrá detenerla que tengo mi esposa viva; pero yo esparciré la noticia de que ha muerto, y puede ser que no me engañe: de todos modos me conviene ganar el corazon de Helena, pues de ella depende todo.

30. Neucasis, que era el eco de la voz del Conde, favorecia á la misma idea, como que él la habia formado, y así de comun acuerdo disponian lazos para engañar á Helena, suponiendo la muerte de Aymar y la de la Condesa de Moravia, pues era fácil hacerla creible en una ciudad tan populosa como Smirna. Helena al contrario, procuraba adquirir noticias del Embaxador, pero gustosa con los obsequios del Conde (cuya idea maliciosa no advertia) dexaba aficionarse su corazon, que siempre se habia inclinado á él.

31. Por este mismo tiempo Miseno y el Embaxador hacian todo

lo posible por saber el destino de los que se habian embarcado en la lancha. Aunque todas las apariencias eran de haber perecido, daba Miseno esperanzas al Embaxador de que la Providencia los habia conservado: se acordó pues de que conocia al Emperador Teodoro Lascaris, que pocos años ántes se habia coronado en Nicea, quando los Latinos diéron á Balduino la corona de Constantinopla: este mismo Teodoro tenia por esposa á Ana, hija de Alexo, y nieta de Isaac Lange. Aymar sabiendo esto hizo tales instancias á Miseno que tuvo que descubrirse; y pidiendo audiencia, habló á la Emperatriz de este modo:

32. Señora: para mover un corazon noble y generoso, basta la simple narracion de las infelicidades de esta que llaman Fortuna. Nosotros somos dos pasageros, que navegabamos en un navío Veneciano, y despues de haber sido juguete de los vientos, de las olas y de las Furias del infierno, que nos

persiguen, tuvimos la felicidad no esperada de venir á Nicea, en donde gloriosamente reynais. La esperanza de hallar en vos proteccion y abrigo, no se funda solamente en la idea de que los Soberanos son unas imágenes de Dios, destinadas por su Providencia á ser los conductos de los favores que el Cielo dispensa á los inocentes; tambien se funda mi esperanza en el conocimiento que tengo de los Príncipes de vuestra familia, de quienes recibisteis la sangre y el cetro. Yo tuve el honor de conocer á vuestro padre Alexo, y de acompañarle en la Silesia: tuve el gusto de promover con mis persuasiones á los caballeros de la Cruzada, á que viniesen sobre Constantinopla para dar libertar á Isaac, vuestro abuelo, y colocar á vuestro padre en el trono. Estos servicios me procuráron la honra de acompañar al Emperador Isaac Lange en la tribulacion de las prisiones; y subiendo él al trono, yo me quedé en la cárcel. En aquel

tiempo conocí su corazon, y sé que con su sangre os vino la ternura para ampararnos. Ahora solo pretendemos saber, con vuestra proteccion, si han perecido nuestros compañeros, ó si estarán por acaso en estas costas del Asia. Nos falta el Conde de Moravia y Helena, esposa de este caballero, los quales podrán haber perecido en una lancha, ó tal vez salvado sus vidas. Esperamos, sin la menor duda, deber á vuestra benignidad este favor.

33. Admirada quedó la Princesa con la narracion de Miseno, y se acordó de haber oido á su abuelo Isaac Lange mil elogios de su persona, sin saber su nombre, y menos su noble cuna. Pero las revoluciones de Constantinopla tenian su corazon tan ocupado, que no volvió á saber de aquel honrado prisionero. Ahora avergonzada con la ingratitud de sus mayores, aunque temia confesarla, deseaba corregirla. La nobleza de su alma la empeñaba en proteger y honrar á

Miseno como sus servicios merecian; pero la soberanía rehusaba confesar la fea ingratitud de sus mayores, que habian dexado en la cárcel á un hombre tan benemérito. De este modo tímida, incierta y vacilante, ya le mostraba particular agrado en sus preguntas sobre el naufragio, y ya dexaba caer sobre su rostro aquel ayre soberano con que las Magestades infunden el respeto; y sin decidir, le respondió que daria prontamente sus órdenes para buscar á sus compañeros, si habian quedado con vida, ó adquirir noticia cierta de haber perecido.

34. Con esta respuesta se retiró la Emperatriz; pero advirtió Aymar que sus ojos fixos en Miseno, decian mucho mas que lo que explicaban las palabras. Pasáron dias y mas dias sin tener noticia de los naufragantes. Aymar estaba impaciente; pero era preciso tiempo para las diligencias, y entretanto le tenian inquieto quantas fúnebres ideas eran posibles. Se le

hacia tan pesada su propia vida, que quisiera mas haber perecido en el naufragio, que conservarla con tanta pena. A esto se siguiéron la pasion de la *Tristeza*, y la de la *Precipitacion* y *Fogosidad*: quisiera partir sin detencion para dar cuenta á la Reyna de su embaxada, y retirarse despues á sus Estados, á enterrarse vivo en alguna fúnebre soledad, hasta que su alma, por no sufrir el horror de vida tan melancólica, saliese de su cuerpo.

35. Entónces Miseno empezó con blandura y prudencia á sosegarle, representándole aquellas máximas que no consienten obrar con precipitacion, ó con demasiado ardor. Pronto se yerra, le decia, y los aciertos vienen por lo comun muy despacio. Quando yo era jóven era un fuego: todo se habia de executar en el mismo instante en que lo ideaba, porque en la balanza de mi estimacion, lo mismo era tardar que perder. Concebir, hablar y hacer, eran en mí tan

prontos como el relámpago, el trueno y el rayo; ni el viento era para mí ligero. Pero despues, que á fuerza de caidas abrí los ojos, conocí que la mayor puerta para el error es la resolucion precipitada. Dadme, amigo mio, el entendimiento mas claro y despejado, pero seguramente no acertará si primero no considera las cosas con sus circunstancias y conseqüencias, ó sin pesar por una parte las utilidades, y por otra los inconvenientes. Esto no se puede hacer sin reflexion, y ninguno sin dar tiempo reflexiona: por esto pintan al tiempo en la figura de viejo, porque las canas le dan el carácter de buen consejero.

36. Miéntras dura el primer fuego, todo es humo, sin que el alma pueda ver por donde camina: juzga que va por el camino real, y se halla en un precipicio, de donde ó no podrá salir, ó no lo conseguirá sin daño. La misma turbacion pasa en el entendimiento del hombre fogoso, que se advierte en

su exterior. ¿No reparais como un hombre en el fuego de su impaciencia se vuelve en un instante á las quatro partes del mundo? Ya se sienta, ya se levanta, va adelante, y de repente retrocede: cómo se enfada con las cosas inanimadas, aunque por lo mismo son incapaces de la menor culpa: todo lo arroja, todo lo quiere despedazar: contra sí mismo se irrita, y sus ojos inquietos, su voz alta y destemplada, sus palabras sin moderacion, todo manifiesta que por entónces no está el juicio en su lugar. Determinaos á tomar resolucion en este tiempo, y vereis que pocas veces escapais del error. Si aun el Sol no lo ve todo en un momento, y espera veinte y quatro horas para conocer bien su mundo, ¿cómo vos quereis verlo todo de un golpe? No sabemos aun si pereció vuestra esposa: es preciso tener ántes alguna certeza de su desgracia: puede haberse salvado, y ántes de muchos dias se sabrá si por estas costas se hallan indicios

de su vida, ó del naufragio. Dios, á cuya Providencia os habeis entregado, descubrirá la verdad para que tengais noticia de lo que mas os conviene; solo os pido para esto un poco de paciencia: sin ella no podemos acertar en lo que debemos hacer.

37. Instaba el Embaxador en su pretension primera, y todos sus discursos y raciocinios se dirigian á probar que su esposa habia naufragado; pues quando las olas y los vientos la hubieran perdonado, bastaban el hambre y la sed para haberla quitado la vida; porque si ellos apénas pudiéron resistir en el navío, ¿cómo seria posible salvarse los que iban en una lancha, que á cada ola era preciso que el mar se la tragase? De otro modo discurria Miseno, y así dixo: un mismo deseo es el de los dos; en esto estamos conformes ámbos: queremos lo mejor, y en estas circunstancias no tiene lugar la disputa: debemos solamente exâminar con ánimo tranquilo lo mas convenien-

te: ya que la pérdida ó la utilidad ha de ser nuestra, seamos nosotros los que exâminémos el camino de remediar el mal, ó de procurar el bien. Discurramos con imparcialidad, y no violentemos el discurso para sacar las conseqüencias que deseamos. Si quereis partir, estoy pronto: nada tengo que me detenga sino vuestra misma utilidad, y no dexar en su desamparo á vuestra esposa, la que si vive, y os ausentais ántes de tiempo, quedará expuesta á infinitas calamidades: puede ser que si nos detenemos un dia mas salgamos de la duda, y que por una hora menos resulten conseqüencias muy funestas. No os admireis de que la resolucion que habeis tomado os parezca por todos los motivos acertada; porque, amigo, todos tenemos un defecto, que es anexo á nuestra naturaleza, si no se vence con resolucion: de mí os confieso que por mucho tiempo le tuve, y no sé si estoy bien çurado de esta flaqueza.

38. Miramos naturalmente con tal amor á nuestros hijos, que siempre nos parecen hermosos y agraciados. Son nuestras resoluciones los hijos de nuestra voluntad, y así la misma resolucion que ántes nos parecia indiferente, en adoptándola la voluntad, la mira como hija suya, y la parece la mas linda que se puede dar: por esto llevamos mal que otro nos la desprecie, ó la pise, porque al fin es hija nuestra. Es tan fuerte este amor, que quisieramos ocultar á nosotros mismos los defectos de nuestras determinaciones: nos paramos solamente en la complacencia de lo bueno y útil que puede haber, como quien la abraza y la besa; y así no cesamos de ponderar sus utilidades, contando ya como seguro el bien posible, y reputando por fácil lo mas dificil. Por esta misma razon pasamos ligeramente por aquel lado que no es tan bueno, mirando siempre á bulto las dificultades, y viendo los inconvenientes desde léjos: de este modo,

el mal que es muy contingente y regular, le desterramos á la region de las cosas raras y dificiles; y si tomamos consejo, no tanto es con el ánimo de seguirle, quanto con el deseo de que nos aprueben y confirmen nuestra resolucion. De aquí viene ponderar primero con viveza y energía todo lo que hace á nuestro favor; y quando ya vemos á los otros propensos, entónces es quando les proponemos tal qual dificultad como distante, y aun llevamos prevenidas las respuestas. De este modo procuramos engañar á los mismos á quienes vamos á pedir luz para el acierto. Amigo, ninguno escapa de las astucias del *Amor propio* si no está muy prevenido. Pero si la *Precipitacion* en las resoluciones es nociva, no lo es menos la *Tenacidad*. Reflexîonad ahora con madurez lo que os digo, y determinad lo que quisiereis, porque si fuere preciso os acompañaré fielmente: suponiendo que si vuestra esposa ha perecido, el Conde tambien habrá pa-

decido igual suerte, y entónces ya no tengo fin alguno que me precise á viajar por paises extraños. Se aquietó Aymar con las reflexîones de Miseno, y confesó que su partida, ántes de esperar las resultas de las órdenes del Emperador, era imprudente y precipitada.

39. En el siguiente dia tuviéron órden los dos náufragos de presentarse en el jardin real, porque los Emperadores les querian hablar. Aymar por una parte se alegraba, creyendo recibir alguna favorable noticia, y por otra temia rezelando que fuese infausta. Entretanto que esperaban á que los Emperadores baxasen á los jardines, supîéron por los Guardias que en la noche precedente habia estado el Emperador muy inquieto, y que muy de madrugada habia expedido, como un furioso, aquella órden: que en la Emperatriz habian advertido lágrimas de afliccion; pero que ignoraban el motivo de una y otra novedad. Observó Miseno que los llevaban como con grande

cautela, y penetraba que alguna desconfianza tenia inquieto al Emperador; pero animaba al compañero, diciéndole que nada temiese, pues no tenian la menor culpa. En estas conversaciones pasaban el tiempo que tardáron los Emperadores en baxar á los jardines, en los quales estaban ellos con centinelas de vista.

FIN DEL TOMO TERCERO.

250
3

750
5
---
150) 3750 (25
300

750
750

